

BIBLIOTECA COSMOPOLITA

LA

DINASTIA DE LOS PIEDRA

ESCRITA PARA "LA PRENSA"

POR

ESTANISLAO S. ZEBALLOS


M. Reyes.

CASA EDITORA

Imprenta y Encuadernacion de Jacobo Feuser

BUENOS AIRES

LA PLATA

San Martin, 96, 98 y 100

Calle 10 entre 54 y 55

1884



I

En 1833, cuando Rosas marchó sobre las hor-
das salvajes de los desiertos australes, permanecía
en la comarca indígena, de que Salinas Grandes
ha sido capital, una numerosa tribu de indios *Vo-
rogas*, originarios de la gran familia trasandina
moradora al sur del río chileno de Imperial, en las
márgenes del arroyo *Vorohué*, vulgo *Voroa* (1).

(1) Este capítulo es de una rigurosa exactitud histórica. He tomado los datos que consigno desde 1833 hasta 1861 de un curiosísimo manuscrito de 150 fojas de oficio que, en 1879, encontré en el Desierto, entre los médanos, cercanos á la posición que hoy ocupa el pueblo *General Acha*. El manuscrito, como numerosas cartas que formaban parte del Archivo del *Cacicazgo* de Salinas Grandes, que fué escondido en los médanos por los indios en la fuga desesperada que les impusieron las fuerzas del coronel Levalle, existe en mi biblioteca y lo pongo á la disposición de los eruditos. Es una historia casi completa de los orígenes de la nación *Llalmache*, que gobernaron los Piedra hasta 1883.

Vorohué: *Voro*, huesos y *hué*, lugar.

La tribu, comandada por varios capitanes, entre los cuales descollaba como jefe supremo *Rondeau*, tenia por capital los feraces médanos de *Masallé*, donde el doctor Alsina pasó en 1876 una de las noches mas tristes de su vida, burlado por los indios y en retirada bajo los fuegos implacables de la prensa y de la opinion de Buenos Aires.

Las *tolderías voroganas* rodeaban aquella agreste capital, y se estendian al Este y al Norte de la hermosa tierra del *Carahué*. (1)

Los caciquillos *Melin* y *Alun*, hermanos del cacique general *Rondeau*, vivian con sus lanceros en las márgenes del arroyo *Cahuiñqué*, (2) donde se reunian periódicamente los indios para celebrar las grandes bacanales, cuyo arroyo fecunda la vega de *Carahué* y es hoy conocido por *Pihuen* ó “de los pinos.”

Estos indios quedaban á retaguardia de las divisiones expedicionarias, y aunque blasonaban de *indios amigos*, *Rosas* desconfiaba y sentia amenazada su línea de comunicacion y de retirada, pues los bárbaros los acechaban, resueltos á alzarse en son de vandalage al primer revés de las armas cristianas.

Victoriosas éstas al Sur, los *voroganos* destacaron una embajada seguida de quinientos apuestos mocetones, para felicitar á *Rosas* y devolverle en prenda de paz todos los cautivos que tenian en los

(1) *Cará*, poblacion; *hué* lugar.

(2) *Cahuiñqué*, de las borracheras.

todos. Siguieron á esta ruidosa sumision aquellas grandes *paces*, que dieron lugar en Bahía Blanca á las pomposas y memorables fiestas dedicadas al ejército vencedor en el Colorado, *Choele-Choel*, *Aucá Mahuida* y las *Valchetas*.



II

Por el año 1835 la tribu *vorogana* vivia tranquilamente en los territorios de su Imperio, cuando llegaron emisarios de *Tierra Adentro* anunciando la venida de una caravana de mas de 200 indios mercaderes.

“ Sabido es, dice el precioso Manuscrito citado, que el comercio de los araucanos—*picunches*, *huiliches* y *chewelches*—consiste principalmente en lanzas hechas y bien arregladas, tejidos del país, pañetes y paños finos que compran en los pueblos de Valdivia, Entucó, Chillan, Talcahuano, Concepcion de Penco y otros. Objetos de plata tambien traen hechos en el país y los mas comprados en Chile. Traen pintura para la cara, avalorios, sarcillos, etc., etc.; y como la costum-

“ bre de los viajeros es mandar un propio antes de
“ entrar en territorio poblado, avisando al cacique
“ soberano que vienen de paz, concediendo éste el
“ permiso entran los *guthrán* (forasteros) todos
“ juntos y se dirigen á obsequiar al *Vichú Loncó*
“ ó cabeza principal. Evacuada esta ceremonia, de
“ conveniencia política y comercial, cada uno toma
“ noticia del lugar donde vive la persona á quien
“ viene dirigido, ya por parentesco, ya por relacion
“ ó recomendaciones que trae y, entonces, queda
“ disuelta la caravana.”

Llegó la caravana chilena á un país llamado *Chilihué* (Nueva Chile), porque forma una angosta y prolongada faja de terreno fertilísimo, cauce de una corriente cuaternaria, á veces tan ancha como el mismo rio Paraná—y á la distancia de diez leguas de Salinas Grandes, fueron despachados los *chasquis* que debian rendir homenaje al cacique Rondeau, prevenirlo de la entrada de los comerciantes y solicitar su soberana proteccion en las comarcas de su mando.

Rondeau oyó hospitalariamente á los emisarios.
“ Señor, decian, nos manda nuestro cacique á decirle que viene de paz y á comerciar:—que tanto
“ él, como cuantos lo acompañan son gentes de paz
“ y padres de familia, que se honrarán regalando
“ al cacique de la Tierra.”

Holgóse Rondeau de la visita y mandó *chasquis* para convocar á sus hermanos, caciques y *capitanejos* al *Parlamento* con que resolvía recibir la caravana del *Mulú Mapú* ó “País de la Hume-

dad", como llamaban á la region meridional de Araucania por la abundancia de las lluvias.

La presencia anual de las caravanas chilenas despertaba emociones de acontecimiento nacional, porque traian noticias de los araucanos del Occidente y del Oriente de los Andes, de sus contiendas internas, de sus santos alzamientos contra la codicia del Cristiano, de sus reveses y de sus victorias, á la vez que conducian tiernos recuerdos del Hogar y del Amor para los que, en su ardor aventurero, abandonaron los pátrios lares, y hallaron en la inmensa y heróica independenciam de las pampas el encanto supremo de la vida.



III

El día señalado rodeaban á Rondeau ataviados y ginetes en espumantes caballos de pelea, que sacudían sus chapeados, los dignatarios de la familia y de la Tribu, los Ancianos y las Adivinas, anhelosos de escuchar á los viajeros y ávidos de gustar los perfumados jugos del piñon, que ellos traían de la lejana cordillera.

Una nube de polvo anunció sobre el cercano mé-dano la llegada feliz de los doscientos peregrinos del Desierto, que partiendo de las orillas del Mar Pacífico, habían escalado los Andes y descendido á á través del País de las Arenas, de las Selvas y de las Salinas, hasta los mismos toldos *voroganos de Masallé*, en los bordes de las pampas exhuberantes que mueren sobre el Atlántico y el Plata.

•

Los aires resonaban heridos por el clarín de las supremas alegrías; pero aquella diana, lejos de celebrar abrazos fraternales, debía ser la diana pavorosa de la muerte.

Los recién venidos descendieron el médano á la furia de los caballos, blandiendo sus formidables lanzas y atronando los aires con feroces alaridas. Los humildes caminantes se trasformaban en sangrientos enemigos.

Rondeau, Melin, Venancio, Alun, Callvuquirque, y muchos Capitanes, Ancianos y Adivinas fueron degollados; y entre el clamoreo aterrador de la horda criminal, resonó en los desiertos por la vez primera el nombre del caudillo vencedor. CALLVUCURÁ, era aclamado, sobre el médano ensangrentado de Masallé, CACIQUE GENERAL del inmenso Imperio de la Pampa.



IV

Era necesario consolidar el éxito sangriento, y rodaron las cabezas de los caciques secundarios *Curú Agé* (cara negra), *Nahuel Quintun* (el buscador de tigres), *Callon Thuren* (canas azules), *Curú Loncó* (cabeza negra), *Carú Agé* (cara verde) y *Millá Pulquí* (flecha de oro), que pocos años antes se habían batido bizarramente sobre Bahía Blanca contra las fuerzas del coronel Martiniano Rodríguez, para rendir sus armas en seguida á la Civilización vencedora en la campaña del río Negro.

Despejado el campo de rivales el aventurero de Collicó, *CALLVUCURÁ* (*Callvu*, azul, *curá*, piedra), ejerció la clemencia para inspirar confianza á los restos dispersos de las hordas, cuyos jefes había in-

molado y entre las cuales reinaban á la vez el pavor y el desconcierto.

Proclamó un indulto general y trataba afablemente á los prisioneros, que sin cesar traían á su presencia los conjurados, consolidándose así como Gefe de la nacion *Llalmache* ó *Gentes de la Viuda*, nombre que se dió á la tribu asaltada, aludiendo al derecho de gobernarla que correspondia á la preferida de Rondeau, la cual sobrevivió á la traicion y rindió noble culto á la memoria de su esposo, rechazandõ con soberbia las pretensiones del audaz Soberano, que buscaba su union, como un nuevo lazo de paz entre vencidos y vencedores.



V

Despues del puñal, la diplomacia.

Las hordas de *huiliches* merodeaban por el rio Colorado al mando de los caciques Cheuqueta y Chocori, cuyo asiento principal era el vado que ha llevado sucesivamente los nombres de *Chocori*, de *Pacheco* y de *Alsina*.

Los *Rancúlches* (1) ocupaban aquellas privilegiadas tierras, que son ahora rico teatro de especulaciones, de estancias y de pueblos. Eran sus caudillos los grandes cacique Yanquetruz y Painé, justamente soberbios, porque despues de un sangriento combate, habian visto retroceder de sus comarcas á la division de Córdoba, organizada sobre la base del regimiento de "Auxiliares de los Andes,"

(1) Velgo *Ranqueles*, *Rancúl*, totora; *che*, gentes.

cuya division, á las órdenes del general Huidobro, operaba en combinacion con Rosas en la gran campaña de 1833.

Los indios *puelches* ó “gentes del Este,” cuya capital era Carahué, obedecian á Catriel, el Viejo; y los *Picunches*, situados en la region de los pinares, al Norte de Villa Rica, tenian por cacique á Guadmáne.

Eran aquellas las naciones y los soberanos que CALLUCERÁ necesitaba atraer á la obediencia ó á la alianza, por la astucia ó por la fuerza, y despachó emisarios á anunciarse como el enviado de Dios.— Les decia, segun el Manuscrito:

“ Que habia cambiado el Gobierno de la Pampa, porque así convenia segun la voluntad de Dios; y que siendo elegido por el ser Todo Poderoso para reemplazar á los perjuros Rondeau y sus hermanos, habia desempeñado su mision con toda felicidad, con lo cual probaba que todo era obra de Dios. — Que queria la paz con sus hermanos, pues, la mision que traia de la Providencia, era hacer desaparecer á los culpables y unir á la gran familia Araucana en un vasto é invencible imperio, en prueba de lo cual volaria en socorro de los caciques que se viesen amenazados por los cristianos.”

Envió chasquis al poderoso cacique Maguín (*El Envidioso*) de Arauco Mapú, (1) en Chile - uno

(1) *Arauco*, viene de *Raulcób*; *Raull*, estancada, pantanosa, etc., *Co*, agua.—He discutido la etimologia de esta voz en el Tomo I de la *Descripcion Amena de la República Argentina*, páginas 377 y siguientes.

de los gobernadores indígenas de Araucania—invi-
tándolo á acreditar embajadores para ajustar las
paces y la alianza entre los dos países, entre las
pampas del Oriente y las laderas occidentales de los
Andes.

CALLVUCURÁ pedia á los caciques chilenos que lo
sostuvieran con su inmenso poder, prometiendo
franquearles en cambio los caminos de las campi-
ñas del Este, pobladas de ganados.



VI

El manuscrito dice:

“ Mientras esto se negociaba por aquella parte,
“ CALLVUCURÁ tuvo el buen sentido de dirigirse al
“ Gobierno de Buenos Aires, haciéndole saber:—
“ que el Dios de todo lo creado habia tenido muy
“ justos motivos para quejarse de la mala fé de los
“ caciques Rondeau, Melin y Alum, que siendo
“ amigos de los cristianos, no lo eran de corazon,
“ porque al paso que mantenian relaciones de apa-
“ rente confianza y amistad, simultáneamente
“ estaban invadiendo las fronteras. Que Dios,
“ ofendido por esta felonía habia venido en aplicar
“ un ejemplar castigo para que espieran su mala
“ conducta; que la Providencia hallaba conve-
“ niente destruir el poder de estos falsos mandata-

“ rios quitándoselo á ellos y á sus hijos, que serian
“ otros perjuros incapaces de mandar bien y
“ poniendo este poder en manos de un elegido
“ suyo, que supiese llevar la grande mision de
“ mantener la paz con el Gobierno de Buenos
“ Aires.”

Agregaba en su nota:

“ La Providencia, tan justa y sábia en todas sus
“ medidas, me ha destinado para el cumplimiento
“ de esta grande obra, y yo he correspondido en un
“ todo, segun la órden de Dios; lo que únicamente
“ falta para que Dios esté satisfecho, es que inos
“ demos pruebas de verdadera amistad hac en-
“ donos buenos amigos.”

Asi concluia la carta que en 1836 fué entregada á Rosas con el presente de cinco cautivos por el embajador *Namun Curá* (*Namun*, pié; *curá*, piedra;) príncipe de la casa reinante y hermano del Gran CALLVUCURÁ. Rosas se hallaba de paseo en la estancia famosa del *Pino* y allí detuvo y obsequió generosamente á la nueva embajada del Enviado de *Huenu-Pillañ*, del “Espíritu del Cielo.”

La paz se ajustó en seguida en Buenos Aires y el Gobierno asignó espontáneamente una anualidad de 1,500 yeguas, 500 vacas, bebidas, ropas, yerba, azúcar y tabaco para CALLVUCURÁ y su tribu.

Así, desde Rosas á Maguin, todos los caciques de la tierra Argentina y de la Araucania, reconocieron á CALLVUCURÁ como Soberano de la Pampa, —y el bárbaro astuto se consolidó caudillo de

inmensas *indiadas*, por la amabilidad de su conducta, por la generosidad con que enriquecía á todos los que lo servian con decision y por la diplomacia con que engañaba á salvages y á cristianos.

Su toldo era el anhelado término de una inmensa romería de indios, llegados de todos los rumbos y guaridas del Desierto, para rendirle homenaje y obsequiarlo con las yeguas mas gordas, con los mas sufridos caballos y con las mejores prendas salidas del primitivo taller de los plateros araucanos.

CALLVUCURÁ retornaba pomposamente estos regalos, colmaba de dones sobre todo, á los indios de Chile, enviados por señores poderosísimos, cuyo apoyo codiciaba siempre con el mas vivo interés.

Los indios chilenos deslumbrados por los embajadores que regresaban cargados de regalos, emigraban á las tierras del opulento Señor y rápidamente cautivados por el agasajo que este les brindaba, se convertian en sus vasallos mas fieles llamando á sus parientes y amigos á compartir la nueva suerte.



VII

Los indios *argentinos*, generalmente conocidos por *pampas*, no miraron con simpatía la invasión extranjera; pero la comunidad de oríjen de lenguas, de hábitos, de organizacion política y de religion, atenuaban la division y la rivalidad.

Las tribus de Catriel, los *yanguelenes*, y algunos de Bahía Blanca que obedecian á los caciques Collinao, Cayú Pulqui, Huayquemil y Tenqué contestaron á CALLUCURÁ que ellos no protestaban contra su Poder; pero que se reconcentraban hácia la frontera buscando al amparo de los cristianos la tranquilidad y la subsistencia.

Tal es el oríjen de las posteriores reducciones de indios en la frontera de Buenos Aires, encabezadas por los grandes caciques Cachul y Catriel en el

Azul, y por gefes de menor importancia en los viejos fortines de la Cruz de Guerra, de la Laguna del Bragado y de Junin.

Pero este alejamiento, de las hordas bárbaras no debia subsistir y al fin la naturaleza primitiva buscó su nivel, convirtiéndose los indios *amigos* en vanguardia de los belicosos caudillos del Desierto.



VIII

Así, en pocos años, CALLVUCURÁ robusteció la población de su naciente Imperio.

De su carácter, dice el manuscrito, con incoherencia interesantísima:

“ Es muy popular, trata á todos con amabilidad, dándoles á unos el título de *hermano, pariente ó cuñado*; á otros el de *tios, primos ó suegros*. Pero la sola idea que tienen los indios que adivina, es suficiente para que se apodere de todos ó un respeto profundo ó un terror espantoso. Hay indios culpables que esquivan ser vistos por Callvucurá.”

“ Su carácter altivo, supersticioso y salamero, lo hace mas temible aun, tanto que se cree que siempre es afortunado en todo, porque sus obras

“ son inspiracion de Dios. Esto él mismo lo dice.
“ Se tiene hasta en el concepto de adivino, por
“ cuya razon nadie se permite hablar mal de su
“ persona.”

Tal era el fundador y tal la fundacion de la fe-
roz y sangrienta DINASTIA DE LOS PIEDRA, que, como
una pavorosa tempestad de fuego, ha centelleado
por espacio de medio siglo sobre los teatros mas
ricos de la ganaderia argentina.



IX

En *La Conquista de Quince Mil Leguas* (1) he publicado el origen del nombre de los monarcas de la Pampa — Decia:

“Cada Cacicazgo tiene su dinastía. La de los salineros es la de los *Piedra*; la de los rancúles es la de los *Rosas*.”

“Los indios araucanos arrebatan á la naturaleza un nombre y lo aplican á sus familias, modificándolo sucesivamente por medio de la acumulacion de adjetivos. De esta manera forman sus nombres propios con uno general de estirpe ó linage y otro que individualiza.”

“Así, unos son del linage de los *Rios* (*Leuvú*)

(1) Véase la página 344 y siguientes de la 2ª edición.

“ y se llaman: *Millá Leuvú* (rio de oro) *Curi-Leu-
 “ vú* (rio Negro), etc. Otros son *Aguilas* (*Ñancu*)
 “ ó *Tigre* (*Nahuel*) y se llaman *Curi Ñancu*
 “ (*Aguila Negra*), *Nahuel Pichi* (*Tigre Peque-
 “ ño*), etc.”

“ A veces los adivinos estudian las inclinaciones
 “ del *chinito*, predicen su porvenir, descubren las
 “ aptitudes que van á caracterizarlo, y esta pre-
 “ dicción es el calificativo que dan á su nombre
 “ genérico. El valor, la astucia, la alegría, el amor
 “ á la familia, etc., son otros tantos orígenes de
 “ nombres de indios, como lo son igualmente los
 “ grandes rios, las montañas, las aves y las fieras.”

“ Pues bien! La Dinastía reinante de los indios
 “ de Salinas Grandes, viene de la familia de los
 “ *Piedra*.”

“ *CALLUCURÁ* ES SU tronco: *Callvu*: Azul. *Cu-
 “ rá*: Piedra.”

Han llevado el nombre de linage del caudillo sus hijos y parientes. *Namun-Curá*, (Pié de Piedra) fué un hermano suyo en 1835, y es el nombre tambien de su hijo *Namun-Curá*, heredero de la corona, que hoy rinde sus armas á la Nacion y se hospeda en Buenos Aires con las reliquias de su Corte y de los dignatarios de su destrozado Imperio.



X

Pero si CALLVUCURÁ había logrado aliarse con el Gobierno, con los indios argentinos y con los chilenos de Arauco Meridional, no mantuvo la misma relación con las grandes y poderosas tribus del Norte de la región trasandina de *Voroa*, cuna de las víctimas de Masallé.

Los indios de *Voroa*, según el general chileno Saavedra, reunían 1879 cuatro mil lanzas y han formado siempre una agrupación aventurera y heroica. (1)

Enardecidos contra el nuevo soberano de las Llanuras Argentinas, que había esterminado su vanguardia oriental, remontaron por el año de 1883 la

(1) Ocupación de Arauco, pág. 191.

Cordillera y cubrieron con formidables escuadrones los senderos que conducen del río Agrio y del Neuquén á las estancias de las Provincias de Buenos Aires, de Córdoba y Sante-Fé.

Los invasores eran alrededor de dos mil lanzas, que llevaron el saqueo, el incendio, el cautiverio y la matanza á una vasta region. (1)

Rosas luchaba á la sazón con el partido Unitario en el Interior, con Santa Cruz en Bolivia, á la cual habia declarado la guerra y con Rivera en el Estado Oriental, de suerte que si su acción en las fronteras era, sin embargo, activa, estaba lejos de ser tan eficaz como la vasta irrupción de los bárbaros reclamaba.

Retirábanse los *voroganos* con cien mil cabezas de ganado y muchos cautivos, según tradición indígena, perseguidos por las tropas de la frontera, con las cuales sostuvieron frecuentes y desventurados combates, que los obligaban á abandonar trozos del soberbio botín.

Esta invasión, mandada por Railef, habia hecho prisionero al coronel Ventura Miñana y doce soldados cerca del Azul. Miñana, un valiente jefe, fundador de la conocida familia de ese apellido en el Azul, no era hombre de renunciar á la libertad por temor de perder la vida. Así, en la ocasión propicia y durante la retirada de los bárbaros, con dos soldados que lo acompañaban, fió la suerte al sable

(1) Mensaje del Gobierno de Buenos Aires á la Legislatura. Diciembre de 1837.

y á sus caballos de reserva y logró fugar heroicamente.

Habian salvado los invasores las travesías enjutas, cubiertas de guijarros y de arenas, de mortificantes espinas y difíciles *guadales*, que median, como una formacion transitoria, entre las rocas magestuosas de los Andes y la ténue tierra de los llanos orientales, y á cubierto de las armas de la frontera daban reposo á sus arreos, sobre las hermosas vegas de *Quintucó*, afluente del *Macú-Lewu* ó rio Agrio.

CALLVUCURÁ, se habia movido de Salinas Grandes al frente de mil indios de la Pampa, por orden de Rosas, en cumplimiento del artículo de los tratados que lo obligaba á defender el territorio argentino contra los indios chilenos, y marchaba á cortar la retirada de los invasores.

Seguia las sendas que del País de los *Rancúles* corren á las nacientes del rio Agrio, marchando paralelamente á los *voroganos*, que iban sobre la rastrillada secular del Colorado.

Cuando el Soberano de la Pampa reconoció el campamento enemigo de *Quintucó*, cayó sobre él de sorpresa y lo redujo á la muerte. Los *voroganos* vencidos huyeron á Chile, dejando quinientos muertos en el campo, los cautivos y los inmensos rebaños. (1)

(1) Mensajes del Gobierno de Buenos Aires de 1837 y 1838. Relacion al coronel Olascoaga por varios indios viejos.



XI

Las *paces* del *Pino* y estos testimonios de lealtad, eran, sin embargo, *paces* y lealtad de indio!

Mientras Rosas podía disponer desembarazadamente de sus regimientos de caballería con Rauch y Granada á la cabeza, los indios eran además de leales amigos, activos auxiliares contra los salvajes unitarios, en cuya persecucion desplegaban una ferocidad tan en armonía con los hábitos de la Pampa, como con el sistema político del Tirano.

Figuraron, en consecuencia, en las listas de los buenos y leales servidores de la Santa Causa, que recibían en premio las haciendas de los unitarios inmolados en medio del delirio sangriento y abominable de 1840.

Cuando acosada la tiranía por la alianza de los

sitiados de Montevideo con Francia é Inglaterra, necesitó desplegar en línea varios ejércitos regulares, para batirse con escuadras y con tropas valerosas, ¡los indios olvidaron los tratados y CALLVUCURÁ, el enviado de Dios, que habia inmolado á Rondeau por su infidelidad al Cristiano, y habia solicitado el cintillo federal, volvió sus armas contra Rosas, y las fronteras de Buenos Aires, de Santa-Fé y de Cuyo fueron recorridas en aire de *malon*, saqueadas á sangre y fuego, inmolados centenares de vecinos y arrastradas sus familias á una cautividad horrenda.

El general Pacheco expedicionó al Sur en 1846 y logró restablecer el prestigio de las armas del Tirano sobre las hordas feroces, que apercibidas de la paz con el Estrangero, volvieron á inclinar sus lanzas ante Rosas y formaron en las filas de los suyos, para alzarse de nuevo el dia de Caseros, donde sucumbió la Barbarie, y retoñaron la Libertad y la Civilizacion de los argentinos.



XII

Cachul, vanguardia de las tribus indígenas sobre las fronteras de Buenos Aires, se habia alistado en las filas de los que iban á oponerse al Ejército Libertador en 1852 y dejaba sus chusmas en el Azul.

CALLVUCURÁ mismo, presentó algunos escuadrones á Rosas, conservando á la vez su independenciam en el Desierto y sus posiciones amistosas al lado del Tirano.

Los *rancúles* al Norte de Salinas se agitaban á su vez, rehechos de los estragos de la guerra de 1833 y reforzados por los *picunches*. El inmenso Imperio de la Pampa estaba, pues, reorganizado de una manera formidable, bajo la influencia de CALLVUCURÁ, y sus espías, establecidos entre los cristianos, los indios de Cachul en el Azul y de Coliqueo

al Oeste, mantenian al Soberano de Salinas al corriente de la tempestad que se condensaba en 1851 sobre la cabeza del Tirano.

CALLVUCURÁ, á la vez que maniobraba para que Cachul continuára aliado á Rosas, como garantía de la paz, reconcentraba sus mayores elementos en Chilihué, convocando á los aliados de ambas laderas de los Andes, de la hermosa tierra *ranquelina*, de las arenosas regiones del Colorado y de las encantadoras montañas del Limay y Nahuel Huapi.

Así, cuando los ejércitos libertadores marchaban sobre Caseros, la Pampa se ponía en pavoroso movimiento.



XIII

La tempestad estalló en los senos ignorados del desierto, entre las cadenas de los médanos y en las selvas del *calden* sagrado, rodando como rueda la corriente abrasadora de la lava, hácia las pobladas llanuras del Oriente.

Cinco mil ginetes á las órdenes de CALLVUCURÁ operaban al dia siguiente de Caseros en divisiones comandadas por sus tenientes Cachul, Catriel, Namuncurá, Raipil, Carupan, Calvaquir y Cañumil.

Cachul y Catriel rompian los tratados con sus lanzas y tomaban á saco el pueblo del Azul, donde apénas encontraban la resistencia aislada de los vecinos acantonados en sus propios hogares, y en seguida hollaban el camino secular de los *Chilenos*, para incorporarse al *malon* formidable de CALLVUCURÁ.

La irrupcion de este estrepitoso ejército de ginetes, formado con los auxiliares de todas las comarcas del Imperio de la Barbarie y los caudillos valerosos que marchaban á su frente, traian á la memoria el espectáculo de la grande hueste de Caupolican, presentada en revista bajo los muros de la encerrada Penco, y de la cual dijera Ercilla:

Segun el mar las olas tiende y crece
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
De tantos piés batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa, ó parda nube.



XIV

En 1855, tres años despues de la caída del Tirano, este ejército dominaba por completo las vegas pintorescas de Olavarria, el fecundo llano del Azul y las pampas de Córdoba, de Cuyo y Santa Fé.

La naciente ciudad del Azul habia sido asaltada y tomada por CALLUCURA, que se retiró despues de matar trescientos vecinos en las calles.

El clamor de las víctimas resonó en Buenos Aires y el militar de mas talento y de mayor prestigio de la Provincia, el coronel D. Bartolomé Mitre, Ministro de la Guerra, partió para el Azul, á mover sobre los indios las mejores tropas del Estado, que lo aguardaban impacientes.

Hizo una espléndida marcha de flanco, aprovechando

do con habilidad los accidentes estratégicos del terreno, desde el Azul á Olavarría y cayó, convengador empuje, sobre la vanguardia de los indios, que clavaban sus toldos en la margen del arroyo Tapalquen. Deshechos los bárbaros, la caballería de los vencedores se entregó al saqueo del campamento y perdió todas sus ventajas, permitiendo la reaccion del enemigo, que orgulloso, valiente é implacable, volvió con singular denuedo á la refriega.

Nuestro ejército fué rodeado, acosado, acribillado, cargado con pasmosa audacia por lanceros desmontados, que morian sobre los gallardos batallones de Arredondo, de Martinez, de Rivas, de Mitre, de Vedia, de Ocampos, de Paunero, de Conesa y otros bravos, confiados en sus últimas esperanzas á la suprema maniobra de los cuadros. (1)

(1) Informes del general D. Ignacio Rivas y varios soldados al Autor.



XV

La acción de Olavarría era mandada en jefe por Cachul, comandante de la vanguardia de los indios. CALLVUCRÁ operaba á su vez con estrategia consumada.

Una división bien organizada de las tropas de Buenos Aires, desprendida del fortín *Cruz de Guerra*, á las órdenes del coronel D. Laureano Díaz, debía moverse oblicuando al Sur, batir los campos á su frente y converger á retaguardia de la sierra de las *Dos Hermanas*, para cerrar con sus aceros el camino de las guaridas del Desierto, á los derrotados de la división del comandante en jefe.

El caudillo astuto de la Pampa desbarató esta combinación, interponiéndose entre sus adversarios, y cuando, después de dos días de permanecer sitia-

dos y reducidos al terreno que pisaban, los soldados de la Civilización desfallecían de fatiga y de hambre, una nube sombría descendió magestuosamente de las faldas de la sierra Blanca Chica y se extendió en el llano, asumiendo las formas definidas de la división que despliega, con sus rebaños de ganado á retaguardia.

Un inmenso clamor se alzó á los aires del campo atribulado del Cristiano, el supremo clamor de la esperanza y de la victoria entre las ansias del contraste, y los bárbaros amedrentados, recogieron sus inmensos ganados, formaron en compactos escuadrones sus lanceros y permanecieron un instante en pavorosa incertidumbre.

Las partidas exploradoras de unos y otros recorren los campos y reina en ambos bandos el silencio solemne de la duda.

Aquellas regresan para derramar las sombras de la muerte entre las filas rotas del Cristiano. No es la división del Oeste que acude puntualmente á la cita de honor de *Sierra Chica*. Es CALLVUCURÁ, que se interpone entre las fuerzas de Díaz y de Mitre, al frente de seiscientos indios elegidos, que forman el Regimiento de la Guardia.



XVI

El coronel Mitre decia en su parte oficial de Sierra Chica:

“ A las siete y media de la noche volvieron dos
“ hombres con la noticia de que la columna que
“ habiamos visto era la de CALLVUCURÁ. No habia
“ ya que trepidar, mucho mas desde que debiamos
“ esperar ser asaltados en la madrugada en nuestro
“ propio campo, lo que, en efecto, he sabido tuvo
“ lugar despues, creyendo que aun permaneciamos
“ en él; lo que es debido á que, antes de marchar,
“ se ordenó dejar encendidos todos los fogones,
“ dándoles pávulo con grasa de potro para que du-
“ rasen mas y dejando en pié dos tiendas de cam-
“ paña, lo que unido á la mancha negra, producida

“ por los 1,200 caballos que encerraba el cuadro, formaba una ilusion completa.”

“ A las ocho y media estuvo formado el cuadrilongo, cubriendo cada costado dos escuadrones de caballería paralelos, al frente de una compañía de infantería, en el centro la artillería, los heridos y bagajes, al costado derecho las caballadas y y sosteniendo la retirada el batallon 2º de línea con la compañía del 1º agregada á él.”

“ En este órden se emprendió la retirada á las ocho y media de la noche, marchando todos á pié, desde el primer gefe hasta el último soldado, observando el mayor órden y silencio.”

“ Descendimos al llano para tomar el camino de la derecha del Azul, que era mas corto, pero mas peligroso que el de la Sierra, razon por la que lo elegí, pues, no debiendo suponer el enemigo que por allí saliese á eso debe atribuirse el que no hayamos sido sentidos.”

“ A las tres de la mañana llegamos al arroyo de Nieves, distante 5 1/2 leguas. Allí montamos á caballo y tomando cada uno un infante á la grupa estuvimos en el Azul á las 8 de la mañana del dia de ayer, trayendo todos nuestros heridos.”

.....
“ *Habiendo nuestras tropas tomado la ofensiva, es indispensable mantenerla y para ello conocemos ya el olvidado camino del desierto, y adquirido en la pelea la experiencia de que carecian nuestras tropas en una guerra enteramente nueva para ellas.*”

.....
 “ Por ahora me ocupo principalmente en aglo-
 “ merar caballadas, sobre este punto y así que
 “ llegue el general Hornos lo haré cargo de todas
 “ estas fuerzas, dándole las instrucciones conve-
 “ nientes para impulsar con éxito las operaciones
 “ que demanda urgentemente la seguridad de
 “ nuestra frontera, sériamente comprometida por
 “ la confederacion mas vasta detribus del desierto,
 “ que haya tenido lugar desde el tiempo de la
 “ Conquista.”:

.....
 Comenzaban dias de gloria para la Dinastía mi-
 litar y salvaje de los Piedra!

La frontera quedó rota, los indios paseaban los campos como conquistadores invencibles, el ejército estaba desmoralizado, el espíritu de la Guardia Nacional aterrado, el vecindario en plena desolacion, y el coronel Mitre regresaba á ocupar su Ministerio lleno de sobresalto patriótico, sin fé en las fuerzas que debia mover el intrépido Hornos y bajo la atmósfera abrasadora de la oposicion, que empezaba á relampaguear con Calvo á la cabeza.

o



XVII

Mientras que el general Hornos preparaba su ejército en el Azul destacó en observacion un regimiento de carabineros de Guardia Nacional, fuerte de 185 plazas, á las órdenes del teniente coronel don Nicanor Otamendi.

Era este un hacendado, perteneciente á la distinguida familia de Otamendi, cuyas diferentes ramas viven hoy en Buenos Aires, y habia tomado las armas voluntariamente en los supremos y angustiosos momentos en que la campaña del Sur era asolada por los *Curá* y sus caciques.

Otamendi se alejó cautelosamente del Azul rodeado siempre de los indios, que merodeaban hasta en los arrabales de aquel pueblo; y acosado al fin por fuerzas superiores, se detuvo en la

estancia San Antonio de Iraola, donde encerrado en un corral de palo á pique, libró contra los enemigos un combate desesperado.

Inespertos aún sus milicianos en el manejo de las carabinas y entorpecidos además por sus propios caballos, resistieron heroicamente á los bárbaros, que desmontados y echando sus cabalgaduras adelante para burlar las balas, tomaron el corral al asalto.

Mas de una hora duró la horrible refriega, á brazo partido y á puñal, en que indios y cristianos rodaban arrastrándose de los cabellos con furia salvaje, y Otamendi con ciento ochenta y cuatro soldados quedaron degollados, y uno solo gravemente herido, que, salvado, comunicó lleno de horror los detalles de la catástrofe.



XVIII

El general Hornos emprendió la campaña de Tapalquen en 1856, bajo los horribles auspicios de este suceso, que desmoralizaba las tropas recientemente movilizadas, algunos de cuyos regimientos se sublevaron y desertaron en masa.

Movia al fin un ejército de veteranos y guardia nacional, fuerte de tres mil hombres, sin incluir los oficiales, con doce piezas de artillería y dos mil caballos. Era jefe de estado mayor el teniente general D. Emilio Mitre, á la sazón coronel.

Llamábase pomposamente "*Ejército de operaciones del Sur*" y se cifraba grande confianza en su organización, preparada durante ocho meses con todos los elementos de Buenos Aires y en la arrogancia y valor del general Hornos, quién, juzgado

con el criterio de estos dias, era, sin embargo, demasiada lanza y poco general.

CALLVUCRÁ apareció al pié de la sierra de San Jacinto, mandando en gefe las tribus confederadas y maniobró de un modo singular.

Entre el rio Tapalquen y las sierras corria una pampa, apropiada para dar la batalla. Apenas el denso *pajonal* dificultaba el paso á la caballeria; pero esta misma circunstancia seducia al general Hornos, porque debilitaba el poder de la temida arma de los indios: el caballo; mientras que su infanteria de línea y artilleria gozaban de un campo de tiro completamente despejado.

Hornos maniobraba, pues, para sacar á los indios de los vericuetos de la sierra y atraerlos al llano; y CALLVUCRÁ demostraba tambien el empeño de alejar á los cristianos de la márgen del arroyo de Tapalquen y llevarlos al mismo pajonal.

Este arroyo de barrancas altas y verticales, solamente daba paso frente al sitio en que debia tener lugar el choque, y ese mismo vado era difícil y solamente practicable á través de una restringa.

Hornos lo ocupó con el 2º de línea, á las órdenes del que fué mas tarde general Rivas, cerrando así con llave de fuego la única salida que se abria á los indios por el lado de la Pampa, y marchó en seguida resueltamente con el ejército flanqueándolos.

CALLVUCRÁ se movió con lentitud del pié de la sierra, simulando temor para precipitar el avance de Hornos. Cuando éste se encontraba en el centro del llano, habia caido en la terrible trampa, que

ocultaban las altas pajas, y quedó en evidencia la astucia con que el general indígena porfiaba para llevarlo á ese terreno: — era un *tembladeral!*

CALLUTCERÁ cargó á fondo en masas compactas, con caballos habituados á hollar los campos inconsistentes y *guadalosos* del desierto; y el *Ejército de Operaciones del Sud*, que sentía temblar el suelo á sus piés, fué estrepitosamente derrotado. Su caballería huyó despavorida y se retiraron penosamente los infantes con los cañones, dejando en el campo 18 gefes y oficiales y 250 soldados muertos, 280 heridos, con pérdida de caballos, armas y municiones.

En esta derrota, que algunos de sus actores llamaban espantosa al referírmela, hubo un héroe, al que debemos el gajo de laurel de la jornada. Fué el capitán Pedro Escalada, hijo del general del mismo nombre y vástago de la ilustre familia de la calle de San Martín, que dió á la República su primer Arzobispo.

El bravo coronel correntino Manuel Ocampo comandaba el regimiento de *Coraceros*, de 200 plazas. El cuerpo salió hecho del campo de batalla, y cuando los indios lanceaban ferozmente y por la espalda á los aterrados fugitivos, Ocampo lanzó el escuadrón de Escalada á proteger la retirada, dando tantas cargas á fondo que al fin los indios esquivaban el sable de los coraceros. (1)

En una de estas cargas fué salvado el mismo

(1) Versiones del coronel Nicolás Ocampo y del comandante Benjamin Lutteler al Autor.

general Hornos, que sentia cerca de su espalda la lanza del araucano, y fugaba del campo á uñas de buen caballo, perdiendo el sombrero.

La carnicería de cristianos no fué aun mas deplorable merced al fuego vivo de mosquetería y de cañon con que Rivas protegía desde el paso la salvacion de los que escapaban del llano, al amparo de las famosas cargas de los *Coraceros* de Ocampo.

Los indios sacan partido de todo. Abiertos los caminos de las riquezas se lanzaron al saqueo, llegando hasta el río Salado; pero Hornos, que era tan activo como bravo, reunió los restos de sus mejores tropas y los asaltó temerariamente en los arroyos de los Huesos, del Azul y de Chapaleuvú, (1) venciendo parcialmente unas veces, conservando apenas el campo las otras; pero impidiendo en todas que continuase el estrago aterrador del *malon*. (2)

Las batallas y encuentros parciales, si bien contenian momentáneamente las invasiones, no podian influir en nuestra adversa posicion al frente de la Barbarie ensoberbecida y por el contrario la fortuna militar de CALLVUCURÁ resplandecia culminante.

(1) CHAPALEUVÚ; de *chapad*, pantano y *leuvú*, arroyo.

(2) Versiones del general Ignacio Rivas y de varios guardias nacionales de la Magdalena al Autor.



XIX

Al clamor de las campañas aterradas por CALLUCURÁ, siguió el clamor de la opinion pública de Buenos Aires y los triunfos del bárbaro caudillo conmovieron la Legislatura.

En la sesion del Senado, celebrada el 19 de Setiembre el Dr. D. Lorenzo Torres interpelaba al Poder Ejecutivo sobre los cuadros de sangre de la frontera y el general Mitre, Ministro de la Guerra, respondia en términos que daban pábulo al público desconsuelo.

“ Concluyó asegurando que el mal no estaba en
“ la marcha del Gobierno, sinó en la pésima situa-
“ cion de nuestra línea fronteriza y en la corrup-
“ cion del ejército de línea, y que, para remediarlo,
“ lo que debia hacerse era una espedicion formal,

“ en cuyo sentido trabajaba el Gobierno sin cesar,
“ protestando que en esta última invasion (la de
“ Sierra Chica) nada se habia omitido por parte
“ del Gobierno “.

La escitacion del Senado y de la barra fué intensa y su fruto el nombramiento de un comité de salvacion pública en materia de fronteras, compuesto de los generales Piran, Zapiola, Espinosa y de los patriotas Olivera, Carreras y del Mármol.

La comision quiso poner las manos en el Ministerio y éste le negó atribuciones. Suscitóse en consecuencia un caso de Derecho Parlamentario, y con pasarlo á la comision de Negocios Constitucionales, recomendándole pronto despacho, y clausurarse el período legislativo, la ruidosa interpelacion, acompañada de estrépito popular en las galerías y tribunas, se fué, como todas las interpelaciones, en humo de paja.

La Cámara de Diputados quiso ir al grano por otro camino. Votó un aumento de sueldo de 25 0/0 á los soldados; pero el Dr. Peña observó justamente que no era el aumento de los salarios lo que reclamaba la horrorosa situacion militar de la frontera, sinó el restablecimiento del culto del honor y de la disciplina entre las tropas.

Era, en verdad, cuestion puramente militar y no financiera, y el Mensaje del Poder Ejecutivo á la Legislatura de 1856 lo confirmaba en estos términos:

“ Mayor seria el número del Ejército del Sud,
“ mas vigorosa su organizacion y mas decisivas

“ hubieran sido sus operaciones, si dos sublevacio-
“ nes sucesivas de divisiones compuestas de contin-
“ jentes de milicias no le hubieran privado de estos
“ refuerzos, reunidos á costa de inmensos trabajos
“ y sacrificios, y si estos actos no hubiesen pro-
“ ducido la desmoralizacion que es consiguiente. ”

Las palabras del general Mitre en el Senado de 1855 y las del Mensaje de 1856 demostraban desgraciadamente que los indios tenian soldados y Buenos Aires nó!



XX

Era necesario, sin embargo, no desesperar de la estrategia y se pensó en apoyar las fuerzas del Centro de la línea de la frontera acantonadas en el Azul, con un movimiento ofensivo sobre el flanco derecho de las tribus, tomando como base de operaciones á Bahía Blanca.

Esta iniciativa del coronel Mitre era acertada, porque estaba casi en abandono aquel punto avanzado, que flanqueaba á una distancia relativamente corta, las principales posiciones indígenas de Salinas Grandes, Leuvucó, Masallé, Carahué y Guaminí.

Era además un pensamiento completamente militar, porque los indios al sentirse amenazados por su flanco debían dividir sus grandes fuerzas, con-

centradas sobre Tapalquen y la Blanca Chica, obligados á conservar una fuerte columna observando los movimientos de nuestra ala izquierda de operaciones.

“ Fué por esto, — dice el Mensaje del Poder Ejecutivo á la Legislatura -- que el Gobierno no trepidó en aceptar la proposicion que le hizo el coronel D. Silvino Olivieri de establecer una colonia agrícola militar á vanguardia de aquella posicion, haciendo frente por lo pronto á los gastos que tal establecimiento demandaba con los fondos votados para estraordinarios de guerra. El Gobierno espera que V. H. hallará arreglada esta aplicacion de dichos fondos *en vista de lo extraordinario de la situacion. . . .* ”

“ Desde luego, ella ha dado nueva vida á Bahía Blanca, ha salvado á este punto de su ruina y en breve le conquistará á su frente una zona de terreno, que permitiendo á su industria desarrollarse, la garanta de las depredaciones de los bárbaros, neutralizando á la vez sus incursiones sobre nuestras fronteras.”

“ La legion agrícola consta de seiscientos individuos y se halla provista de todos los elementos que son necesarios para la pelea, para el trabajo y para el bien estar material del soldado, pudiendo en consecuencia ponerse hoy en Bahía Blanca en campaña cerca de novecientos hombres de combate.”

Es necesario añadir que á realizar esta última esperanza de nuestros hacendados del Sud, contri-

buyó generosamente el pueblo de Buenos Aires, por medio de comisiones de personas respetables, que allegaban caudales y elementos para ofrecerlos al Gobierno.



XXI

La legion se movió, en efecto, á campaña, y arrollando las guerrillas y descubiertas de los bárbaros, marchó sobre el precioso y fértil valle del arroyo Sauce Chico, que nace en la Sierra de la Ventana y se despeña entre profundas quebradas, con un cauce angosto, violento y rico de encantos naturales, describiendo un arco al Sud-Este, hasta pagar su tributo á la soberbia Bahía de aguas argentinas, cuyo nombre llevan la ciudad y toda la comarca.

Detuviéronse los legionarios en el paraje donde el arroyo se enrosca perezosamente á los piés de siete colinas de cincuenta á ochenta metros de elevacion sobre el nivel del mar, en medio de un paisaje fresco, risueño con el verdor de la campiña, é

imponente con el espectáculo de la Sierra Nevada á la espalda y del Desierto apenas ondulado y sin límites explorados á su frente.

Allí palpitaban todos los elementos de la vida, desde el fuego fácil hasta el agua limpida, desde la fertilidad exuberante del suelo hasta los encantos artísticos del espectáculo natural.

Como posición estratégica, aquella echaba llave á los caminos de la sierra que guiaban hasta los ganados de la costa Sud, y nuestros soldados vivaqueaban á una jornada de Salinas Chicas y á tres jornadas de Salinas Grandes, Carahué y Guaminí, plazas fuertes—si puedo decirlo así—de la Barbarie.

La lejion, formada principalmente de italianos, sintió revivir en aquel sitio el calor de los recuerdos patrios y las esperanzas de fortuna y de victoria que á todos animaban, y con grande y generoso entusiasmo desplegó sus estandartes sobre una' de las siete colinas, confiando á la tierra la piedra angular de su aventura bajo el nombre, de auspicios pomposos, de *Nueva Roma*.



XXII

Al mismo tiempo que el feliz suceso se anunciaba desde el Sud á Buenos Aires, llegaban desconsoladoras noticias del Centro y del Norte.

El general D. Manuel Escalada habia sido rogado por el Gobernador Alsina para salir á campaña, á pesar de su avanzada edad y de sus achaques, que lo colocaban en posicion desventajosa cuando el enemigo era el centauro americano, á quien solamente es dado perseguir con éxito desplegando la actividad vertiginosa y el nervio inquebrantable de la juventud y de la salud.

Hubo el viejo patriota de ceder al imperio de las circunstancias y marchó al Azul, sobre la ensangrentada huella de Mitre y de Hornos, á tomar el mando del *Ejército de Operaciones del Sud*;

pero apenas llegado sufrió un desencanto abrumador, en presencia de los restos de aquel, y no pudo formarse ilusiones sobre la suerte de una nueva campaña.

Al propio tiempo, el Gobierno sabia por chasquis que si bien las fuerzas de las líneas del Oeste y del Norte lograban batir algunas partidas enemigas, que amenazaban la industria pastoril, en cambio los caciques amigos del Bragado y de Junin estaban sublevados y marchaban con sus chusmas y rebaños á incorporarse á las hordas de los nómades.

El general Escalada aconsejaba en presencia de todo esto la negociacion de la paz con los bárbaros, soportando el pago del tributo, cuando un grito de derrota y de horror resonó en Bahía Blanca.



XXIII

Nueva Roma no prosperaba. Una buena parte del tiempo lo habian empleado los legionarios en cavar en la roca calcárea de la colina profundas cavernas. De ellas una era destinada á calabozo en castigo de las faltas al servicio militar ó agrícola; y otra, que afectaba la forma romántica de un corazon y comunicaba por dos galerias con dos viviendas, era la morada del coronel Olivieri.

El general Roca en 1879 y muchos viajeros han contemplado en diferentes épocas las misteriosas y sombrías cuevas de *Nueva Roma*, á las cuales atribuye la tradicion popular recuerdos horribles de venganza y de tormento.

En realidad desde su instalacion la colonia se

desmoralizó. La tropa tenía motivos para quejarse de cierto círculo que influía sobre el ánimo de su gefe y la apoyaban algunos oficiales *italianos* con el sargento mayor argentino D. Santiago Calzadilla.

El coronel Olivieri era sostenido por sus hermanos y varios oficiales napolitanos, algunos de los cuales habían servido al Borbon de Sicilia, y eran por aquello y por esto mal queridos y ridiculizados en la legión con el apodo de: *Oficiales del Rey Bomba* (1).

En Agosto de 1856 la escitacion de los bandos llegaba á sus extremos y el coronel dió un verdadero golpe de Estado, en el seno de aquella naciente sociedad político-militar, cuya ley era su voluntad absoluta y cuyo único y formidable resorte era la disciplina militar. Olivieri redujo á prision al mayor Calzadilla y á los oficiales que lo seguian, embarcándolos con destino á Buenos Aires, bajo la acusacion de indisciplinados y disolventes.

El triunfo de los *napolitanos*, como llamaban los legionarios al círculo del coronel, exasperó á sus contrarios, que eran la mayoría y á causa de su disgusto diez y seis sargentos, si vale mi memoria, fueron arrojados con grillos al fondo de la caverna.

Se justificaba el rigor del Gefe asegurando que estos sargentos intentaban desertar robando la ca-

(1) Nuestro amigo Calzadilla, el patriarca del Tigre, insigne cultor del arte musical, nos ha corroborado completamente esta version. Informes del capitán Serafino Rodino, de cazadores.

ballada de la legion, y ante un peligro semejante, en pleno Desierto, á la faz del enemigo, fuera exacta la version como los *napolitanos* lo abonaban, fuera calumniosa cual lo sostenian sus rivales, el coronel se mostraba airado y resuelto á realizar un castigo tremendo y decisivo.

Para todos era incuestionable el fusilamiento de los sargentos, así como se habia realizado la prision y destierro del mayor Calzadilla, y la legion resolvió salvarlos.



XXIV

El 30 de Setiembre, á las ocho de la noche los legionarios lanzaron el grito horrible del motin y el valiente coronel Olivieri, que se habia hecho odioso por su imprudencia y temeridad, fué inicua-mente asesinado con otros de los suyos, y restituidos al aire y á la libertad los sargentos, que escuchaban desde el fondo de la cueva y con la angustia de la incertidumbre el fuego de los que se batian por sus propias cabezas.

Las compañías sublevadas, vencedoras en la re-friega, proclamaron gefe al capitan de la compañía de cazadores D. Serafino Rodino (1), oficial que

(1) Es el mismo Serafino Rodino, elemento indispensable ahora en Buenos Aires para la organizacion de banquetes y saraos que á la vez acomoda á la concurrencia de Colon. El me ha ratificado el contenido de esta version.

no había tomado parte en la conjuración, pero cuyo valor y honradez le grangeaban la confianza de todos.

El reorganizó la legión, preparó en el mayor orden el abandono de las hermosas colinas y de las cavernas de *Nueva Roma* y marchó tristemente á Bahía Blanca, donde depuso las armas ante el jefe de la plaza, teniente coronel Susviela.



XXV

Fracasó así la tentativa perfectamente combinada para asegurar una base de operaciones sobre el flanco y el centro del enemigo. Esta circunstancia, los grandes sacrificios oficiales y populares hechos para realizarla y los cuadros de indisciplina y de horror con que el suceso apareció caracterizado, esplican la abrumadora sensación que las confusas noticias del primer instante causaron en la Capital.

Movióse á la prisa una expedicion naval, con fuerzas de desembarco á las órdenes de Murature y Rivas, porque lo menos que se temia en el desconcierto de las primeras impresiones, era que la legion se batiera con la guarnicion de Bahía Blanca y saqueara el pueblo, reduciéndolo á cenizas.

Pero la tempestad habia pasado. Olivieri estaba cristianamente sepultado, los restos inermes de la legion se hallaban atribulados, y cuando el *Rio Bamba* dió fondo en las aguas de su destino, Rivas solo pudo escuchar con amargura los grandes alaridos de los indios, que habian quemado las reliquias de *Nueva Roma* y merodeaban en las cercas mismas de Bahía Blanca. (1)

(1) Los restos de Olivieri, traídos mas tarde á Buenos Aires, fueron honrosamente inhumados. El general Mitre pronunció la oracion fúnebre.



XXVI

El único hombre del partido gobernante de Buenos Aires capaz por entónces de afrontar el grave estado de la guerra era incuestionablemente el coronel Don Bartolomé Mitre y él persistía en sus acertables ideas, expuestas en la Cámara de Senadores sobre la necesidad de cambiar de táctica, lanzando tropas al Desierto para atacar al enemigo de sorpresa en su propia guarida y quebrar así el nervio con que invadía y batallaba.

Parecía soberanamente temeraria la empresa, cuando todo el mundo estaba avasallado por el terror que los triunfos fáciles de los indios infundían, pero el coronel Mitre fué oído al fin, y las fuerzas vitales de Buenos Aires concentradas con el propósito de organizar nuevos ejércitos para tomar la ofensiva en la Pampa.

El Gobernador Dr. D. Valentin Alsina, patriota venerable y servidor abnegado de su país, tenia el temple de alma del sacrificio; pero carecia del espíritu creador, de la iniciativa y de las calidades de accion personal de los hombres llamados á afrontar situaciones angustiosas.

No obstante, el sacudimiento experimentado por el Estado, en frente de las victorias de la Dinastía reinante en los desiertos, lo impresionó de tal manera, que delegando el mando en el Presidente del Senado D. Felipe Lavallol, salió á campaña con su Ministro de la Guerra, General de los Ejércitos de la Independencia D. José Matías Zapiola.

Llevaba una palabra de consuelo á los hogares enlutados por los bárbaros. Iba á fortalecer la esperanza de los que gemían en la desesperacion de la impotencia. Quería revistar y moralizar las tropas, habituadas á dar la espalda cobardemente á los indios, para hablarles en el lenguaje solemne de la virtud cívica y del honor, que tan bien sonaba en los lábios del patriarca de los *Unitarios*.

Recorrió las fronteras desde el Azul al Bragado y despues de conferenciar con los gefes mas caracterizados, regresó dejando forjado el rayo que se proponia hacer vibrar en los desiertos, sobre el toldo del salvaje, con el ensayo de guerra ofensiva, que se ordenaba emprender. (1)

(1) Registro Oficial de Buenos Aires, 1857.



XXVII

Durante la época de Rosas se había distinguido en la frontera por servicios valerosos y perseverantes el coronel D. Nicolás Granada, y el Gobierno del Dr. D. Valentin Alsina, lo designó para mandar una nueva expedición que con el fruto de supremos esfuerzos, iba á prepararse contra las tolderías mismas de CALLUCURÁ en Salinas Grandes.

Componíanse las fuerzas expedicionarias de los restos del derrotado *Ejército de Operaciones del Sud*, que los coroneles Conesa y Paunero condujeron á Bahía Blanca desde el Azul y el Tandil.

Cuando estas divisiones pasaron la cadena de Sierras del Cabo de Corrientes y penetraron á los hermosos campos que hoy llamamos Juarez y Tres

Arroyos, fuertes regimientos de indios las hostilizaron.

La campaña comenzaba bajo los auspicios mas desfavorables. Estas divisiones debieron marchar directamente á Carahué desde el Azul, batiendo así con vigor el corazon mismo de la Pampa, mientras converjia por su flanco izquierdo la division Bahía Blanca.

Pero el "Ejército de Operaciones del Sud" recordaba demasiado la impetuosidad de los lanceros araucanos, para esponerse en campo raso, á la faz de sus vencedores en Sierra Chica y Tapalquen. (1)

Marchaban, pues, las divisiones medrosamente á reunirse con las fuerzas de Bahía Blanca y tan cautelosamente marchaban que la presencia de los indios las obligó á retirarse hasta las costas mismas del Atlántico, despues de librar dos sangrientos combates en los parajes llamados *Sol de Mayo* y *Cristiano Muerto*.

En estos encuentros los indios fueron derrotados; pero su número aumentaba siempre, de manera que no se lograba sobre ellos un triunfo decisivo.

El combate de *Sol de Mayo* fué dia de gloria para el coronel D. Benito Machado, á la sazón comandante del regimiento de milicias núm. 17, al frente del cual se habia distinguido por su valor y abnegacion aquel ciudadano, armado voluntariamente en defensa de la propiedad y de la vida de los pobladores rurales.

(1) *Tapalquen*, de *Tapalcten*, «sierra pelada, desnuda».

El comandante Machado dió varias cargas brillantes á sable y aseguró el triunfo. El Gobierno, al recibir el parte decretó el 16 de Noviembre de 1857 honores al gefe y al regimiento, dando á este el nombre de su victoria: *Sol de Mayo*.



XXVIII

Así, describiendo un inmenso arco que destruía sus elementos, y después de soportar á todas horas la hostilidad implacable del bárbaro, lograron penetrar á Bahía Blanca en Setiembre de 1857.

En esta plaza fuerte tomó el mando en jefe el coronel Granada, aglomerando tres mil hombres en dos divisiones, sin espíritu militar, sin cohesión y sin entusiasmo.

Era jefe de estado mayor el valeroso coronel de los Ejércitos de la Independencia D. Pedro José Diaz.

Primera división, coronel D. Emilio Conesa, jefe de vanguardia—primer batallón de infantería de línea, escuadrón de artillería, regimiento de granaderos á caballo, regimiento de coraceros, regimientos de guardia nacional, cinco piezas de artillería y una cohetera á la congrève.

Segunda division, coronel Wenceslao Paunero— batallones de Bahía Blanca, Legion Militar, regimientos de carabineros, de húsares del Plata y Sol de Mayo, 2 piezas de artillería, dos obuses y una cohetera.

Mientras este ejército marchaba sobre Carahué, faldeando las sierras de *Curá Malal*, (1) para cerrar á los indios el camino de nuestros campos poblados, otro cuerpo de tropas debia partir de Rojas y Junin, con el propósito de concurrir á la ejecucion del plan ofensivo, atacando á los *rancúles* en sus toldos.

La combinacion era en verdad irreprochable, porque amenazados simultáneamente los dos núcleos poderosos del enemigo, se impedia su concentracion, que formaba un poder superior al de las tropas espedicionarias desmoralizadas.

La victoria, se hacia, por otra parte, necesaria, pues la primera provincia argentina consumaba un esfuerzo supremo para triunfar de los bárbaros, que asolaban discrecionalmente los teatros predilectos de su grande y única riqueza.

El año 1858 comenzaba. Buenos Aires invadia los desiertos con cinco mil soldados—todo su poder—y á la ansiedad profunda que la nueva faz de la guerra originaba, era necesario añadir la honda intranquilidad política, que fermentaba al calor de la oposicion batalladora de Calvo, y de la tormenta formidable que se levantaba en los horizontes de la Confederacion.

(1) *Curá* piedra; *Malal*, corral.



XXIX

El coronel Granada se había hecho temer de los indios durante los años que guerreó al frente de su regimiento de Granaderos; pero, sea que las tropas expedicionarias no le inspiraran confianza, sea que careciera de las raras dotes del comando en jefe, el hecho evidente es que la operación fracasó entre sus manos, esterilizando los sacrificios del ejército y los esfuerzos de Buenos Aires para prepararlo.

Marchaba siempre rodeado de indios, consumía estérilmente sus municiones y cabalgaduras y, si no sufrió pérdidas de vidas, nada alcanzó de provecho.

Un día se presentó el enemigo en grandes masas y en orden regular sobre el arroyo de *Pihué*, donde ahora se extiende el pintoresco pueblo de *Carahué*.

El valeroso comandante de Granaderos á Caballo no se abandonó á la táctica audaz del guerrillero y contramarchó sobre el arroyo.

Apyando uno de sus flancos en sus barrancas inaccesibles formó en cuadro todo el ejército, con cuatro piezas de cañon, á manera de guerrillas bien protegidas, al frente de cada uno de los lados y esperó con fiadamente que los indios vinieran á quemarse en su castillo de fuego, como la incauta mariposa seducida por la llama de los cirios.

Infortunada é inútil esperanza! El enemigo simuló muchas cargas formidables y cuando tronaba el cañon, se desbandaba, gineteando festivamente y haciendo molinetes con las lanzas.

La llamada batalla de Pihué fué un triunfo completo para el enemigo, porque despues de fatigar estérilmente á Granada, descubrió su impotencia y CALLVUCURÁ se internó en Chilihúé hecho y ufano, retirando sus inmensos rebaños, familias y cautivos.



XXX

El ejército continuó el avance sobre Salinas Grandes. En este punto Granada destacó la vanguardia del coronel Conesa hasta *Chilihué*, cerca de *General Acha* actual, y emprendió luego la prevista é ineludible retirada, en ruda lucha con las calientes arenas de los médanos y con el asalto pertinaz de la insaciable sabandija.

Todavía un incidente infortunado, de grandioso y salvaje espectáculo, concurrió á perturbar la retirada. Los indios, que acechaban los alrededores del ejército para inmolar los rezagados, dieron fuego á los campos, cuando aquel cruzaba grandes pajonales. •

La crepitante hoguera abrazó cuatro leguas cuadradas: y rodeó á las tropas de los mas sérios

conflictos, y de peligro la vida de centenares de soldados.

La catástrofe se hubiera realizado si no se logra salvar el tren de municiones, después de una desesperada batalla de todos los cuerpos contra las llamaradas, á que daba pábulo un viento favorable (1).

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina, Legajo de 1938.



XXXI

En los tres años de la campaña contra CALLVUCURÁ, Buenos Aires había llamado sucesivamente á las armas á sus mejores oficiales generales, sin escluir á los que por su posicion política como Mitre, ó por su edad, como Escalada, formaban las reservas.

Habia, pues, dificultad para encontrar gefes superiores, toda vez que se iniciaban operaciones atrevidas. Los unos se negaban á aceptar ante la opinion airada la tremenda responsabilidad del seguro mal éxito, y los otros mostraban como escusa, la profunda, desmoralizacion del soldado.

Para comandar la espedicion del Norte, á que he hecho referencia, se eligió un bizarro y jóven coro-

nel, de capacidad conocida y de adelantada preparacion militar.

Habia tomado principal y espectable participacion en los grandes dramas de esta campaña, al pié de Sierra Chica y San Jacinto, y su espíritu observador y reflexivo se hallaba suficientemente preparado con la esperiencia adquirida, para luchar contra los diestros capitanes de la Pampa.

Era además uno de los ardientes iniciadores y propagandistas del plan de llevar la sableada á los salvages en sus ignotas guaridas, plan que espuso y defendió en una Memoria redactada en 1857.

En ella presentaba como baldon para la Provincia las derrotas sucesivas que los indios imponian á sus soldados y fundaba las seguridades del triunfo de nuevos esfuerzos, en la táctica, en las armas y en la disciplina de los ejércitos civilizados.

Me refiero al coronel D. Emilio Mitre. Era uno de los vencidos en la batalla de Tapalquen, donde como se recordará desempeñaba el alto destino de Gefe de Estado Mayor.

En 1857 fué retirado del *Ejército de Operaciones del Sud* y nombrado comandante en gefe de las fuerzas escalonadas en la frontera Norte, cuyos asientos principales eran la *Cruz de Guerra* y *Rojas*.

Al recibir su nombramiento y conocer el plan de expedicion que se le confiaba contestó en estos términos:—“ Como patriota y como soldado mi vida “ pertenece á mi país, mi obediencia á mi Gobierno:—de consiguiente cualquiera que sea la defi-

“ cencia que en mí encuentre para el desempeño de
“ la difícil mision que se me confia, la acepto por-
“ que no conozco otra consigna que la del respeto
“ y obediencia á las autoridades constituidas ” (1).

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina, Legajo de 1857.

•



XXXII

Apenas recibido del mando, los indios invadieron á Rojas y Pergamino, y se retiraron con un botin de muchos cautivos y de todos los ganados de la comarca, reunidos prolija é impunemente.

El coronel Mitre solo contaba quinientos hombres á sus inmediatas órdenes, y no disponia de tiempo para llamar tropas de acantonamientos lejanos, so pena de que el enemigo pusiera en salvo su espléndido malon.

El temperamento ardiente y marcial que caracteriza á aquel gefe decidió los hechos. El coronel Mitre hizo tocar á caballo y su reducida hueste, reforzada con dos piezas de artillería, tomó la *rastrellada* del enemigo. (1)

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1857
—Parte oficial del coronel Emilio Mitre.

Los indios fueron alcanzados en las cercanías de Melincué, hoy colonia *San Urbano*. Marchaban lenta y magestuosamente, esparramados en una vasta área de terreno, arreando sesenta mil cabezas de ganado. (1)

“ Era imposible chocar con ellos, porque en la
“ Provincia corria como un axioma, que la carga de
“ los salvages era invencible. Los hombres inteli-
“ gentes comprendian que poco valia ante una só-
“ lida organizacion militar; pero no habiamos logra-
“ do convencer de ello al soldado, que se negaba á
“ esperarla y nos derrotaban por eso en todas
“ partes”. (2)

El coronel inició una nueva táctica, que podria llamarse de *cuadros encadenados ofensivos*. Formó, en efecto, dos cuadros pié á tierra y los unió con un grueso eslabon de guerrillas de tiradores á caballo.

En esta pequeña division, que se batia con un enemigo numéricamente superior y habituado á envolver entre el polvo de la derrota al Cristiano, militaban oficiales generales de valor é importancia.

Mandaba en gefe, fuera de los cuadros y al frente de ellos, el coronel D. Emilio Mitre.

Dirigia los piquetes de caballería el coronel Cruz Gorordo.

(1) Informes del Teniente General Emilio Mitre al Autor.

(2) Palabras del Teniente General Emilio Mitre al Autor, refiriéndole los hechos de aquella época.

El cuadro de la derecha obedecía á las órdenes del coronel, teniente general ahora, de los ejércitos de la independencia D. Eustoquio Frias.

El cuadro de la izquierda era conducido por el coronel D. Manuel Sanabria.

Avanzó la division con firmeza sobre el colosal arreo, manejando oportunamente el fuego de cañon y de mosquetería, que desorganizó á los salvajes.

Habitutados éstos al desbande de las tropas civilizadas ante las amenazas y la alharaca de sus cargas, se sorprendieron profundamente de la audacia y sistema de los recién venidos.

El coronel Mitre aprovechó con habilidad el primer momento de indecision del enemigo, mandó tocar á caballo y lo cargó á fondo. La derrota fué completa, rescatado el botin colosal y redimidos algunos cautivos.

La persecusion se hizo por espacio de dos leguas, hasta completar el éxito, y el coronel Mire podia comunicar al Gobierno que habia salvado el honor maltratado de las armas en la *Cañada de los Leones*.



XXXIII

Despues de esta victoria, el coronel Mitre contrajo su atencion á preparar los elementos para asaltar las misteriosas tolderías ranquelinas.

Lo secundaban eficazmente el coronel Frias y el teniente coronel D. Ignacio Rivas, comandante del 2º de línea, gefe que habia tomado parte meritoria en todos los incidentes dramáticos de la campaña desde 1855.

Frias, fué nombrado en 1857 segundo comandante de la frontera Norte y mayor general del cuerpo expedicionario, que se componia de dos divisiones en la forma siguiente:

Division Norte.— Coronel Frias. Regimiento 2º de caballería de línea, 2º batallon de infantería de línea, regimiento Pergamino (coronel Cruz Gorordo),

batallon Arrecifes, escuadrones de Rojas y Salto, Artilleros, 2 piezas

Division del Centro.—Teniente coronel Molina, regimiento Blandengues, regimiento 25 de Mayo (mayor Baldebenitez), regimiento 9 de Julio (Félix Benitez), Artilleros, 1 pieza. (1)

Total: 2,000 hombres escasamente.

Todo estaba pronto para romper la marcha; pero nadie conocia el País salvaje del otro lado de la línea de Frontera.

(1) Esta division á las órdenes del comandante Molina, se incorporó al coronel Mitre en el *Médano de Acha*.



XXXIV

En el dilatado mar basta la brújula para conducir al viajero á su destino; entre las ondulaciones é islas de arboleda del mar inmenso de las Pampas, la brújula es por sí sola insuficiente.

La indicacion científica del rumbo no garante la vida, porque no revela el agua dulce ni la leña; no asegura la marcha, porque no indica el pasto eficaz para restaurar las caballadas; no guía á la victoria, porque no señala la existencia de los toldos enemigos.

La lagunita dulce, la leña débil, la selva secular, el pastizal exhuberante, las tolderías de caciques y capitanejos, los escondrijos y bericuetos de los bosques de algarrobos, espinillos, chañares, jarillas y caldenes, son las posiciones estratégicas del Desier-

to, guardadas en secreto para todos, y su conocimiento exacto forma la ciencia misteriosa y profunda del baqueano.

Sarmiento lo ha dibujado magistralmente:

“ El baqueano es un gaucho grave y reservado,
“ que conoce á palmos veinte mil leguas cuadradas
“ de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo
“ mas completo, es el único mapa que lleva un ge-
“ neral para dirigir los movimientos de una cam-
“ paña ”.



XXXV

Pero el gaucho que conoce una ó varias provincias y sus campos solitarios, no es el baqueano de *Tierra Adentro*.

Este debe saber todo lo que aquél sabe en la maravillosa ciencia de la orientacion por medio de los árboles y de las pajas, de las lagunas y de los médanos, especies de soles y de estrellas para el piloto de las llanuras argentinas.

Conoce los secretos de la vida social de la Barbarie, la precisa ubicacion de las *tolderías* de cada cacique ó dignatario de importancia, y puede guiar hasta las altas cabezas las primeras cuchilladas del sable invasor.

Retiene claramente en su memoria prodigiosa los innumerables senderos que cruzan los campos,

formando madejas unas veces y redes las otras, entre las cuales, y á variables distancias, se alzan como aprisionados los toldos del salvaje.

Ha medido con sus propios piés y muchas veces la estension matemática de cada uno de aquellos hilos guiadores, y la dice ciertamente al Gefe para que disponga la marcha de su columna, á fin de llegar al punto señalado al tercer canto del gallo, sorprendiendo á los dormidos del aduar.

Y este baqueano es siempre un indio traidor á su raza, un cautivo escapado despues de largas y horrendas peregrinaciones ó uno de esos misteriosos y heróicos aventureros de la Frontera, que pasan la existencia entre las reyertas de las pulperías y las borracheras del toldo de los bárbaros.



XXXVI

El coronel Mitre no podía hacerse á la mar de tierra por falta de baqueano, y era inútil pedirlo á un ejército encerrado de ordinario en los fortines, y que solamante se batía en los campos conocidos.

Un soldado solicitó cierto día hablar con el comandante Ruiz, jefe militar de Junin (1). Era Fermin Sanchez, criollo de la Cruz de Guerra.

—Mi hermano, dijo, vive en los toldos de *Painé* hace años, porque tuvo la desgracia de matar en pelea á un alcalde de Chivilcoy, que le andaba rondando la mujercita. . . . Está muy triste, y me ha

(1) Informes del Teniente General Emilio Mitre al Autor.

escrito una carta para que lo saque de entre los infieles, y yo soy soldado para hacer méritos á ver si el Gobernador me dá la vida del pobrecito por mi conducta. . . . Es *baqueanazo* de los *rancúles*, y si V. S. se empeña por él yo me comprometo á traerlo. . . .

—Cómo es posible, Sanchez? interrogó el comandante Molina, con sorpresa.

—Déme V. S. licencia. . . . Me voy á pasar á los infieles fijjiéndome resertor y antes de un mes estoy aquí con mi hermano. A los resertores no les quitan las armas. Déme otra *garabina* y municiones para él.

El heroico y piadoso ofrecimiento fué avisado al Comandante en Gefe, y Sanchez desapareció en el seno de esa region de indios y de muerte, que pocos osaban recorrer y de la cual todos los que salian contaban maravillas pavorosas.

Sanchez no regresaba. Mientras el Ministerio de la Guerra cuestionaba con el Gefe de la frontera sobre la falta de ese soldado en el campamento y su presencia en las listas de ajustes (1) el doctor Alsina escribia al coronel Mitre, avisándole el mal éxito de los primeros pasos de Granada y le ordenaba marchar en el acto sobre los *rancúles*, para dividir la atencion del enemigo y evitar que acumulase sus regimientos sobre el *Ejército de Operaciones del Sud*, de triste celebridad.

(1) He leído los documentos en el Ministerio de Guerra y Marina. Archivo, legajos de 1858.



XXXVII

A caballo y en marcha!

Y el cuerpo expedicionario salió del *Médano de Acha*, sobre la costa misma del río Salado—del que desemboca en la Bahía de San Borombon—y se internó en la region de los horrores y de las brumas, en demanda de la laguna *Trenel* ó del *Recado*, que nadie conocia y cuyo camino mismo se ignoraba.

El coronel Mitre habia conferenciado antes de romper la marcha con el coronel Gorordo, el cual acompañó al general Lavalle en su famosa invasion á Buenos Aires y habiendo sido cortado con una pequeña partida, se vió obligado á refugiarse entre los indios *rancúles*, donde halló al coronel Baigorria, unitario de los de Paz y al general D. Juan

Saá, posteriormente *Lanza Seca*, que en paz descanse. Algo sabia Gorordo del Desierto; pero no era mucho á la verdad.

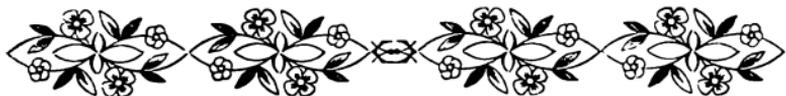
Un ladino *se dejó decir* (1) que habia sido soldado del coronel Rauch y que conocia los toldos ranquelinos; y Santos Rubio, un gaucho del 25 de Mayo, antiguo cautivo, se aventuró á hablar al coronel Mitre de esta manera:

—La Pampa está llena de caminos. Vamos á los montes, que de juro tenemos que salir allá por cualquier camino y una vez en los montes. . . . yo los conozco como á mi mano. . . .

Tales eran los compases de navegacion con que el coronel Mitre se habia aventurado á la cruzada, para cumplir la órden terminante del Gobierno (2).

(1) Modismo de Frontera, usado para indicar que tuvo la temeridad ó la audacia de decir. . . .

(2) Informes del teniente general Emilio Mitre al Autor. Partes oficiales del mismo, Marzo de 1858, en el Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. En la publicacion de *La Prensa* citaba en este incidente al coronel Sanabria, por error, pues, quise referirme como ahora lo hago al coronel Cruz Gorordo.



XXXVIII

Catorce días de camino feliz contaba el ejército á través de pastos abundantes y con agua fresca en cada jornada.

El rumbo general de la marcha era N. O.; pero nadie sabia en el ejército que lugar se pisaba diariamente, y cual era su posición con referencia á puntos conocidos. Se marchaba sobre un camino secular de los indios, con huellas profundas, que acreditaban el constante movimiento de los ganados. Este camino podia muy bien conducir hasta los *rancúles*, como hasta Chile!

La marcha era siempre penosa por el fuego abrasador de las arenas y el asalto ruidoso y sangriento de la sabandija.

Corria el 26 de Enero. El ejército habia hecho

alto en unos *jagüeyes* (1) algo obstruidos ya y se ordenó cavarlos de nuevo, para abreviar á los hombres y á las bestias. La jornada habia sido sin agua y todos estaban sedientos.

¡Aquí del soldado de Rauch!

— Señor, dijo al coronel Mitre, conozco estos jagüeles, los cabamos en una campaña con el coronel Rauch. Yo mismo he manejado la pala. . . . Dan mucha agua y de aquí en un dia y una noche caimos sobre los indios en el monte. . . . Así que la laguna de *Trenel* debe estar cerquita.

El coronel dió reposo en la *aguada* á las tropas y á la madrugada siguiente rompió la marcha, destacando al coronel Gorordo á vanguardia, para que explorara el frente y los flancos.

El ejército marchaba brioso, porque la pavorosa comarca indiana no lo parecia en realidad. Se sentia en las filas el estremecimiento del corazon del soldado en la víspera de una victoria gloriosa.

(1) *Jagüey*, vulgo *jagüel* voz quichua. Balsa en que se recoge el agua de lluvia y de vertiente.



XXXIX

Pero eran las cinco de la tarde! Ni un árbol, ni un indio, ni una miserable charca en los campos, cada vez más altos, más arenosos y de vegetación más triste y amarillenta. En cambio, brillaba un sol de Enero en clima mediterráneo, las arenas reverberaban como una hoguera, los semblantes estaban amoratados, las gargantas irritadas y los caballos profundamente chupados.

Se hizo alto para continuar la marcha al otro día. La situación hacia crisis. El estado del ejército decaía, los ánimos comenzaban á desfallecer y los terrenos aparecían cada vez menos hospitalarios.

Eran las doce de un día abrumador. El ejército caminaba envuelto por el resplandor de grandes y cercanas fogatas, y el único incidente sobrevenido era la bifurcación del camino general en

varios ramales, lo cual aumentaba el infortunio y la confusión de los expedicionarios.

Junta general de los peritos. El coronel Gorordo no había vivido por allí con Juan Saá y con el coronel Baigorria. El soldado de Rauch se excusaba diciendo que con aquel jefe se marchaba de noche y Santos Rubio ignoraba en que lugar del mundo se encontraba.

Se tocó, pues, pié á tierra y desensillar en seco, mientras el coronel Gorordo practicaba un serio reconocimiento al frente y á los flancos.

La ansiedad con que el sediento y desmoralizado ejército aguardaba el éxito de estas escursiones era indescriptible, y el desenlace fué aterrador: los campos cada vez mas altos, mas arenosos, con pequeños arbustos de espina, sin caminos, sin mas accidentes que unas sombras tendidas en los horizontes del Norte, que parecían los primeros montes ranquelinos.

Era aquel país el seno de una enjuta y mortífera *Travesía*.

Se deliberó, y como se pensaba que la laguna de *Trenel* debía estar situada en la selva pampeana, el coronel Mitre mandó levantar el campamento y siguió el camino que hacia rumbo á la sombra divisada en el Norte.

La marcha era de noche y caían los perros y caballos con las fauces enjutas..... Dos soldados, un infante y un artillero, murieron de sed.... Seis soldados se habían perdido y no se supo más de ellos....

El coronel Gorordo, que marchaba á vanguardia ; alcanzó la ceja del monte al aclarar y descubrió una charca de pocos metros cuadrados con agua potable, y con indicios de la reciente permanencia de los indios.

El ejército se precipitó sobre ella, como los perros hambrientos sobre un hueso, y hombres y caballos la enjugaron.

Pocos, apenas los primeros, mojaron los labios; y centenares de soldados se contentaban con poner en lo boca puñados de barro para refrescarla.... Así mismo el coronel Mitre la llamó la laguna de la *Providencia!*

Las nuevas exploraciones fueron igualmente desconsoladoras. El pavoroso desierto de los cuentos y leyendas aparecía en toda su horrenda realidad!...

Santos Rubio, el que conocía las selvas como su propia mano, se limitaba á decir:

—No sé en qué lugar del monte estamos!....

Y despuntaba otro día de Enero con sol canicular.

El coronel Mitre sostenía una terrible lucha consigo mismo. Deseaba avanzar; pero lo contenía el espantoso aspecto de las tropas y la desesperación de los caballos estenuados por la sed, que erguían la cabeza, olfateaban el espacio y lanzaban resoplidos y relinchos estridentes, agitándose en todas direcciones, como sucede en los momentos supremos en que los acecha un tigre.

No había mas solución que emprender la reti-

rada, casi la fuga: ¿y de quién? del enemigo mas formidable de las pampas, de la sed!

Y el clarín la anunció á los oídos de los agonizantes como un grito de Vida y de Esperanza! (1)

(1) Este capítulo se funda en documentos del Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de Marzo y Abril de 1856. Informes del teniente general Emilio Mitre al Autor. Referencias de varios oficiales y soldados. Publicaciones hechas en *El Nacional Argentino* del Paraná, tomo de 1856.



XL

El mayor Baldebenites era, con el voto de todos, la primera lanza del ejército.

Gaúcho argentino ó roto chileno, no está el punto averiguado, vive su nombre, en conmemoracion de sus hazañas, en una laguna del 25 de Mayo.

Habia formado en la hueste vandálica y batalladora del famoso aventurero Pincheira y desprendido de la horda, se acogió á las banderas de Buenos Aires.

Con un escuadron ágil como bandada de halcones guardó heroicamente la frontera del Centro, operando siempre sobre la base del fortin *Cruz de Guerra*; y en cincuenta combates parciales arremetió caballerescamente con los indios al arma

blanca; marcando su paso con huellas de muerte y de victoria.

Su fama se esparció entre moros y cristianos con el ruido de sus triunfos, tan raros por entónces, y ante su lanza formidable pudieron decir los araucanos, como de Martin Pelaez otros infieles:

Tan valiente y esforzado
A todos nos hiere y mata;
Del campo nos ha lanzado.

Baldebenites fué llamado por el Comandante en Gefe en la noche triste pasada al rededor del codiciado lodo de la laguna *Providencia*.

La vida de centenares de soldados estaba amenazada por la sed, podía ser salvada con algunas *caramañolas* de agua, y era necesario retroceder hasta los jagüeles de Rauch para llenarlas.

Deshacer en horas el camino trillado entre las amarguras de la fatiga y de la sed de tres dias con sus noches, esponerse á sucumbir á una emboscada del salvaje ó á una fuerza superior y regresar, ganando minutos, en socorro de los sedientos, con un liviano escuadron de caballería cargado de agua: tal era la comision confiada al valor y á la actividad del mayor Baldebenites.

Sobraba la lanza y la voluntad al guerrillero para volar en socorro de sus hermanos; pero le faltaba el guía para cortar campo en derecha á los jagüeyes.

Aparecieron en el ejército entónces unos gauchos de la Lobería que se titulaban *rumbiadores* y que: garantían salir á rumbo al punto deseado: y con

ellos y con esta garantía Baldebenites enristró la temida lanza y al frente de un reducido núcleo de soldados elegidos, montados en los mejores caballos y cargados de todos los chifles y caramañolas del ejército, desapareció al aclarar entre las arenas de la travesía.

El ejército de sedientos y estenuados por una alimentación seca y enfermiza, se movió lentamente en el mismo rumbo y sobre el rastro, formando una larga y angosta columna que contorneaba con pena los guadales y los bosquecillos espinosos, como una serpiente colosal herida.

Un suave aguacero mojó la ropa de los soldados, pero no sus gargantas, cuyo estado recordaba las fauces de una fiera enfurecida en la impotencia (1). Al caer la tarde se divisaba una polvareda al frente de la columna y se sintió en el ejército el estremecimiento de la Esperanza que se realiza y de la Vida que retoña, cuando Baldevenites coronó los médanos y relampaguearon las *caramañolas*, heridas por los últimos rayos del Sol de Enero, que velaban con una tristeza indescriptible el paisaje amarillento.

(1) Informes del teniente general Emilio Mitre al Autor.



XLI

Baldevenites traía además grandes y afligentes novedades. En los jagüeyes encontró una partida de la Frontera que llevaba comunicaciones y diarios para el coronel Mitre.

La lejana tormenta que oscurecía los horizontes de la Confederación, se condensaba ya sobre las fronteras de Santa-Fé y fulguraba el relámpago y resonaba el trueno que anuncia el cercano estallido.

Abierto estaba el fuego vivo entre *El Nacional* y *La Tribuna* de Buenos Aires y *El Nacional Argentino* del Paraná; y *La Reforma Pacífica*, como el guerrillero osado que penetra al campo enemigo y lo acomete furibundo sembrando alarmas., hacia vibrar á las barbas del Gobierno del Dr. Alsina la palabra formidable de la oposición que

echaba raíces hondas en el Senado y en el Pueblo.

La atmósfera social de Buenos Aires estaba envenenada por aquel implacable pujilato de la prensa, cuya lectura causa pena porque tenia por teatros la vida pública y el hogar de los hombres y por medios la pluma, la tinta, la espada y la pistola.

Calvo, acosado con furia, no vacilaba y se defendía en firme retirada para el Paraná, como el héroe, que pierde su caballo y jura vender la vida al precio de vidas y de sangre.

El coronel D. Bartolomé Mitre, nombrado comandante en jefe de los departamentos del Norte, habia ocupado ya la ciudad de San Nicolás á una jornada del Rosario, primer puerto y cuartel de la Confederacion, y reunia los elementos del ejército que un año mas tarde se batia en la *Cañada de Cepeda*.



XLII

La noticia del fracaso de la expedición á los rancúles era ya conocida en Buenos Aires, con los caracteres infortunados de un desastre espantoso.

Se hacia subir á mil quinientos los muertos de sed, que eran dos, y se añadía la pérdida de toda la artillería, de la que una pieza y sus municiones fué en realidad abandonada cerca de la lagunita *Providencia* (1).

Se conocía tambien la penosa retirada del *Ejército de Operaciones del Sur*, sobre la ceniza calien-

(1) Según los informes que me ha comunicado el teniente general Emilio Mitre y lo que reza su parte oficial, que puede leerse en el Archivo del Ministerio de Guerra y Marina, legajo de Marzo de 1858, las pérdidas fueron: 1 cañon, 2 muertos de sed y cuatro de los seis heridos. Dos salieron á la Frontera: de los otros más se tuvo noticia.

te de los campos quemados á su paso por el enemigo.

En tales circunstancias el Gobierno consultó al coronel don Bartolomé Mitre y él fué de opinion que debia salvarse las fuerzas de los ejércitos del Sur y del Norte, haciéndolas retroceder á sus acantonamientos y rectificando la línea de Frontera, en algunos puntos estratégicos. (1)

De esta suerte, el coronel Mitre que habia abierto en 1855 las operaciones de la sangrienta y desventurada campaña, las cerraba en 1858 interviniendo indirectamente en sus últimos dramas, con el desconsuelo de no haber encontrado elementos para realizar planes irreprochables y de ver al hábil y terrible Soberano de la Pampa al frente de un Imperio compacto y de una fuerza relativamente colosal, cuando Buenos Aires marchaba á la guerra civil.

(2) Carta del Teniente General Bartolomé Mitre al Autor.



XLIII

La guerra sin cuartel con la *Dinastía de los Piedra* había sido para Buenos Aires de desastres y de horror; y es forzoso señalarla como uno de los elementos primordiales de la crisis social y política, que produjo la derrota de Cepeda.

No había sufrido, en efecto únicamente la zona fronteriza, espuesta á la irrupción de la Barbarie: el sacudimiento era social y afectaba el organismo completo de la Provincia.

En toda ella se soportaba con repugnancia estrema el reclutamiento constante de contingentes, para cubrir las bajas de los ejércitos derrotados, ó para formar los nuevos cuerpos, que las circunstancias reclamaban.

La arbitrariedad de las autoridades, poco medi-

das de la campaña, habia abierto en los hogares incurables heridas, con el ejercicio de la terrible facultad de destinar al servicio de las armas.

Las vacas declaradas mas ó menos artículo de guerra y prohibida su exportacion por decreto gubernativo de 1857, casi desaparecian del mercado como elemento de cambio.

Los caballos no eran para el vecindario de la Provincia una propiedad. La Frontera los devoraba á millares. Los jueces de paz de cada partido estaban obligados á mantener internadas y dar cuenta puntual y mensual al Ministerio de la Guerra (1).

Los comandantes en jefe de las fronteras pasaban á los jueces de paz la lista de regimientos completos que habian desertado; y estos funcionarios se negaban á aprehender á los centenares de desertores, ya por falta de autoridad y de fuerza para apoyarla, ya por no hacer sentir al pueblo mayores angustias.

Los gefes indignados y alarmados de una impunidad que fomentaba el desbande escandaloso de sus tropas, elevaban el caso en queja al Ministerio de la Guerra, y éste era impotente para remediar el mal completamente orgánico (2).

La administracion militar era deplorable, como consecuencia del estado social de un país que salia apenas del caos de la tiranía. Calvo clamaba des-

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1857 y 1858.

(2) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina: Partes del General Hornos y otros gefes. Legajos de 1858.

de *La Reforma Pacífica* contra los millones que costaba la guerra, anunciando que según los cálculos, cada soldado comía un novillo al día y gastaba cincuenta camisas al año!

Al profundo malestar de toda la Provincia, que de variadas maneras se hacía sentir en la atmósfera del Gobierno, se asociaba el grito desgarrador de las familias de la Frontera y de mil voces varoniles, que clamaban por la paz con los salvajes, resueltos á contribuir con todo lo que fuera necesario al pago de los tributos. Preferían los pobladores fronterizos sacrificar la fortuna del presente y del futuro, para salvar siquiera el pudor de las mujeres!

¡De tal manera sombrío era el pasado y aparecía el porvenir!

Efectivamente, los ejércitos, organizados á costa de inmensos sacrificios, según las declaraciones del coronel Mitre en el Senado, habían sido estrepitosamente derrotados en las batallas campales de Sierra Chica, Tapalquen y Pihué, con pérdida de dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos durante todos los accidentes de la campaña; la expedición de Granada había fracasado; la del coronel Mitre retrocedía envuelta en escenas de pavor; la tropa de línea profundamente desmoralizada abandonaba las filas con escándalo; la Guardia Nacional prefería, cobardemente la vergüenza y la deserción á reunirse y cruzar lanzas con el indio, cuyas alaridas la aterraban; los vecindarios huían en masa y despavoridos, sin aliento ya los hombres para defender siquiera á las mujeres y á los niños

de los horrores de la cautividad; los gefes mas prestigiosos, valientes y capaces estaban desconcertados y vencidos; los elementos de todo género escaseaban; la guerra civil incendiaba los horizontes del Norte, como el fuego de una centella, y los indios se concentraban en Salinas Grandes victoriosos y mas fuertes que jamás, desde Mendoza y Garay hasta nuestros dias, con quinientas mil cabezas de ganado y alrededor de mil cautivos por botin!



XLIV

Los indios, en efecto, estaban de tregua desde Junio de 1857, sin omitir pequeñas correrías, para mantener el terror entre el vecindario y el prestigio de sus armas. Había llegado el momento de dar reposo al grueso de las fuerzas confederadas, después de tres años de constante y lucrativo guerrear, porque estaba logrado uno de los principales objetos de la coalición: el robo y el cautiverio.....

Se explica así que hicieran poco caso de la expedición Granada y que ni siquiera asomaran entre el monte á observar la del coronel Mitre.

La Confederación de salvajes fué preparada laboriosamente desde 1853, por medio de embajadores que cruzaban el ámbito de la Pampa y los bajos y fáciles boquetes de la Cordillera del Sur,

y celebrada en Salinas Grandes en 1855, despues de pomposos *Parlamentos* en que la oratoria araucana, eufónica en la palabra y monótona é insoporable en las frases, desplegó el lujo de sus galas.

Despues de la grande invasion que siguió á la batalla de Tapalquen, los generales *chilenos, picunches, huiliches y rancúles* exigian de CALLVUCURÁ la disolucion de la alianza para comerciar con los resultados alcanzados; y ella fué disuelta á mediados de 1857, internándose los caudillos confederados hácia las tolderías de la Pampa, del Colorado, del Rio Negro, de las Manzanas y de Chile mismo con su parte de botin y de cautivos.

CALLVUCURÁ quedó reducido á ochocientos guerreros, que era la suma de su poder propio en esa época, la de mayor esplendor de la tribu (1); y es esta la base de ejército con que la *Dinastía de los Piedra* ha tenido en jaque durante medio siglo á la Civilizacion Argentina!

(1) Datos del cacique *Namuncurá* al Autor.



XLV

Los aliados Catriel y Cachul se separaron en Junio de 1857 de CALLVUCURÁ, con su parte proporcional de ganados y de cautivos, y formaron tolderías entre Guaminí y el Azul con sus numerosos rebaños.

Tenian instrucciones del soberano del desierto de buscar una vez mas la alianza del Cristiano para asegurar la tregua, mientras la Confederacion indígena digería los frutos del festin colosal; y aquellos desleales é infames caciques, sobre cuya memoria pesa la sangre y cautividad de más de dos mil vecinos, hicieron saber hábil é indirectamente al general Escalada, partidario decidido de los arreglos, el propósito de CALLVUCURÁ y demás indios de poner término á la guerra.

El capitanejo *huiliche* Yanquetruz, uno de los gefes confederados, que mandaba un escuadron valeroso y vivia en el *Chichinal*, sobre el rio Negro, habia regresado al seno de su tribu con algunas bajas en las filas, pero cargado de botin.

Apénas reparado de las fatigas, se dirigió al coronel Villar, comandante militar de Patagones, ofreciéndole aliarse á la Nacion y vivir en paz.

Estos hechos, ocurridos simultáneamente á inmensas distancias y en que eran actores caciques subalternos de CALLVUCURÁ, revelaban el plan del soberano de explotar al Gobierno de Buenos Aires por medio de sus tenientes, bajo los auspicios de una pérfida amistad, despues de haberlo vencido.

Pero el Dr. Alsina desesperado queria buscar un desahogo en la celebracion de la paz con los salvajes, y el general Escalada y el coronel Villar fueron autorizados á negociarla rápidamente (1).

(1) Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1857.



XLVI

En consecuencia, salió del atribulado pueblo del Azul una embajada constituida por el teniente coronel D. Ignacio Rivas, que se habia batido valerosamente en toda la campaña, y por los vecinos D. Benjamin Olivera y D. Manuel Amaya, con veinte veteranos de escolta á las órdenes del capitán Tarragona. (1)

Era heroica la aventura de Rivas al presentarse con bandera blanca al frente de salvajes feroces, alentados por una impunidad asegurada y habituados á degollar parlamentarios. Ignorábase, efectivamente, en la frontera la liquidacion de la alianza militar y mercantil, y se presumia, por el contrario, que la coalicion continuaba en armas y en acecho.

(1) Informes comunicados al Autor por varios vecinos del Azul.

La comision fué, sin embargo, pomposa y hospitalariamente recibida por Catriel, en medio de los ganados robados. Los cautivos no estaban ya. Era necesario aparentar honradez y lealtad al Cristiano; y los caciques manifestaron á la comision que ellos formaron parte de la alianza obligados por CALLVUCURÁ, pero que no habian querido cautivar, ni matar.

Catriel y Cachul pidieron diez dias para contestar, y se apresuraron á despachar chasquis á Salinas Grandes para invitar á la paz al Soberano. Entre tanto, la comision del Azul debia permanecer en los toldos.

Los pérfidos indios pedian plazo para informar á la córte de Salinas de lo ocurrido y marchar de acuerdo con sus resoluciones.

A los diez dias cabales, los chasquis regresaban de *Tierra Adentro*, con abundante retorno de regalos y saluciones. CALLVUCURÁ agradecia al Gobierno su buena voluntad; pero se negaba á hacer la paz por el momento, fundado en que le faltaba el tiempo indispensable para consultar á sus caciques y aliados. Prometia, sin embargo, no invadir y avisar oportunamente cuando se hallase habilitado para hacer tratados.

Por cuerda separada ordenaba á Catriel y Cachul que se sometieran de nuevo y observaran con escrupulosidad todos los movimientos del cristiano (1).

(1) Referencias de D. Santiago Avendaño, que sirvió de intérprete en las negociaciones.



XLVII

Los diez días pasados en los toldos fueron para Rivas y los suyos de espléndida hospitalidad. Celebráronse fiestas hípcas, bailes populares, festines de carne de yegua y los caciques en persona mataron un cordero negro en honor de los huéspedes.

Catriel y Cachul finjiéronse irritados por la negativa de CALLVUCURÁ, señalando su ferocidad al ódio del Cristiano, y ofrecieron concurrir con 300 lanceros á la espedicion que contra el gran cacique preparaba ya el coronel Granada en Bahía Blanca (1).

La paz se hizo. Catriel fué nombrado Cacique Mayor y Comandante General de las Pampas, con

(1) Este ofrecimiento, reiterado meses despues en varias ocasiones, no se cumplió. Véanse varias notas del cacique Catriel en el Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1857.

sueldo mensual; segundo suyo, en iguales condiciones, al cacique Cachul.

Los caciques subalternos quedaron equiparados á los capitanes del ejército y en el mismo rango las chinas distinguidas ó hermanas de los gefes superiores.

Se pactó racionamiento de yerba, azúcar, tabaco, jabon, sal, papel de cigarros y distribucion semestral de yeguas, vacas, bayeta, pañete, lienzo, zaraza y prendas de plata á cada uno de los caciques, capitanejos, soldados y familias, segun su gerarquía.

Al firmarse los tratados la Comision hizo entrega á Catriel de un pomposo diploma, de deplorable caligrafía, acreditándolo en su alto rango de Generalísimo de los desiertos (1); y á la vez aparecieron algunos cautivos, que fueron presentados al comandante Rivas en prenda de amistad y con grandes aspavientos de haberlos comprado á muy altos precios á los caciques de Salinas Grandes.

En consecuencia la tribu de Catriel con los ganados que acababa de robarnos, se sometia al Gobierno de D. Valentin Alsina, y éste la estableció en los famosos campos de Nievas, donde ha permanecido hasta que en 1876 se alzó nuevamente contra el hijo de aquel gobernante, Dr. D. Adolfo Alsina, que ensayaba la solucion del problema de la frontera.

(1) El curioso original puede verse en el Ministerio de Guerra y Marina; legajos de 1857.



XLVIII

El coronel Villar habia firmado tambien la paz con Yanquetruz y Saihueque en Patagones.

El artículo 8º del tratado dice:

“ El *comandante* Yanquetruz gozará, como gefe “ inmediato de la tribu, del empleo de capitán, con “ grado de teniente coronel del ejército y el sueldo “ mensual de 1,500 pesos moneda corriente; cada “ uno de los dichos caciques tendrá un sueldo de “ 1,000 pesos mensuales y cada uno de los indios “ de lanza de 50 pesos ” (1).

Amen del racionamiento, yeguas prendas, etc., etc., que forman la materia del estenso documento.

Lo de *General* para Catriel y de *Teniente Co-*

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1857.

ronel de ejército para Yanquetruz, era una nueva humillacion. Los bárbaros aspiraban y conseguian igualarse á nuestros oficiales vistiendo sus galoneados uniformes.

Yanquetruz fué un azote para Patagones, y pronto llegaron quejas del coronel Villar al Gobierno sobre los escesos que el Indio cometía en sus borracheras; pero éste gefe pedia autorizacion para tener paciencia, pues, Yanquetruz prometia no tomarse en lo sucesivo (1)!.....

(1) Ministerio de Guerra y Marina. Archivo, legajos de 1857.

•



XLIX

No fué menos desastrosa para el Azul la vecindad de Catriel durante muchos años, aunque algunos mercaderes deban su fortuna al pillage de los indios, pues sostenían con ellos y aun con los de CALLVUCURÁ un activo comercio.

Inventaron las boleadas de avestruces, que eran un *Malon* (1) disimulado.

De tiempo en tiempo el general de la Pampa, avisaba á los generales de la Frontera, que iban á salir los hombres á las boleadas.

Se internaban así robando y matando, y cuando los gefes militares reclamaban, los caciques produ-

(1) *Malocan*—«Hacer hostilidad al enemigo ó entre sí por agravios, saqueando los ranchos y robando cuanto topan. *Malou*: dicha hostilidad»—(*Febre*).

cian grandes alharacas contra los criminales, que resultaban á la postre, refugiados en los toldos de CALLVUCURÁ.

Un día los boleadores de Catriel habían llegado á los campos de la Lobería, y así cazaban avestruces, como allegaban vacas y yeguas.—El Juez de Paz salió á *parlamentar* al frente de treinta hombres!

Rogó á los salvages que dejaran el arreo, recordándoles que había paz entre el Gobierno y los indios, á lo cual contestaron estos:—“Si el Gobierno quiere la paz, nosotros queremos la guerra (1).”

(1) Parte oficial en el Ministerio de Guerra y Marina. Legajos de 1858.



L

El general Escalada recibió aviso por los nuevos amigos de que los caciques de Salinas vendian cautivos.....

La indirecta era clara y el ultraje á nuestras armas sangriento; pero era necesario tragar saliva y rescatar á los infelices que gemian en Salinas Grandes y otras tolderías.

Bajo los auspicios del Gobierno se constituyó en Buenos Aires una comision de los mas acaudalados vecinos, para formar el gran fondo humanitario destinado al rescate.

En consecuencia el caciquillo *Millá Curá* (*Millá*, oro; *Curá*, piedra) hijo del Soberano de la Pampa, se situó en Guaminí, para estar mas á la mano y fué el primero en vender diez ó doce cauti-

vos á dos mil pesos moneda corriente cada uno. (1)

El negocio tomó formas horribles. Numerosas familias desoladas acariciaban la esperanza de abrazar otra vez á los séres amados que gemian en la cautividad; pero era frecuente recibir noticias, que equivalian á la suprema noticia de la muerte. ¡Habian sido vendidos á caciques de las Manzanas ó de Chile! Otras veces los caciques y capitanejos se negaban á vender las *chiñoras bonitas*, segun su manera sensual de decir, porque las habian incorporado á los toldos de sus mujeres, donde las indias celosas las martirizaban sin piedad ó las asesinaban.

Despues de la negociacion de estas paces y la compra de cautivos, el general Escalada presentó su renuncia de gefe de la frontera Sud y regresó á Buenos Aires acosado de achaques y sobre todo de una alarmante falta de sueño; y el comandante Rivas con el 2º de infantería de línea concurría á la Frontera Norte, donde el coronel Emilio Mitre preparaba la espedicion, cuyo desenlace se conoce.

En Junio de 1858 la tregua reinaba en toda la Frontera de Buenos Aires, interrumpida solamente por los grupos de indios merodeadores, que servian de descubierta á las fuerzas de los caciques.

El Gobierno deseoso de atenuar la impresion desfavorable que causaba en la opinion pública el fracaso de la espedicion Mitre, escribia al pié de su parte oficial algunas frases lisongeras.

(1) He leído los documentos y listas de estos cautivos en el Archivo del Ministerio citado. Legajos de 1857-1858.

“ Acútese recibo manifestándole que el Gobierno está satisfecho de la distinguida comportacion de la columna á sus órdenes durante la penosa campaña al desierto, en la que si bien no han sido batidos los bárbaros por accidentes muy frecuentes en casos semejantes, han quedado al menos advertidos que los soldados cristianos son capaces de ir á sacarlos de sus guaridas, á pesar de toda clase de privaciones como las que han sobrellevado con ejemplar resignacion (1). “

Al propio tiempo solicitaba del Senado de la Provincia el empleo de generales para los coroneles D. Emilio Mitre, D. Wenceslao Paunero, D. Emilio Conesa y D. Nicolás Granada, comandantes de las infortunadas expediciones, y para el coronel D. Bartolomé Mitre, como una distincion especial por la activa participacion que habia tomado en la direccion superior de la guerra.

El Senado, que se hallaba influenciado por los que arrojaban sobre el gobierno la tremenda responsabilidad de los sucesos de la Frontera, negó el acuerdo con energía y lo comunicó en términos honrosos para los gefes, espresándose así: “No ha llegado la oportunidad de conferirles aquellos grados superiores, sintiendo profundamente la Cámara de Senadores no hallarse en esta ocasion en armonía con los propósitos del Poder Ejecutivo.” (2)

(1) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina. Legajo de Marzo de 1858.

(2) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina, Junio de 1858.



LI

Por este tiempo se organizaba ya, como he dicho, en San Nicolás y en el Pergamino, el ejército que iba á oponer Buenos Aires al de Urquiza y los gefes mas caracterizados, así como los diezmadados cuerpos de línea, dejaban la Frontera en marcha hácia aquellos campamentos.

La seguridad de la riqueza pastoril quedaba anulada, pues la guardia nacional, violentamente movilizada para cubrir los claros dejados por los veteranos, no tenia voluntad de servir y era además moral y materialmente dominada por los indios.

La campaña de tres años ponía en evidencia tal desorganizacion social en la Proviucia, que no habia elementos para vencer á los indios por medio

de la guerra ofensiva; y reducido el Gobierno á defenderse precariamente en sus propias líneas, pensó en fortificarlas. El ingeniero D. Gregorio Duteuil proyectó una sucesion de "torres sarracenas," defendida cada una por diez hombres; pero el sistema no fué aceptado (1)

El coronel Emilio Mitre proyecto y ejecutó en el Norte, antes de replegarse á San Nicolás, una línea de fortines cercanos entre sí, guarnecidos por rethenes de tropa y armados de un cañon.

Esta línea avanzaba la frontera no solamente de Buenos Aires, sinó de Santa Fé hasta el *Chañar*.

Al aparecer los indios el fortin amenazado debia dar la señal con un disparo repetido de hora en hora, para marcar el punto de concentracion á las fuerzas de la línea; y todos los demás fortines daban fuego al cañon de alarma (2), cuyo estampido corria en pocos momentos la Frontera, repercutía en los pueblos, llenaba de tribulacion los hogares campesinos y resonaba en el seno mismo de las seguras ciudades.

La línea de fronteras de Buenos Aires corria desde Bahía Blanca sobre las costas del Atlántico hasta Rojas y Pergamino, cerca, muy cerca del rio Paraná, pasando por el Azul, Fortin Esperanza, hoy General Alvear, la Cruz de Guerra en el 25 de Mayo, y Chacabuco; de suerte que esta Provincia, dueña de un territorio inmenso, apenas domi-

(1) Archivo del Min'isterio de Guerra y Marina. Legajos de 1858.

(2) Informes del teniente general Emilio Mitre al Autor.

naba y ocupaba no por completo, una cuarta parte del mismo, y su industria pastoril, la grande industria del país, se sofocaba sin garantías y sin campo suficiente de expansión—en momentos en que la crisis europea ocasionaba la baja de nuestros frutos. (1)

(1) Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de la Confederación 1860.



LII

Pero el vasto imperio de la Barbárie no confiaba únicamente con las tierras pobladas de la Provincia de Buenos Aires, administrada independientemente del grande grupo de sus hermanas, cuyo Gobierno residia en el Paraná, bajo la Presidencia del General Urquiza.

Las Provincias de Santa Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza guardaban tambien sus líneas de fronteras, harto asoladas por los indios.

La Confederacion servia militarmente estas líneas, confinadas por los indios al rio Paraná por el Este y á los arrabales de las ciudades, como sucedia en San Luis, por el Oeste.

La Frontera Sur de la Confederacion arrancaba del Rio Paraná (Arroyo del Medio) y corria por

Melincué, la Carlota, Rio VI, San Luis y San Rafael; pero esta misma defensa era rota diariamente por las partidas de los indios que penetraron hasta seis leguas del Rosario sobre el Paraná, y pasaban al través de las quintas de San Luis para internarse por San José del Morro, entre las sierras de aquella Provincia y de Córdoba.

Allí acechaban y saqueaban el comercio, interrumpiendo constantemente las relaciones sociales entre Cuyo y el Litoral, como las interrumpian con frecuencia entre el resto de la República y la última region, con sus invasiones al camino del Rosario á Córdoba, que dominaban por completo.

Propiamente hablando no existia una línea sucesiva y eslabonada de Frontera, entre los puntos que he mencionado del Paraná á los Andes. En tan largo trayecto apenas acantonaba la Confederacion 900 soldados, en posiciones estratégicas, aislados y sin comunicacion entre sí: en *Melincué*, al Sur de Santa Fé, en el *Fuerte 3 de Febrero* sobre el rio V, al Sur de Córdoba, en el *Fuerte Constitucional* sobre San Luis y en *San Rafael*, sobre el rio Diamante de Mendoza.

No era este un sistema de defensa, ni de Frontera, segun lo hacia notar atinadamente el Ministro de Guerra y Marina de la Confederacion Dr. Don Benjamin Victorica, informando sobre la materia al Congreso del Paraná; pero los grandes Caciques de la Pampa se conservaban inactivos en aquellas fronteras, invadidas sin embargo, frecuentemente

por grupos de indios *montoneros*, desobedientes á los gefes superiores, que vivian en rebelion contra ellos y guerreaban por cuenta propia.

Los ejércitos regulares de la Barbárie solo batallaban encarnizadamente contra Buenos Aires, y eran sus desertores los que merodeaban en las fronteras de la Confederacion.





LIII

La Provincia de Santa-Fé, estrechada sobre el Paraná por los araucanos, la de Córdoba, saliendo tímidamente al Sur de sus preciosas sierras y la de San Luis, con su riqueza refujiada entre los cerros; ofrecían mezquino atractivo á la codicia de la Barbárie Chileno-Argentina.

Las invasiones de cinco mil indios eran irrealizables en esas regiones, por la imposibilidad de reponer las caballadas y de allegar un botín de quinientas mil cabezas de todos los ganados.

El *malon* en aquellos parages apenas satisfacía la codicia de los capitanejos; y por eso en dicha zona rara vez escedia de quinientos el número de los invasores, en los tiempos que precedieron á la batalla de Cepeda.

En cambio, Buenos Aires le ofrecía vacas y yeguas en abundancia copiosa, poblacion condensada que cautivar á mansalva y riquezas que robar en los pueblos, *pulperías* y estancias.

Además de estas razones económicas, que convertian el territorio de Buenos Aires en teatro predilecto de las incursiones de los indios, es necesario analizar otros motivos de orden político que influian en el mismo sentido.

Apénas derrocado Rosas en la batalla de Caseros huyeron al Desierto los indios de Catriel y CALLVUCURÁ que, como fieles aliados, acompañaron la Tiranía hasta sus últimos momentos. El general Urquiza despachó chasquis con pliegos para la Côte de Salinas Grandes, avisando el nuevo orden de cosas y ofreciéndole una amistad sincera.

CALLVUCURÁ se apresuró á agradecer el mensaje y prometió la alianza, pero se guardó bien de sellarla hasta ver claramente el rumbo definitivo de los sucesos. (1)

Hé dicho que los salvages mantenian entre los cristianos un servicio de observacion y espionage admirable. Caciques astutos vivian entre los titulados *indios amigos* de las reducciones fronterizas dedicados esclusivamente á aquel objeto; y comerciantes malvados de todas las fronteras, de Bahía Blanca, del Azul, de Rojas, de la Carlota, de San Luis, les daban informaciones y periódicos, mientras se enriquecian por sus rapiñas, á las barbas de

(1) Informes del cacique *Namuncurá* al Autor.

los dueños de los ganados, cuyos cueros y demás frutos les consignaban los indios desde el Desierto.

Las noticias eran discutidas é interpretadas entre los políticos mas ladinos y experimentados de la tribu, y cuando se fijaba claramente la situacion de las cosas, las grandes resoluciones no demoraban.

Así, en 1854, definidas las posiciones entre los gobiernos del Paraná y de Buenos Aires, la Corte Salinera acreditó embajadores cerca del general Urquiza, cuyo ejército temia desde Caseros.

La paz fué ajustada. *Namuncurá*, bautizado en el Paraná con el nombre de Manuel, tuvo por padrino al mismo general Urquiza.

Es escusado decir, que las paces fueron caras. Racionamiento anual, regalos de hacienda, de prendas de plata, generalatos, coronelatos, sueldos y galones: eran condiciones fundamentales y de regla en casos de esta naturaleza, que tan frecuentemente se repetian por desgracia.

Los indios procedian como diplomáticos consumados, en salvaguardia de sus intereses. Entre las fronteras del Interior, pobres de ganados y de escasa poblacion y las ricas campiñas de Buenos Aires, la decision no era dudosa. Ciérrense en hora buena los caminos de las primeras; pero ábranse de par en par los senderos de las segundas.

Así, despues de asegurada la paz con las tropas de Urquiza en 1854, fué celebrada la extraordinaria Confederación Indígena, cuya guerra con Buenos Aires, desde 1855 hasta 1858 he relatado.

La hábil diplomacia indígena habia neutralizado

las fuerzas de la Confederacion con el tratado, de manera que sus lanceros podian acometer tranquilamente las irrupciones sobre las pampas de Buenos Aires, en la seguridad de que las tolderías no quedaban espuestas á ataques, llevados desde las fronteras del Interior.

Este beneficio estaba asegurado, por otra parte, desde que el Capitan General Urquiza, no pensó jamás, segun mis investigaciones, en la estirpacion radical de la Barbarie en nuestros desiertos.

Era un Gobierno civilizado el de la Confederacion, y sus tratados con los salvajes no podian alarmar á Buenos Aires. Como los que este mismo Estado celebraba á menudo, no tenian otro alcance que obtener la seguridad de vidas y propiedades fronterizas.

Absorto el general Urquiza en la tremenda lucha política de la Organizacion Nacional, alejado del espectáculo horrendo de las depredaciones del salvaje y engañado á menudo por caudillos de su partido, que utilizaban los servicios de los indios en sus provincias, miraba en la conservacion de la paz y en el pago de tributos cuantiosos para conservarla, los únicos medios de asegurar los propósitos de la Civilizacion sobre la Barbarie.

Así, las guarniciones á que he aludido en la Frontera confederada del Sur, no tenian por objeto aniquilar el poder de los indios, sinó conservar la paz y la alianza de una manera inalterable.

Y los grandes caciques la observaron siempre cultivando con fidelidad sus relaciones de amistad

y compadrazgo con el general Urquiza, por medio de pomposas embajadas que iban y venian á la Frontera. Tres de ellas por lo ménos, hicieron largos viages hasta el palacio de San José, de donde regresaban encantadas por los agasajos con que el general las recibia.

.



LIV

Cuando el ejército de indios confederados se retiró de Buenos Aires á liquidar su botin, á mediados de 1857, el Congreso del Paraná votó 25,000 patacones para el rescate de los cautivos hechos en la campaña de aquella Provincia (1).

El general Urquiza acreditó una mision cerca de los indios, que distribuyó regalos profusamente y solicitó de CALLVUCURÁ, como una prueba de cariño al Capitan General, la libertad de los cautivos.

CALLVUCURÁ reunió cincuenta y los presentó gustoso á los embajadores, de cuyo éxito decia el Ministro de la Guerra de la Confederacion al Soberano Congreso del Paraná:

“ Varias pruebas de deferencia ha recibido el

(1) Registro Oficial de la Nacion, 1857.

“ Gobierno de los gefes de las tribus del Sur. En-
“ tre ellas una es la de haberse prestado dóciles á
“ la devolucion de las cautivas que en el año ante-
“ rior tomaron en el territorio de la Provincia de
“ Buenos Aires, á la primera insinuacion que les
“ dirijió el Excmo. Capitan General, Presidente de
“ la Confederacion. ” (1)

El *Nacional Argentino* del Paraná, comentan-
do el hecho se encargó de hacer saber que el general
Urquiza obedecia á móviles humanitarios y políticos
al preocuparse de la redencion de los cautivos (2).

Deseaba demostrar á las poblaciones rurales de
la campaña de Buenos Aires, que se hallaba ani-
mado de sentimientos fraternales hácia ellas, y que
él conseguiria de los indios con una sola palabra,
lo que en mas de tres años de guerra, no lograban
sus gobernantes.

Habria deseado que sus actos se interpretaran
como una proclama del siguiente ó parecido tenor:
—“ Opten vds. entre este Gobierno que mantiene
“ en sumision á los bárbaros, que garante la vida
“ y el honor de las familias y salva la prosperidad
“ de los grandes intereses rurales, y el Gobierno
“ del Dr. Alsina, cuyas tropas vencidas en todas
“ partes por la lanza del salvage, dejan el campo
“ libre á sus horribles depredaciones. ”

(1) Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de la Con-
federacion al Congreso, 1859.

(2) Véase la colección de este diario correspondiente á 1858.



LV

A su vez el Dr. Alsina, en el Mensaje presentado á la Legislatura de 1858 acusaba francamente al Gobierno de la Confederacion de mover las masas indígenas contra Buenos Aires.

“ Mientras el Gobierno se ocupaba asiduamente de estos y otros trabajos, los indios ranqueles de acuerdo, segun todos los datos adquiridos, con el Gobierno de la Confederacion, penetraron hasta el Pergamino, sin ser sentidos por el comandante de aquella Frontera, el valiente coronel Mitre, que, campado con una division de las tres armas en la *Loma Negra*, no pudo imaginarse que los bárbaros penetraran en el territorio del Estado, por el Fortin *Melincué* dónde habia fuerzas cristianas de una Provincia hermana. ”

El hecho histórico y por consiguiente indiscutible es que los indios, por esta época, entendían servir políticamente al Gobierno del Paraná, con sus invasiones á Buenos Aires. Se reputaban soldados de la Confederación (1).

Es también un hecho verídico que los negocios con los indios no los arreglaba el Congreso, ni siquiera el Poder Ejecutivo.

Las embajadas indígenas marchaban á San José y se entendían directamente con el general Urquiza, y lo probable es que todos los acuerdos y tratados fueran verbales, pues nada he encontrado al respecto en los numerosos papeles oficiales de la Confederación que he compulsado correspondientes de 1858 á 1860.

El general Urquiza tenía en materia de indios facultades extraordinarias. El mismo Poder Ejecutivo había depositado las suyas en manos del Capitan General. El documento merece los honores de la reproducción.

EL GOBIERNO NACIONAL DE LA CONFEDERACION

Considerando:— 1º Que es necesario atender con rapidez y eficacia la defensa y seguridad de las fronteras, y territorio de la Confederación.

2º Que la consecuencia de tan importante objeto exige la dirección inmediata y personal del Excmo. Señor Presidente Constitucional de la Confederación, como Capitan General y comandante en jefe de las fuerzas nacionales de mar y de tierra,

(1) Informes del Cacique *Namuncurá* al Autor.

ACUERDA Y DECRETA

Art. 1º Que el Excmo. señor Capitan General, Presidente Constitucional de la Confederacion, en su calidad de comandante en jefe de las fuerzas nacionales de mar y tierra, atienda directamente á todos los arreglos y disposiciones que fuesen necesarios, para mantener y conservar la defensa y seguridad de las fronteras y territorios de la Confederacion.

Art. 2º Que para evitar los embarazos, que indispensablemente le traeria la necesidad de ocurrir al Gobierno Nacional para actos en que fuere precisa la intervencion de éste, se comuniquen por el Gobierno Nacional este acuerdo á los de Provincia y á las autoridades y gefes militares nacionales, para que sean obedecidas las órdenes que directamente les impartiere dicho Excmo. señor Capitan General Presidente, á los objetos á que se refiere este acuerdo.

Art. 3º Comuníquese, publíquese, y dése al Registro Nacional.

CARRIL—*Bernabé Lopez—Juan del Campillo—Elias de Be-
doya—Cesareo Dominguez.*

En mis prolijas y estensas investigaciones no he encontrado elementos para fundar una acusacion tan grave contra el glorioso Libertador de la República en los campos de Caseros, como seria atribuirle la desdolorosa instigacion de las correrías vandálicas de los salvages en los campos de Buenos Aires.

Por otra parte, la circunspeccion del criterio histórico obliga á recibir con cautela el grito de las pasiones de los que combaten entre el desarrollo tempestuoso de las sociedades nuevas (1).

(1) Varios gefes de la Confederacion y el escritor francés Mr. Peyret, vinculado á Entre-Rios desde tiempo de Urquiza, por razones de colonizacion, me han dirigido á este respecto las observaciones que, como ilustracion histórica, publico en el *Apéndice*.



LVI

Pero si no me es permitido afirmar que el general Urquiza hiciera uso ilegítimo del decreto de 1858, ahogando en su alma los sentimientos de piedad hácia las víctimas y de civilizacion y patriotismo hácia la riqueza aniquilada que eran, á pesar de las disenciones internas, vidas y riquezas de argentinos, la documentacion de la época, que poseo, me autoriza á afirmar, que subalternos y partidarios de la Confederacion ostentaban cínicamente su mancomunidad con los indios, en la horrosa hostilidad á Buenos Aires.

Sucedia este deplorable extravio sobre todo en la Frontera, lejos de la accion y de la influencia inmediata del general Urquiza, y en la atmósfera de los intereses locales de ciertas Provincias, como

las de Cuyo por ejemplo, donde caudillos conocidos, que durante nuestras guerras civiles fueron huéspedes obligados de los indios, eran sus protectores amigos y los utilizaban como auxiliares.

Los caudillos ignorantes, frutos espontáneos, á veces sinceros y patriotas, de nuestra barbarie política, consideraban á Buenos Aires como beligerante contrario, porque si bien no se sentían las hostilidades de hecho con la Confederación, el estado latente del país, era evidentemente de guerra.

Los indios lidiaban contra un enemigo común, y para aquellos caudillos, bárbaros en sus medios de acción como los hijos del Desierto, todo acto que debilitaba el Poder de Buenos Aires les era simpático. No asombre este estado de cosas. Era la educación política de las campañas argentinas de 1858. Ciertos caudillos del Interior no podían sentir repugnancia á los indios, porque, como ellos, hacían la guerra matando al vencido, recogiendo como botín su muger y sus bienes y saqueando indistintamente por necesidad ó por hábito así los pueblos de los correligionarios como de los enemigos.

Cuando se recuerdan estos sucesos dolorosos no se concibe que subsistan aun felices y prósperas ciudades como San Luis, que eran el punto de forzosa arribada de los caudillos de tipo indígena, y que han pagado un tributo precioso é inmenso de lágrimas, de sangre y de riquezas á las luchas desgraciadas del pasado.

Pero cuando hoy se recorre el teatro de los dolo-

res y de las vergüenzas de entonces, cuán gratas
emociones confortan el alma y cuán potente y fe-
cundo se revela el espíritu trasformador y de pro-
greso que guía á los argentinos!.....

.....



LVII

El coronel D. Manuel Baigorria era el hombre de Urquiza, que hacia y deshacia en materia de indios sobre los campos del Sur.

El cuartel general de las fuerzas de la Confederacion á la faz del desierto meridional, era la residencia del coronel, situada sobre el Rio Quinto, en el *Fuerte 3 de Febrero*.

Esta posicion, la mas avanzada de aquellas tropas, era por eso, como por la intimidad y vínculos de sangre de Baigorria con los vándalos, frecuentada diariamente por comisiones, embajadores, visitas y comerciantes de todas las tribus.

El general Urquiza limitaba las instrucciones del coronel Baigorria á conservar lealmente la paz

con los indios, obligándolos á abstenerse de hostilizar las fronteras confederadas; y él cumplia á su manera aquella fórmula ámplia y general de los deberes de su cargo.



LVIII

Conocí en el Rosario al coronel Baigorria. La vida del Desierto le habia impreso el aspecto de sus hijos.

No palpitaban en su semblante los rasgos arábigos de nuestro gaucho, y á primera vista se dudaria de su origen, si no se supiera que nació de dignos padres cristianos y fué en sus mocedades valeroso paladin del viejo partido unitario.

Era de pequeña estatura, magro de carnes y rico de músculos, cara redonda, mas bien pequeña que grande.

Procedia sobre todo su apariencia indígena del pelo negro y duro, y de su cara casi lampiña; pero la boca, nariz y pómulos se ajustaban á las formas regulares del cráneo blanco.

Sus ojos movedizos y pequeños, tenian una co-

loracion estraña: no eran verdes, ni negros; no eran vivos, ni apagados, con un brillo indiferente y desabrido como el de una bolita de vidrio.

El aire de su fisonomía era plácido y de bondad, parecia naturalmente retraido, y su conversacion fácil y de abundante palabra, desprovista de modismos campesinos, revelaba un fondo de primitiva cultura, que no lo habia abandonado, y sobre todo, el predominio del habla paterna sobre la lengua araucana, que, como es natural, conocia perfectamente.

No era marcial, ni elegante de apostura. Sus piernas arqueadas, denunciaban al ginete de treinta años de vida errante; y su aire de marcha en las calles, hacia recordar al salvage que camina inclinado hácia adelante, como si se fuera de bruces al dar cada paso, con la mirada estraviada y alzándola solamente con el fuego de una emocion, cada vez que pasaba cerca de un hermoso caballo.

Vestia uniforme negro, galoneado de oro y el famoso gorro de manga de nuestras antiguas caballerías, que fué tambien adoptado y está en uso hasta hoy mismo entre los araucanos.

Su cara estaba cruzada de frente á barba, al sezgo, por la ancha cicatriz de un sablazo, y no lo miraban los soldados cuando recorria sus fogones, sin esclamar:

—¡Qué *seco* le han pegado al coronel!



LIX

Sub-teniente de un regimiento del general Paz, hizo la campaña á Mendoza en 1831. Vencidos los suyos por el *Tigre de los Llanos*, general Juan Facundo Quiroga, formaba en las filas del atribulado grupo de treinta prisioneros que iban á ser fusilados.

Baigorria dormia en momentos en que los demás marcharon al sitio pavoroso del suplicio, y los carceleros no se acordaron de este preso heróico.

Las almas implacables de los caudillos sanguinarios suelen detenerse á menudo, como sacudidas por un númen misterioso y secreto, que llaman Destino, y en el cual creen con cierta cobardía en medio de su heroismo.

Quiroga perdonó muchas vidas por actos y con-

comitancias singulares, como la que acaecia al sub-teniente Baigorria, mientras sacrificaba cruelmente muchas otras, dignas de la Humanidad y de la Pátria.

El sub-teniente unitario continuaba preso y no se le notificaba solucion alguna sobre su triste porvenir. Los hombres de tal temple resuelven valientemente estas situaciones de angustia suprema. Se presentó á Quiroga y pidió altivamente la libertad: le fué en el acto concedida.

Poco tiempo despues tomaba el rastro de su regimiento unitario que suponía en San Luis; pero en esta ciudad supo solamente que su gefe, el coronel Echevarria, habia sido fusilado en el Rio IV.

Matan en Mendoza, matan en San Luis, matan en Córdoba! ¿Donde hay salvacion para un unitario que no rinde sus armas?

El sub-teniente Baigorria, como la fiera acosada en la ceja de un monte, lanzó un grito de amargura y de ira, y dando el último adios á las tierras de la Vida y á los sublimes anhelos de la Libertad, desapareció en el seno ignorado de la selva ranque-
lina.



LX

Despues de la batalla de Caseros, reaparece el sub-teniente, á los veintidos años de residencia en las tolderías de los indios *rancúles*. Habia alcanzado entre ellos, por su valor y habilidad, ilimitada influencia. Era hijo adoptivo de la tribu y cacique supremo, porque obraba de un modo decisivo sobre Yanquetrus y Painé, soberanos de esa nacion salvage.

Regularizó la organizacion militar de los *rancúles*, los perfeccionó en el uso del clarin para el combate, inspirándoles fé en la eficacia de las unidades tácticas bien organizadas, para combatir con éxito á las caballerías enemigas y triunfó con ellos algunas veces de indios y cristianos.

No era sanguinario, ni codicioso, ni ladron. Era

capitan caballeresco de la horda salvaje y su botin consistia siempre en potros, libros y diarios. Coleccionaba especialmente libros en su casa, y como era querido de los indios, despues de cada invasion, en que habian saqueado pueblos ó estancias, le llevaban regalos de abundantes impresos como cariñoso agasajo.

En 1880 he oido recordar en Belgrano al general Saá, el embrion de biblioteca que conoció en la casa de Baigorria entre los *rancúles*.

Tenia un ejemplar con falta de hojas del *Facundo* de Sarmiento, que era su lectura favorita y lo apasionaba, como que se referia á la guerra en que él habia actuado contra Quiroga. Este libro, segun decia Baigorria á Saá, le habia sido regalado por un capitanejo que saqueó una galera en la villa de las Achiras.

Baigorria se habia hecho construir un rancho de barro y paja, en sitio lejano de la toldería de Painé, cultivaba allí á solas sus instintos civilizados y consagraba sobre todo un especial interés á los diarios que lo imponian de la política argentina.

Era el oráculo de caciques é indios aún de las guaridas más lejanas del desierto, y su consejo prevalecia siempre que de relaciones con el cristiano se trataba.



LXI

Los hermanos Felipe y Juan Saá, caudillos unitarios de San Luis, llegaron en 1840, como Baigorria, á los toldos de los *rancúles*, arrojados por la ola furiosa de la guerra civil.

Causó al oficial de Paz una alegría intensa la llegada de los caudillos, y para estos mismos fué de grande fortuna la amistad del supremo consejero de los bárbaros.

Los Saá adquirieron ascendiente entre los indios y organizaron con algunos de sus escuadrones, varias intentonas políticas sobre San Luis, las cuales degeneraban en doloroso malon.

Baigorria se habia negado siempre á participar de estas aventuras, y en sus confidencias con don Juan Saá, le hablaba de los cristianos con amor.

—No me voy, le decia, porque no conozco á nadie, ni sé trabajar, soy pobre y tengo hijos aquí.... Se cumplirá mi suerte.... Moriré como un bárbaro.... (1)

Mas felices los Saá regresaron al aire de la Pátria civilizada y contuvieron con las armas el *malon* de los *rancúles*, que tan amablemente los habian hospedado.

Baigorria, recibió con furor la noticia. Calificó de ingratos á los caudillos de San Luis y armando doscientos ginetes escogidos, salió con toda la confianza del Gran Cacique Painé, á provocarlos al combate.

El choque sangriento tuvo lugar en la *Laguna Amarilla* y Baigorria, herido de un sablazo horrible en la cara, cuya cicatriz he recordado, perdió la accion y hubiera perdido la vida, cuando un borbollon de sangre cubrió sus ojos, si dos indios no lo estrecharan con los caballos y sacaran del campo á escape, abrazado el herido al pescuezo del que montaba.

Su odio á los Saá fué desde ese dia implacable y aquel hachazo debia ejercer influencia más tarde en la política argentina.

(1) En 1880, cuando el general Juan Saá se presentó en Belgrano, con motivo de los sucesos políticos, hablé largamente con él sobre las tristes cosas de su Tiempo y de su Vida.



LXII

La derrota dió pábulo al descontento que la envidia de algunos caciquillos habia suscitado contra el prestigioso cristiano, cuya palabra valía mas que la de ellos en el ánimo de los Caciques Generales.

Trataban de hundirlo por todos los medios y buscaron una bruja que achacara la derrota al error de dar el mando al cristiano.

Un *Parlamento* lo habria condenado sin vacilar á muerte á la voz de la agorera, si Painé no hubiera resistido al juicio.

Pero esta proteccion suprema exasperaba á los celosos y el descontento degeneró en conspiracion: resolvieron asesinarlo y quemar su rancho que

llamaban con menosprecio - *huincá rucá*—*casa extranjera ó cristiana*.

La hija de Quechuden, uno de los más altos caciques de la tribu, estaba enamorada de Baigorria y le dió aviso de que habia sorprendido el plan de asesinato, rogándole que huyera.

No era este Raul de los desiertos hombre de huir el peligro y, al contrario, convocó algunos capitanes amigos y se dispuso, convaleciente aún, á resistir y vencer la conjuracion.

Estas querellas, á lo güelfos y gibelinos, eran en la Pampa de diaria repeticion y servian para acentuar el prestigio de los vencedores ante pueblo y cacique, porque entre los araucanos el origen de la mayor suma de poder y de la más seductora aureola fué siempre el espectáculo de la fuerza, consagrada por la victoria.

Pero la apasionada *china* no se resignaba á ver á su amante en batalla debilitado, como lo habia dejado el sablazo de los Saá, y le propuso que se casara con ella, elevándose, de consejero á dignatario de la tribu.

Y las bodas tuvieron lugar pomposamente. El poder de Baigorria era ya el de los grandes caciques por vínculos de sangre, y la conjuracion se disipó rápidamente, como pasan en veinte minutos las tormentas de tierra, que con grande estrépito ruedan apagando la luz sobre la inmensa estension de los desiertos, durante los dias más ardientes del estío.



LXIII

Era éste el hombre que el Capitan General Urquiza buscó despues de la batalla de Caseros, para asegurar la paz leal y firme con los indios de las fronteras confederadas.

Justo Coliqueo, el más redomado caciquillo de la Barbarie, gefe de Rosas, aliado de Buenos Aires, sublevado en 1857 en la Frontera del Centro de ésta Provincia, donde vivia reducido á la Cristianidad, habia aconsejado al general Urquiza las negociaciones con Baigorria, como representante de los indios.

Accedió este á repatriarse, si es dado hablar de esta manera, y despues de veintidos años de reclusion en el seno de la selva ranquelina, donde salvó su vida de las degollaciones horrendas de Quiroga y

de Rosas, pisó tierras civilizadas, llegó al Rosario, conoció vapores y, de asombro en asombro, entró al palacio de San José, que hubo de parecerle una de las maravillas del planeta.

Fué investido con el nombramiento de coronel del ejército de línea, de comandante de la Frontera de Córdoba y gefe inmediato del 7º regimiento de caballería regular, especie de escuadron salvaje disciplinado y con buenos oficiales, célebre más tarde por su participacion en nuestras guerras civiles, como por su grandiosa banda de clarines, que resonaba en los desiertos haciendo un héroe de cada soldado y que Sarmiento llamó única en nuestra caballería.



LXIV

Baigorria manejaba, como he dicho á los indios á su voluntad, y solamente debia responder ante el general Urquiza de sus actos, que parecian buenos mientras garantian la inaccion de aquellos sobre nuestras fronteras.

Se juzgaba obligado por dobles deberes: como cacique ranquelino, hácia el pueblo salvage y hospitalario, cuya vida aventurera habia compartido; como gefe de la Frontera de la Confederacion, hácia esta que lo habia repatriado con honores y posiciones no soñadas.

Pero si los bárbaros dejaban tranquilas las fronteras de la Confederacion, era á espensas de las vidas y de las riquezas de Buenos Aires y Baigorria les señalaba este teatro de operaciones.

Su ódio contra todo lo que combatia Urquiza era natural y lo demostraba en documentos públicos.

Cuando comenzaron en el Uruguay á principios de 1859 los *pronunciamientos populares*, pidiendo la guerra contra Buenos Aires, Baigorria recibió en un diario el acta del que tuvo lugar en aquella ciudad, y expidió una orden general para que formaran los cuerpos de gran parada, oyeran la lectura de aquel documento y firmaran una adhesion entusiasta.

Baigorria desplegaba un estilo más elegante que el de ciertos gefes de Frontera, que en vez de vivir entre los indios, se han formado en la Escuela Militar.

Decia en la *Orden General* al regimiento *Dragones*, 7º de línea; — “Siendo del resorte de los gefes que mandan cuerpo sostener toda disposicion de los pueblos aprobada por el Gobierno, y siendo así la que ha habido en la heroica y benemérita ciudad del Uruguay, segundada por algunas otras de la Confederacion y considerándola justa y legal por cuanto tiende á la integridad de la Nacion y á la efectividad de sus instituciones, constitucionales, formando con esto una aureola imperecedera en toda la República, se ordena etc.

En su carta á Urquiza, decia: “Este deseo expresado por mí, lo hago con el corazon henchido de gusto y creo que cualquier sacrificio, la muerte si preciso fuere, la recibiria con la mayor resignacion, y en ello, esté seguro S. E. tendré un

“ placer, siempre que fuese por sostener el principio espresado, *esa inmensa deuda que tengo con S. E.* y que hasta ahora sigue en descubier-
to, por cuya razon creo ser hoy el tiempo en que
yo pueda desempeñarme”. (1)

(1) Número 938 de *El Nacional Argentino* del Paraná, 18 de Mayo de 1859.



LXV

La invasion de los *rancúles* mandados por Coliqueo, que penetró en 1857 hasta el Pergamino, y se retiró con su arreo de cuarenta mil cabezas, fué protegida por Baigorria.

Es aquella á que se referia el Dr. Alsina en su Mensaje de 1858, atribuyendo al Gobierno de la Confederacion su responsabilidad.

Baigorria mandó en apoyo de Coliqueo al subteniente D. Santiago Rodriguez, con catorce hombres del Regimiento Dragones 7º de línea, y el Coronel Iseas, gefe del 4º Regimiento de la misma arma, declaró que en la invasion habian tomado parte algunos desertores suyos.

Los invasores acamparon sobre el fortin *Melin-cué* (2) guarnecido por fuerzas de la Confedera-

(2.) *Melin-cue* viene de *Meli*, cuatro, y *Cué* papas.

cion y mientras refrescaban sus caballadas allí, se mantuvieron amistosamente al habla con la guarnicion.

Despues de batidos los bárbaros por el coronel Mitre, se replegaron y rehicieron al amparo del mismo fortin.

El Gobierno de Buenos Aires, por el órgano de su Ministro Dr. Barros Pasos, formuló reclamacion solemne sobre estos hechos, contrarios al honor de la Civilizacion Argentina.

El Gobierno del Paraná se apresuró á instaurar un sumario, en que los hechos resultaron medianamente comprobados, porque revestian una forma menos grave. Mas feliz que algunos sumarios de estos dias, aunque no hubo castigos, se le dió publicidad y la Historia puede hoy pronunciar su juicio definitivo.

El coronel Baigorria dijo que en verdad habia hecho marchar á los toldos de su compadre Coliqueo aquella fuerza, porque este cacique tenia una cuestion muy grave con su compadre el Gran CALLUCURÁ, y antes de irse á las manos, habian resuelto someterla á su fallo arbitral, con cuyo motivo el oficial Rodriguez llevaba la mision de celebrar los arreglos.

Rodriguez declaró: Que él no habia tomado parte activa en la invasion; que cuando llegó con su mision de paz al Desierto, los caciques se habian arreglado y Coliqueo lo invitó á invadir á Buenos Aires: — Que hizo un chasqui al coronel Baigorria solicitando licencia para entrar á *malon*,

á lo que el coronel contestó, que mientras los indios realizaban su incursión en Buenos Aires, él quedara en los toldos para defender y cuidar las familias.

En cuanto al suceso del fortín *Melincué* el oficial dijo: que siendo amigos los indios por los tratados con la Confederación, él no los hostilizó; y el coronel D. Fermin Rodriguez del Rosario, jefe superior de la Frontera, consultaba al Gobierno del Paraná, si se debía dar aviso en casos semejantes á las autoridades de Buenos Aires.

El General Cesareo Dominguez, Ministro de la Guerra de la Confederación, respondia:— “ En contestación tengo orden de decir á V. E. para que se sirva transmitirlo á quien corresponda, que toda autoridad nacional, que adquiera noticias sobre movimientos de indios que amaguen á la Provincia de Buenos Aires, debe comunicar dichas noticias á las autoridades mas inmediatas de dicha Provincia.” (1).

(1) El sumario se ha publicado en el número 695 de *El Nacional Argentino* del Paraná, 1858, como todos los documentos en que fundo este capítulo.



LXVI

La prensa oficial de la Confederacion seguia tambien muy de cerca los movimientos de los indios contra Buenos Aires. Las noticias de las derrotas sufridas por las tropas de esta Provincia y el fracaso de sus expediciones eran publicadas en términos acerbos, en que palpitaba una alegria mal disimulada.

Generalmente dichas versiones procedian de la Frontera de Baigorria, á donde las comunicaban los indios amigos, y es claro que eran siempre favorables á sus intereses.

El *Nacional Argentino* del Paraná, cuya coleccion de 1855 á 1860 puede consultarse á este respecto, rectificaba con frecuencia y pasion, las

afirmaciones de los diarios de Buenos Aires sobre victorias obtenidas contra CALLVUCURÁ, presentando á este cacique fuerte y vencedor.

Es preciso añadir que en todos estos escritos se salvaban los sentimientos de confraternidad argentina respecto del pueblo de Buenos Aires, y se dirigia el fuego contra el Gobierno del Dr. Alsina y su partido.

Pero los vecinos lanceados, las cautivas profanadas y los ganados robados, no pertenecian al Dr. Alsina, sinó á ese mismo pueblo del cual tanta lástima se sentia, al celebrar en forma más ó ménos indirecta el éxito de la Barbarie.

Veamos algunos destellos de la literatura especial del caso y de aquellos tiempos de recio batallar:

“El rescate de las cautivas, efectuado por el
“Gobierno de la Confederacion, prueba con evi-
“dencia la falsedad de las calumnias del Gobier-
“no de Buenos Aires, cuando pretende que las
“invasiones á esa Provincia son inspiradas y prote-
“jidas por la Confederacion; y por otra parte el
“rompimiento de los tratados, que con tanta pom-
“pa celebró el Dr. Alsina con los indios, prueba
“tambien el ningun respeto que inspira el Gobier-
“no de esa Provincia, á las hordas del Desierto,
“apesar del escarmiento que pretenden sus gefes
“de Frontera haberles dado en las últimas expe-
“diciones, de que podemos creer con razon han
“vuelto mas escarmentados que aquellos”. (1).

(1) *El Nacional Argentino*—Número 634, 1°58.

Los siguientes párrafos pertenecen á una carta de D. Carlos B. Segui, Ministro de Gobierno del general Juan Pablo Lopez de Santa Fé, al Director del *Nacional Argentino*, publicada editorialmente en el número 593:

“La expedicion Mitre ha tenido un éxito espantoso en el Desierto.” (1).

“Lleno de dolor amigo le escribo estas noticias tan deplorables para la desgraciada Buenos Aires, tan digna de mejor suerte y á pesar de mi sentimiento desearia que Vd. publicase estos párrafos, para el conocimiento de los ilusos que quieren ver en esos miserables, que han tomado ese gran pueblo como un patrimonio para explotarlo, otra cosa que lo que son : su ruina y su desgracia.”

Para completar el cuadro de la guerra de diarios de aquel tiempo, en cuanto se relaciona al factor indios, recordaré que la prensa de la Confederacion acusaba á su vez al Gobierno de Buenos Aires de los siguientes hechos:

De haber promovido el motin del fuerte *Melin-cué* de Santa-Fé, donde fué asesinado el comandante Campos.

De haber fomentado un movimiento sedicioso en el fuerte *3 de Febrero*, Frontera de Córdoba.

De haberse servido á este efecto del capitán José Gutierrez, de la infantería de aquel fuerte, quien declaró estar de acuerdo con gefes de alta graduacion de Buenos Aires.

(1) Continuan detalles de un desastre completo y tremendo.

Los de Buenos Aires replicaban que la Confederacion podia evitar las desgracias que los indios causaban en su territorio, porque su influencia sobre ellos era decisiva, pero no lo hacía: y éste será siempre un cargo que le formará la Historia.

La verdad es por lo demás, que unos y otros se han servido de los indios. El coronel Mansilla lo ha dicho en un libro notable. “Con estos antecedentes y tantos otros que podria citar, para que se vea que nuestra Civilizacion no tiene el derecho de ser tan rígida y severa con los salvajes, puesto que una vez sinó varias, hoy unos, mañana los otros, hemos armado su brazo para que nos ayudaran á esterminarnos en reyertas fratricidas, como sucedió en Monte Caseros, Cepeda y Pavon —con estos antecedentes, decia, se esplican y comprenden fácilmente las precauciones de Mariano Rosas.” (1)

(2.) *Lucio V. Mansilla. Una Escursion á las Indios Ranqueles.* Pág. 42 tomo I, edicion de Leipzig.



LXVII

Queda ya establecido cual era la situación de las fronteras argentinas sobre el Desierto del Sud, dónde acantonaban las tropas en inmenso arco desde Bahía Blanca al Pergamino y San Rafael, los límites de las jurisdicciones de Buenos Aires y de la Confederación, los gefes que intervenían en unas y otras y la atmósfera política y social en que se agitaba la cuestión indios cuando estalló la tempestad de Cepeda.

CALLVUCURÁ, ocupado como sabemos desde Junio de 1857 en la liquidación mercantil de los productos de la reciente campaña, había hecho sentir sus armas en el Saladillo de Buenos Aires por Agosto de 1858, con capitanejos que traían quinientos hombres.

Al mismo tiempo instigaba á los *rancúles* á mandar embajadores hasta San José, con el objeto de visitar á Urquiza y ver á ciencia cierta lo que ocurría en la alta política.

Una grande embajada compuesta de cincuenta hombres, salió en consecuencia, llevando por Talleyrand el famoso indio *Cristo*. Formaban parte de ella *Namuncurá*, nuestro huesped ahora, *Catricurá*, *Carupan*, hijos del gran *CALLVUCURÁ* y el inolvidable indio *Potrillo*.

Muchos dias consecutivos seguí en las calles del Rosario á los embajadores, que aguardaban la llegada del vapor para continuar el viage á Entre-Ríos, y no me olvidaré jamás de los escándalos que daba el indio *Potrillo* durante sus espantosas borracheras, que hacian llorar de rábía al indio *Cristo*, porqué el honor de la embajada era arrastrado por las veredas con intervencion de los gendarmes.

¿Y cómo olvidarme de la facha singular y salvaje del indio *Cristo*, vestido con uniforme provisorio de coronel de la Confederacion, rematado en una gorra de marino, como la que usaba en Belgrano el Presidente Avellaneda?



LXVIII

Cristo era uno de los grandes de la *Córte ranquelina*. Las opiniones no están contestes sobre su índole, porque lo señalan unos como indio borracho, codicioso y pendenciero, mientras que el manuscrito citado en el primer capítulo trae una alusion que le honra, y dice de esta manera:

“Vino el aciago tiempo del 57 y el *valiente* y *patriota* indio *Cristo* fué víctima de las intrigas de aquella época de dolorosa memoria.”

El origen y filiacion de este bárbaro se pierde entre la densa bruma del Desierto. Al aparecer por primera vez en la escena, como aliado de Buenos Aires en 1855, su comportacion fué mas decidida de lo que hubiera sido de desear.

El general Flores, con otros emigrados argenti-

nos, habia preparado en Montevideo una expedicion revolucionaria contra el Gobierno del Dr. Don Pastor Obligado apoyándose en la Confederacion.

Fué, efectivamente, derrotada y un grueso grupo se internaba hácia Santa-Fé, seguido de cerca por el coronel Mitre, que destacó su vanguardia y se aproximó lo bastante para provocar un choque, del cual resultó otro contraste para los de Flores.

Entonces el coronel dispuso que el escuadron de indios amigos *yanguelenes*, reducidos en Rojas y que formaban parte de la columna gubernativa, marchara rápidamente sobre el flanco derecho de los fugitivos, para que en vez de internarse en Santa-Fé, cuya frontera pisaban, volvieran á los campos de Buenos Aires.

Los indios partieron, como jauría de lebreles, en pocos instantes flanquearon al enemigo, lo envolvieron y cargaron vocingleramente á lanza, haciendo una dolorosa carnicería.

A la tarde, cuando el escuadron indígena regresó, los soldados rodeaban y festejaban al capitanejo tan valiente como cruel. Y desde ese dia resonó en todas partes el nombre del indio *Cristo*. (1)

En 1857, cedió á los trabajos de la diplomacia indígena, y con Coliqueo y demás caciques reducidos en la Cruz de Guerra, Bragado y Rojas, *alzó el poncho* y corrió, como ya he dicho antes, con la chusma y los ganados á reunirse á la Gran Confederacion de sus hermanos de *Tierra Adentro*.

(1) Informes del teniente general Bartolomé Mitre al Autor.

Cristo necesitaba, pues, hacer méritos para Urquiza, y un año despues de su traicion á las armas de Buenos Aires, trillaba, al frente de la embajada *ranquelina*, la histórica ruta de San José . . .

Los embajadores fueron recibidos con inmerecido agasajo y *Cristo* tratado como tal vez no imaginaba.

Renovaron ante el Capitan General sus protestas de fidelidad á las paces, las demostraciones de contento por el tratamiento que les daba el Agente nacional en la Frontera coronel Baigorria, y declararon que si la Confederacion hacia la guerra á Buenos Aires, ellos estaban prontos á concurrir con sus lanzas.

Regresaron á sus tolderías, á lo que se veia, muy satisfechos, porque cumplieron estrictamente el ofrecimiento de sangre. (1)

(1) Además de mis datos personales sobre esta embajada, me fundo en los documentos que existen en el Ministerio de Guerra y Marina, legajos de 1858, con declaraciones de varios indios prisioneros en el Azul, donde dicen que CALLVUCURÁ estaba en negociaciones con el general Urquiza por intermedio de Baigorria.



LXIX

Pocos meses mas tarde, en los comienzos del año 1859, el general Mitre, comandante como se sabe del ejército reunido en San Nicolás, oficiaba al Gobierno del Dr. Alsina, previniéndole que el titulado coronel de la Confederacion don Pedro Rosas, habia marchado al Rio IV para internarse en la Pampa y promover las hostilidades de los indios contra Buenos Aires. (1)

La guerra estaba declarada. Los indios *rancúles* se dividieron en dos grupos. Uno á las órdenes de *Cristo* y *Coliqueo*, marchó á incorporarse á la division Baigorria, que se retiraba de la Frontera para unirse al ejército confederado; y el otro cami-

(1) Ministerio de Guerra y Marina. Archivo: legajos de 1859.

naba directamente á aliarse con el gran CALLVUCURÁ, que se disponia á invadir á Buenos Aires al frente de 1500 lanzas.

Aparecieron, en efecto, por el *Chañar*, es decir, al frente de la zona que dominaba el ejército de Buenos Aires, cuyas guardias en esta Frontera eran comandadas por el coronel, hoy teniente-general, D. Eustoquio Frias.

Con este movimiento los indios pretendian obligar al general Mitre á debilitar su ejército, desprendiendo fuerzas para batirlos. Procuraron ganar tiempo en esa derecera é inventaron una negociacion ante el gefe de la Frontera Sur de Santa-Fé, de quien solicitaron el *derecho de tránsito* por esa Provincia para hacer la guerra á la de Buenos Aires, á cuya grave gestion de Derecho Internacional contestó negativamente aquel gefe, por carecer de atribuciones. (1)

Algun tiempo despues llevaron adelante las hostilidades. En su avance hasta el rio Salado atacaron el fortin *Mercedes*, situado frente al Pergamino.

La guarnicion rindió las armas y los soldados fueron desnudados y puestos en libertad. Los indios, entre los que reconocieron muchos cristianos, decian que su objeto no era causar desgracias, sinó hacer la guerra al Gobierno de Buenos Aires. (2)

(1) Nota del teniente coronel D. José Carballido, comandante de la plaza de San Nicolás al Gobierno de Buenos Aires, en el archivo del Ministerio de Guerra y Marina, legajos de 1859.

(2) Parte de este suceso, en el archivo del Ministerio de Guerra y Marina 1859.

Este, acosado por el general Urquiza que acampaba con 15,000 hombres en el *Ombú*, tres leguas al Norte del Rosario, y por los indios que habian iniciado su campaña del 59 en las fronteras, formó dos ejércitos, con la insensata ilusion de triunfar de Urquiza en Santa-Fé, y de los indios en la Pampa.

El general Mitre estaba abiertamente en oposicion con este plan, pues, apenas formaba 7,000 hombres para pasar el arroyo del Medio, mientras que habia 5,000 en las fronteras, 3,000 de ellos muy cerca, en la Cruz de Guerra, á las órdenes del coronel D. Laureano Diaz.

Mitre clamaba por refuerzos y Alsina, que le mandó apenas y despues de grandes vacilaciones, el 2º de infantería y 1º regimiento de caballería de línea, le escribia diciéndole que estaba obligado á emplear las otras tropas para contener á los bárbaros.

La conducta del Gobernador desmoralizaba el ejército, ponía á prueba la prudencia del Comandante en Gefe y escitaba el desagrado de los principales oficiales superiores. (1)

El resultado es conocido: el desbande completo del ejército de Buenos Aires en Cepeda y la invasion de esta Provincia por el vencedor. Mientras *Cristo* y *Coliqueo* marchaban con los indios civilizadamente en las caballerías disciplinadas de Urquiza, ¿qué era de la vanguardia de salineros y ranqueles que comandaba el Gran CALLVUCURÁ?

(2) *La Plata. Etude Historique par Santiago Arcos. Paris 1865. Page 518.*—Informes del teniente general Emilio Mitre al Autor.



LXX

Habia invadido al 25 de Mayo y reunido grandes cantidades de ganado, cuando intentó batirlo el coronel Diaz en Baldebenites.

Las fuerzas de este gefe, compuestas de milicias de reciente movilizacion, carecian de la cohesion y del vigor necesarios para afrontar el choque, de suerte que era seguro el triunfo del salvaje.

Diaz lo comprendió y se puso resueltamente á la defensiva, mientras estorbaba cuanto era posible los avances del *malon*.

Cuando los dos ejércitos se hallaron frente á frente los indios destacaron su parlamentario. Salió á recibirlo el teniente coronel D. Benjamín Buteler, senador actualmente á la Legislatura de Buenos

Aires, que mandaba el regimiento *Saladillo*, de cuyo partido era Juez de Paz.

Venia como parlamentario una mujer cristiana, de aspecto salvaje, con grande sombrero de paja, cuya cinta era la ancha divisa punzó de la Confederacion, que habia combatido Calvo briosa pero inútilmente en el Paraná al mismo D. Justo (1) y que decia:

Defendemos la ley federal jurada!

Traidores son los que la combaten!

Traia pliegos para el coronel Diaz del comandante Olivencia, de la Confederacion, en los cuales le avisaba que venia á hacer la guerra al Gobierno, y no á hostilizar al vecindario, con cuyo motivo le pedia que se retirara evitando efusion de sangre, pues, era un hecho la derrota del ejército de Mitre. (2)

El comandante Buteler compró la divisa á la mujer por dos puñados de yerba y la mandó de regalo á Buenos Aires al Sr. D. Joaquin Cazon.

Los indios siguieron sin matar ni cautivar, aunque arreando ganados siempre, hasta el 25 de Mayo, cuyo pueblo tomaron, respetando vida, honor y propiedades, á lo cual contribuyó no poco la valiente y hábil conducta del Cura Bibolini, que por entonces no se habia rendido á los amores frenéticos de la *musa pampeana*.

(1) Así se llamaba popularmente al Capitan General D. Justo José de Urquiza.

(2) Informes del comandante Buteler al Autor.



LXXI

Poco despues las hordas reaparecieron en el Azul y allí se supo que las mandaban los gefes de la Confederacion coronel D. Pedro Rosas y teniente coronel D. Federico Olivencia, ambos de familias conocidas de Buenos Aires.

Era el primero sobrino de D. Juan Manuel; y Olivencia, hombre culto y pasablemente ilustrado, pariente cercano, nada menos, del Gobernador de Buenos Aires, el venerable Dr. D. Valentin Alsina.

Estos gefes habian tomado el Azul con los indios y organizaron tropas cristianas con las que ocuparon el fuerte. Olivencia procedió dignamente, evi-

tando vejámenes y saqueos en el pueblo, lo que era difícilísimo tratándose de los bárbaros. (1)

Catriel y su tribu que vivía en Nievas como se sabe, debió batirse en cumplimiento de los tratados con la de CALLVUCURÁ y prometió hacerlo así; pero en el momento oportuno aulló con los lobos, aunque se decía neutral.

Al mismo tiempo llegaba al Azul el hoy coronel Nicolás Ocampo, valiente gefe correntino, hermano del coronel Manuel Ocampo, el famoso comandante del regimiento de *Coraceros* en la defensa de la Frontera Sur durante muchos años.

El primero había llegado á Buenos Aires con los derrotados en Cepeda y recibió encargo del Gobernador de sublevar el Azul contra el coronel Rosas, investido por la Confederación con el cargo de Comandante en Jefe del Sur de la Provincia.

Varias circunstancias trascendentales favorecían la empresa audaz de Ocampo y entre ellas una grave desinteligencia entre Rosas y Olivencia, tal vez por cuestiones de mando.

Olivencia tenía mas ascendiente que Rosas sobre CALLVUCURÁ, á quien conocía y visitaba en el Desierto hacia tres años; y á su vez Rosas disponía de elementos cristianos en el Azul, donde su familia era poseedora de establecimientos de campo.

Marchóse Rosas á campaña con las fuerzas que había organizado y Ocampo dió el grito de revolu-

(1) Informes del teniente general Bartolomé Mitre al Autor.

cion triunfando en toda la línea con solo treinta hombres.

Dominó la plaza, rindió la guarnicion del fuerte, tomó tres cañones y conferenció con Olivencia. (1)

Este no queria continuar al frente de los indios porque lo irritaba la falta de medios para impedir los arreos colosales de ganado, que aquellos preparaban para volverse al Desierto.

Me dicen los vecinos del Azul, que asistieron á estos tristes y bochornosos episodios, á propósito del incalculable botin, que desde las azoteas del pueblo no se divisaba en los campos, sinó cielo y ganados.

El coronel Rosas marchó sobre el Azul con fuerzas cristianas apoyadas por los indios de CALLVUCURÁ; pero Ocampo resistió y triunfó. El comandante Olivencia se batió bizarramente contra los soldados é indios de Rosas y marchó luego á Buenos Aires, donde estuvo en prision por algun tiempo. Una vez libre regresó al Paraná y fué nombrado Edecan del Presidente Derqui. (2)

La paz de Flores puso fin á la guerra civil y CALLVUCURÁ se retiró con sus huestes y ganados á Salinas Grandes.

(1) Estas versiones se fundan en informes del coronel Nicolás Ocampo al Autor.—Noticias de varios vecinos del Azul.

(2) Decreto de 24 de Abril de 1860. Memoria de Guerra y Marina de la Confederacion, 1860. Pájina 89 y 90.



LXXII

En los años que mediaron entre las batallas de Cepeda y Pavon, la cuestion fronteras seguia en el mismo estado.

Los indios invadian con frecuencia á Buenos Aires y dejaban quietas las fronteras del Interior.

El general Victorica, entonces Ministro de Guerra y Marina de la Confederacion, decia en la Memoria de 1860:—“ Hasta hoy esta línea Sur no
“ presenta un plan combinado de defensa en toda
“ su extension. Las tres guarniciones de que ac-
“ tualmente se compone, son puestos aislados, que
“ no tienen comunicacion entre sí, ni pueden pres-
“ tarse mútuo apoyo por la falta de relacion topo-
“ gráfica. Hasta en esto se trasluce un resto del
“ aislamiento que por tantos años ha dividido á
“ nuestra Patria.”

“ Los tres puntos mencionados no son otra cosa
“ que los puntos de guarnicion de frontera que te-

“ nian las tres Pronvincias de Córdoba, San Luis y
“ Mendoza, puntos que, como lo requería el sistema
“ de política de entonces, no tenían relación alguna
“ entre sí: eran simplemente la defensa de frontera
“ de cada una Provincia, adaptada á proteger sus
“ intereses aislados; pero sin averiguar ni curarse
“ de que si las guarniciones de la Provincia vecina
“ á su derecha é izquierda se encontraban mas
“ avanzadas ó mas retiradas de la línea. En una
“ palabra no había línea.”

“ Es cierto que hace mucho tiempo que nuestras
“ fronteras del Sur no han sido atacadas por los
“ indígenas de la pampa; pero esto no debe en ma-
“ nera alguna atribuirse á la excelencia de nuestro
“ sistema de defensa, ni á la eficiencia de nuestras
“ guarniciones.”

“ Esta abstención de hostilidades por parte de
“ los indios tiene otra causa que debe buscarse en
“ los agasajos periódicos que se les hace y en la
“ lealtad con que se observa los convenios en que
“ se entra con ellos.”

La Memoria declara que á pesar de la actitud pa-
siva de los bárbaros, ella no existiría sinó hubiera
fuerzas eficientes en la Frontera; y concluye anun-
ciando que se estudia una línea regular de defensa
de Melincué á los Andes, á cuyo efecto se levanta el
plano topográfico de la Pampa. (1)

(1) Memoria citada, 1860, págs. 24 y 25 Mensaje del Presi-
dente Derqui al Congreso del Paraná 1860



LXXIII

Pero esta iniciativa fracasó, porque la guerra civil, encendida á principios de 1861, absorvía todas las fuerzas vivas de la Confederacion.

Despues del tratado de San José de Flores en 1859, Buenos Aires quedó incorporada á la Nacion.

Al constituirse el Congreso Nacional del Paraná en 1860, los diplomas de los diputados de Buenos Aires fueron rechazados, y comunicada esta resolucion al Gobierno local de aquel Estado, para que convocara al pueblo á nuevas elecciones.

Buenos Aires se resistió y sobrevino un estado latente de guerra, que duró algunos meses, hasta que á mediados de 1861 las hostilidades asumieron formas reales, llevando la suerte de Buenos

Aires en frente de la Confederacion al campo de batalla de la estancia de Palacios, distrito de Pavon, en el Departamento del Rosario de Santa-Fé.

Desde 1860 sucedia algo extraordinario en las Fronteras del Atlántico á los Andes.—Las invasiones á Buenos Aires no eran raras; pero carecian de la magnitud aterradora de las que entraron despues de la caida de Rosas y durante la guerra de 1859.

Al mismo tiempo, y esto parecia lo más extraordinario, eran invadidas las campañas de Santa Fé.

Las tropas de la Confederacion resultaban débiles para resistir á los salvajes, y lo eran porque el Gobierno apénas conservaba escuadrones livianos en esta Frontera, fiado en la lealtad con que durante siete años habian mantenido la paz con los indios.

Las hostilidades de los indios contra la Confederacion estaban rotas.—¿Qué sucedia?—¿Qué era del coronel Baigorria?



LXXIV

El hachazo recibido por Baigorria en la *Laguna Amarilla*, cuando en 1847 se batió con los Sáa, comenzaba á producir resultados políticos de trascendencia.

Despues del rechazo de los diputados de Buenos Aires, la Confederacion reunia de nuevo sus huestes y el Gobierno resolvió que el coronel Baigorria al frente del 7º de línea y divisiones indígenas de su mando, formara en el cuerpo de ejército, á las órdenes del general Juan Saá.

Al recibir la nota el alferez de Paz, sintió hervir en el alma una tormenta de ódio y hubo de exclamar: *Jamás!*

El rencor vengativo que habia jurado á los Saá en el drama sangriento de la *Laguna Amarilla*,

fermentaba en su alma desde que estos caudillos eran los favoritos de la Confederacion en Cuyo y estallaron en frente de los sangrientos sucesos del Pocito y de la horrenda inmolacion del Dr. Aberastain. (1).

Desde entonces el ánimo de Baigorria estaba agriado con sus superiores del Paraná, y comenzó á recordar que sus tropas no eran pagadas durante años completos y que los tratados con los indios no estaban cumplidos fielmente.

Todo esto que su decision habia remediado manosamente hasta entonces, fué motivo que aprovechó para encaminar á tropas é indígenas en los rumbos del desagrado que lo poseía.

No eran escasos por sus fronteras los agentes oficiosos ú oficiales de Buenos Aires y el coronel Baigorria se puso al habla con ellos.

Desató los lebreles de la Pampa que mantenía á cadena y los arrojó sobre las fronteras indefensas de Santa Fé, decidió á los *rancúles* á volver las lanzas contra el ejército de Urquiza, mandó comisionados eficaces á CALLVUCURÁ para imponerlo de los sucesos, y al acusar de desleal y enemigo de los indios al Gobierno del Paraná, le pedia que tratara con el de Buenos Aires, y en las vísperas de Pavon, lanzó el grito de guerra á la Confederacion en el fuerte *3 de Febrero*, en el mismo sitio donde dos años antes ofreciera á Urquiza, en solemne pronunciamiento, sus armas y su vida.

(1) Mandaba las fuerzas confederadas el coronel D. Juan Saá, Gobernador de San Luis, Interventor Nacional.

Baigorria al frente del regimiento *Dragones 7º* de caballería de línea de la Confederacion y de un regimiento de indios *rancúles*, se corrió por las fronteras y se reunió al ejército de Mitre, que marchaba á Pavon.

Oigamos á Sarmiento á propósito de la conducta de los *Dragones* de Baigorria: — “ Este tuvo la gloria en Pavon de ser el único cuerpo de caballería que peleó con éxito, saliendo reunido del campo cuando el resto de la caballería habia quedado por todas partes. Sin su oportuna aparición en el Pergamino, cuando el general Hornos hacia frente con 300 hombres á 700 mandados por Prida, logra éste penetrar en la campaña de Buenos Aires, entregarla á saco, reuniendo á sus filas diez mil dispersos armados que solo buscaban un centro y gefes para proclamar la federacion triunfante.” (1)

Hé aquí, pues, como á la consolidacion de la victoria de Pavon se mezclaba, por una misteriosa concomitancia, el hachazo dado por Saá á Baigorria en la jornada de la *Amarilla*.

(1) D. F. Sarmiento, á quien sigo, en este capítulo, en su citado Diario del primer cuerpo de ejército de Buenos Aires, pág. 40.



LXXV

Reorganizada la Nacionalidad Argentina despues de Pavon, Baigorria, dice Sarmiento, “ habia partido al Desierto á traer los indios amigos, encontrándose allí con la noticia de un desastre sufrido, “ habiendo sido atacados por el cacique Mariano “ en su ausencia. Hoy se incorporó al ejército para “ volver al Rio IV á sus antiguos acantonamientos “ y perseguir á Saá, el autor é instrumento de tantos males.”

La verdad es que el poder colosal que los indios habian desplegado en dias anteriores, atravesaba sus momentos de crisis.

Yanquetruz, el aliado de Buenos Aires en Patagones, habia sido muerto en Bahia Blanca duran-

te una borrachera; y Catriel continuaba en paz, merodeando de noche en las estancias del Azul.

El Gran CALLVUCTRÁ se mantenía á la expectativa al frente de mil lanzas en Salinas, con una vanguardia de observacion en Guaminí, esperando el desenlace de los sucesos que le habia comunicado el coronel Baigorria.

Los *rancúles* estaban desolados. El famoso guerrero Painé habia muerto y su hijo y sucesor *Calvaiú*, ordenaba exequias que llenaron de horror á la tribu.

Una procesion popular conducia el cadáver á lo largo de un camino de seis cuabras hasta la sepultura, y reunidas todas las mujeres de la Nacion, encerradas en un círculo de lanceros, formaban parte del cortejo.

Cada dos cuabras se hacia una estacion y el cacique heredero designaba ocho mujeres que eran muertas de un golpe seco de bola en el cráneo. Fueron así inmoladas veinticuatro víctimas, para castigo de las brujas que habian influido en la muerte del cacique. (1).

Esta abominable matanza á la faz de los hermanos, maridos y padres de las víctimas, fué completada con el asesinato de la mas jóven de las esposas de Painé, que tenia una criatura en el pecho, para que acompañara con cinco caballos, diez

(1) Una espantosa relacion de este suceso ha sido publicada por don Santiago Avendaño, antiguo cautivo de los *rancúles*, en el tomo 15, pág. 76 de la *Revista de Buenos Aires*.

perros y veinte ovejas al finado en el viaje de la *Otra Vida*.

Calvaiú encendió los gérmenes de una conspiración tremenda con esta conducta sanguinaria. Un indio cuya mujer jóven habia sido asesinada, urdió el medio de matar á Calvaiú, muriendo él mismo si era necesario.

Debido á estos extraordinarios incidentes la Civilización adquirió noticias que descorrieron el velo que envolvía la marcha de la dramática expedición del coronel D. Emilio Mitre en 1857.



LXXVI

Se recordará que ni el General en Gefe, ni los soldados sabian el terreno que habian pisado.

Parecia aquel un ejército de hombres con los ojos vendados, conducidos por un guía cruel y misterioso.

Los indios nos hicieron conocer los detalles, cuando á los cuatro años de realizada la expedicion, producia sus resultados indirectos, matando al heredero de Painé.

El coronel Mitre habia marchado sobre una línea que pasa por *Vutaloo*, vulgo *Ita-loo* (1), en cuyo parage los indios tenian alfalfares para refrescarse de sus caballadas, razon por la cual le llamó *Médano de la Alfalfa*.

(1) Este parage es vulgarmente llamado *Ita-loo* y *Wita-lobo* debiendo decirse *Vuta-Loo*. *Vuta*, grande y *loo* médano.

De allí siguieron, como se recordará, hasta la encrucijada de los caminos, en los cuales la opción por el camino del Norte fué desgraciada para el ejército. Era, en efecto, una rastrillada de travesía, que conduce á la *Laguna del Cuero*, mientras que la del Sur vá al agua, á los pastos, á la Vida, á los toldos anhelados de *Trenel*.

La lagunita barrosa, dónde las fuerzas atribuladas refrescaron la garganta y fué llamada de la *Providencia* por el coronel Mitre, es precisamente conocida por los indios con el nombre de *Chapadco*, (*Chapad*, pantano, barro; *có*, agua).

Fué allí dónde abandonaron, una pieza de artillería y varias cargas de municiones, y de allí á la famosa comarca del *Cuero* se contaba á lo sumo dos jornadas.

¿Y cómo se supotodo esto? Algunos indios corredores de campohabian llegado á *Chapadco*, lugar poco frecuentado porque era camino árido y difícil, como he dicho, y regresaban contando maravillas de los objetos abandonados por el *huincá*, (cristiano) en su retirada.

Fué este depósito el que inspiró al indio conspirador contra Calvaiú, la terrible venganza que premeditaba.

Pasados los grandes duelos, á los cuales se habian asociado todos los caciques de la Pampa por medio de pomposas embajadas, el gefe de la conjuración promovió una gran boleada de avestruces en honor del nuevo Soberano.



LXXVII

La cacería salvaje de avestruces es un espectáculo grandioso, juego caballeresco de héroes, de árabes, de indios y de gauchos, que funda la gloria de unos, rodea de la amorosa aureola de la mujer á los más gallardos y arrebatada á otros la salud ó la vida, entre la polvareda del Desierto.

Como el torneo en los hidalgos tiempos de la Jura de Santa Gadea, es fiesta de príncipes y de guerreros primitivos.

Los primeros afirman con su destreza y con su arrojo los títulos que los exaltan al mando; y los segundos sorprendidos á menudo por soldados de la Civilización ó por indios rivales, rompen valientemente sus lanzas sobre el campo de la boleada — ó clavan el *facon* en el pescuezo del tigre que salta

del matorral y hiende la garra en la grupa de sus corceles voladores.

La cacería de avestruces es por eso la pomposa diversion y única labor de los ricos caudillos de los árabes, trasplantada de las arenas de Sahara á las arenas de la Pampa; y era allá, como es aquí, la escuela militar del caballero salvage, fuente de vigor y de destreza, generadora del valor y de la impetuosidad, porque el guerrero de los desiertos vale más por su desprecio sublime á todos los peligros y á todos los obstáculos, que por el arma misma que dispara.

Abd-El-Kader, el primer ginete del Mundo, ha dicho: — “Entre nosotros la guerra es sobretodo
“ una lucha de agilidad y de astucia; así la caza es
“ la primera de las diversiones. La persecucion de
“ las bestias feroces enseña la persecucion de los
“ hombres”.

“ Que ton matin soit avec un chacal
Et ton soir avec un sanglier ”.

Un poeta árabe cantaba á la caza de ésta manera:

“ Ella forma los buenos ginetes, porque enseña
“ á montar rápidamente sobre la silla, á poner pié
“ á tierra como el rayo, á lanzar el caballo á tra-
“ vés de los precipicios y peñascos, á salvar las pie-
“ dras y los matorrales á la carrera, y á correr sin
“ detenerse aunque una parte de la montura se
“ rompa ó se caiga”.

“ El hombre que se entrega á la caza hace pro-

“ gresos diariamente en el valor; aprende á des-
“ preciar los accidentes”.

A la nage, les jeunes gens, á la nage!

Les balles ne tuent pas;

Il n'y à que la destinée qui tue;

A la nage, les jeunes gens, á la nage!

.



LXXVIII

Y Calvaiú, al frente de los más ricos y apuestos caballeros de la tribu, se lanzó á través de selvas y de médanos en persecucion del gambetero avestruz ceniza y del divino avestruz blanco, cuya cacería es el pronóstico seguro de la Fortuna y de la Gloria, para el que consigue rendirlo á los piés de su amada.

El punto de reunion, para encontrarse al segundo dia de dispersion en el calor de la carrera, fué Chapadó, designado por el gefe de la conspiracion, con el legítimo y lisongero propósito de que el cacique contemplara las reliquias abandonadas por el Cristiano en su malograda expedicion.

Despues de dos dias de vertiginosas carreras por los ásperos senderos de la travesía una densa y elevada columna de humo, marcaba á los dispersos

caballeros, la laguna de *Chapadó*, propicia para pocos indios bajo la fresca sombra del calden; desastrosa para el Cristiano, cuando la enjugaron los millares de bocas de su ejército.

La reunion tuvo lugar y el cañon de Mitre, su armon y las cajas de municiones que formaban pila, eran el blanco de la curiosidad general y sobre todo del jóven y flamante Soberano.

Uno de los cristianos refugiados entre los salvages, que formaba parte de la boleada, traia al cinto un par de pistolas de arzon; y el indio conspirador inició la idea de tirar al blanco con la pólvora abandonada por el Cristiano.

Propia de su posicion y de su valor pareció á Calvaiú la iniciativa. Ocasion era esa de mostrarse fuerte, manejando el arma terrible del enemigo.

En verdad, los indios no se acostumbran con facilidad al uso de las armas de fuego. Temen accidentes, explosiones, y aun la detonacion misma les causa un efecto extraordinario: generalmente cuando se les invita á disparar un rifle ó una pistola, lo hacen cerrando los ojos y dando vuelta la cara hácia otro lado.

El conspirador fué el primero en llegar á *Chapadó*, y con disimulo habia preparado el armon de municiones de suerte que aglomeraba en el fondo varias libras de pólvora, cubiertas de pasto y balas de fusil y de cañon.

Y el fué de opinion que Calvaiú tirara sobre el armon, de una distancia equivalente al largo de un lazo ó sea diez y seis varas mas ó menos.

El ejercicio comenzó y Calvaiú, que visiblemente se violentaba para no cerrar los ojos, disparaba con pulso trémulo por el mismo esfuerzo y erraba siempre.

Era natural que se pasara el arma al Cristiano y éste, para ponderar su destreza sobre los bárbaros, vigorizando á la vez el respeto que le tenían, marcó con el cuchillo en el armon un espacio pequeño, comprometiéndose á poner las balas en él.

Se tiraba con bala de onza.

Calvaiú y los indios se colocaron cerca del blanco, en apariencia para apreciar los efectos del proyectil; pero en realidad para alejarse del arma temida en los momentos del estallido.

Al primer disparo del Cristiano la tabla del armon quedó astillada, presentó una ancha abertura y el tiro feliz fué saludado por los gritos feroces de la turba. . . .

—Yá, yá, yá, yá, yáá, yááá, yáááá. ¡Ese Cristiano! ¡Ese Cristiano!

El segundo disparo levantó á los aires una horrible columna de polvo, de astillas, de balas y de cuerpos humanos mutilados. El armon habia explotado y el heredero de Painé con treinta indios de la Côte, y el conspirador entre ellos, caian muertos ó entre los horrores de una agonía espantosa. (1)

(1) El relato brève é incompleto de este episodio, muy conocido entre los indios y viejos vecinos de la Frontera, fué ya publicado por el antiguo cautivo, despues Intendente Nacional de Indios, D. Santiago Avendaño, en *La Revista de Buenos Aires*, tomo 15, página 86.

Hé aquí los frutos indirectos y únicos de la expedición del coronel Mitre, y el origen del entronizamiento al poder de Mariano Rosas, á quien después de Calvaíú correspondía el gobierno de los *Ranciles* ó "Gentes del Totoral."



LXXIX

La batalla de Pavon, á la cual concurrían los indios en unas y otras filas, con destacamentos li-vianos, encontraba, como he dicho, en crisis á los soberanos de la Pampa.

Yanquetruz muerto en Bahía Blanca, CALLVUCURÁ á la expectativa de los sucesos y rotos sus lazos con Urquiza, los *rancúles* entregados á escenas horren-das en los duelos reales de Painé y de su hijo y Baigorria sobre nuevos rumbos políticos: eran los motivos de la aparente inaccion de la Barbarie.

Despues de la batalla de Pavon la República entró francamente en el período de la reorganiza-cion constitucional, y el año 62 se pasó entre la eleccion del Gobierno Nacional, á cuya cabeza fué colocado el general vencedor D. Bartolomé Mitre y

en trasladar el asiento de las autoridades federales á la ciudad de Buenos Aires.

Las fuerzas vivas de la opinion pública se hallaban fogosamente comprometidas en la solucion de los árdusos problemas politicos planteados por la nueva faz de la vida Nacional de los argentinos.

Las fuerzas militares eran á su vez imperiosamente reclamadas en dos teatros importantísimos: en las fronteras donde la riqueza, la vida y el honor del vecindario estaban entregados á la voracidad del salvaje; y en el Interior, donde hervian las rotas reliquias de la Confederacion para marchitar, como lava de volcanes, los territorios de algunas Provincias.

El año 1863 fué de horrores para la República Argentina. La guerra civil sostenida por elementos primitivos, semi-bárbaros, estalló con furia amenazadora. El general Angel Vicente Peñaloza (a) *El Chacho* en la Rioja y Cuyo, Clavero en Córdoba, Chumbita y Varela en Santiago, tremolaban audazmente la bandera reaccionaria y corrian, mal armados, pero con el temerario arrojo de argentinos, á contener la marcha amenazadora de los ejércitos disciplinados de la Nacion, conducidos en el Norte por Taboada y en Cuyo por Paunero.

Las campañas se levantaban como un solo hombre para resistir á las ciudades, en algunas de las cuales vibraba el rayo de la autoridad en las manos de hombres de la talla de Sarmiento.

Las masas primitivas del país, unidas espontáneamente, seguian con singular abnegacion á sus

caudillos, tan pobres como ellas y tan incapaces como ellas de las supremas ambiciones del mando.

El Chacho, Clavero, Chumbita, Ontiveros, Puebla, Varela, Elizondo y demás caudillos de la famosa *Montonera*, no buscaban la Presidencia, ni Ministerios, ni Senaturias, ni Diputaciones. ¿Eran instrumentos de buena fé? ¿Mártires? ¿Bandidos? Se ha dicho que su ideal era el saqueo; pero éste fué el grito de las pasiones de la época. Hombres que no contaban segura la vida en la cercana aurora, siempre á caballo, con la lanza en ristre y cortados sus rastros por enemigos formidables como Sandes, Arredondo, Segovia é Irrazabal, no aspiraban por cierto al dulce día del reposo, para gozar el fruto de las rapiñas, que en ninguna parte atesoraban, que no acumulaban en estancias de que carecian, ni daban á interés, cual otros rebeldes de América, al Banco de Inglaterra, cuyo mismo nombre jamás habian escuchado.

Robaban y asesinaban los montoneros: es una verdad histórica. Era este un medio de hostilidad y de vida, tan bárbaro como bárbaros eran ellos; pero no era la causal de los pronunciamientos unánimes y espontáneos de las grandes masas.

Cual fuera el Ideal, digno ó despreciable, que perseguian las hordas salidas de llanos y de selvas, como los Hicsos ó los Hunos, es el problema escabroso é interesantísimo que preocupa al historiador argentino, cuando estudia aquellas esplosiones del sentimiento rústico, que sacudieron con furia de huracanes los fundamentos de la reciente organiza-

cion nacional, invocando como los hombres cultos el nombre del Patriotismo por bandera, y entregados como los salvajes á los horrores de una guerra de devastacion y de esterminio.



LXXX

Los indios estaban de su lado. Los auxiliaban en las escursiones á poblado, ó les brindaban refugio y hogar al dia siguiente de una derrota decisiva.

Clavero, batido en San Luis huyó á los toldos; y Puebla, al frente de 1,500 lanceros *ranquelinos* puso sitio al coronel Iseas en la Villa de Mercedes, llevó al asalto á los indios desmontados hasta las murallas del fuerte, sufriendo sin mas armas que lanzas y facones el fuego de cañon é infantería. Muerto Puebla en la trinchera, los heróicos ranqueles desaparecieron en el misterioso seno de sus guaridas.

En todas'ias fronteras resonaba la alarida estridente y aterradora del araucano. No formaba una vasta confederacion, como la de 1855; pero invadia dividido en una nube de partidas volantes, que

como legion verdadera de demonios, aparecian y desaparecian simultánea y alternativamente en todas direcciones, llenando de fatiga y desconcierto á los soldados de la Civilizacion, cuando no lograbán inmolarlos por compañías completas.

Mientras las tropas desmoralizadas, mal atendidas en medio de la corrupcion de la administracion militar, aniquilaban en alarmas falsas y constantes sus caballadas, los indios parecían cabalgar los potros voladores de la mitología griega.

En Buenos Aires consumaron pavorosas inmola-ciones. Doscientos indios, á las órdenes de Carupan, uno de los valientes hijos de CALLUCURÁ, atacaron á principios de 1864 el fortin *Ballimanca*.

Diez soldados que habían salido á la leña fueron degollados en el mayor sigilo; y los treinta hombres restantes de la guarnicion, á las órdenes del capitán Eliseo Marques y del teniente Morales, salieron mas tarde á descubrir el enemigo.

Los indios rodearon estrechamente al bravo peloton, y echando pié á tierra unos y otros, se trabó la mas horrenda, salvaje y desesperada carnicería á sable, facon y bola. Marques, Morales y los treinta veteranos quedaron despedazados en el campo, algunos de ellos abrazados á los cadáveres de los indios, que simultáneamente daban y recibían la muerte.



LXXXI

Las fronteras no estaban suficientemente guarnecidas, porque la guerra civil exigía la formación de sólidos ejércitos en el Interior.

A pesar de ello, se había encomendado al Teniente Coronel de los Granaderos de Mendoza, don Manuel José Olascoaga, el estudio topográfico oportuno para fundar la línea Sur de Mendoza y San Luis: y el general Wenceslao Paunero, uno de los más competentes generales de la época en la cuestión indios, que desde la caída de Rosas, asistía como actor benemérito á las guerras con la Bárbarie, ocupó una parte del año 1863 en visitar todas las posiciones cristianas sobre el Desierto desde el Tandil á Melincué y desde allí á San Rafael.

Al mismo tiempo, á fines de 1862, el general

Bartolomé Mitre, persistente en sus ideas de 1855 de llevar la ofensiva al Desierto, para quebrar el nervio del enemigo — único plan de defensa, por otra parte, dados los sucesos de la época—lanzaba Tierra Adentro al inteligente comandante Julio de Vedia, con 700 hombres de su mando en la Frontera del Centro de Buenos Aires.

A esta columna agregó Vedia 200 indios *voroganos*, las reliquias de la tribu acuchillada en Massallé en 1836 por CALLVUCRA, que le sirvieron de auxiliares fieles y vaqueanos excelentes.

Era audaz el movimiento de Vedia, dados los precedentes y el poder de los indios; pero él marchó rápida y resueltamente sobre los *rancúles*, distraídos por el duelo público que he narrado.

Las *Tolderias* de *Leuvucó* (1) capital del País *Ranquelino* fueron sorprendidas y acuchilladas y la columna volante se internó mas lejos, hasta *Nahuel Mapú* (2).

Esta sableada feliz, en medio del estrago de tantas derrotas, enseñaba que la táctica *ofensiva* de tanto tiempo sostenida por los dos Mitre, era la única eficaz en la guerra del Desierto; y el comandante Vedia, que con tanto acierto la había empleado, fué ascendido al empleo de coronel.

Mientras se verificaban estos ensayos el diputa-

(1) *Leuvucó*; de *Leuvú*, corriente y *co*, agua. Pequeño arroyo, muy raro en aquellas alturas de la Pampa, donde solamente hay agua estancada ó de lagunas. Por eso le llamaron *agua que corre*.

(2) Informes del Teniente General Emilio Mitre y del general de division Julio de Vedia.
Nahuel, Tigre; Mapú, País.

do Oroño promovía la cuestión fronteras en el Congreso, con patriótico celo.

La tentativa logró únicamente poner en evidencia la falta de preparación de los gobiernos y del país, para resolver el problema secular. El debate carece de interés.

El general Gelly y Obes, Ministro de Guerra y Marina, se refirió someramente á los estudios que á la zazon se realizaban sobre las fronteras.

El Dr. Adolfo Alsina, revelaba en las breves palabras que pronunció, cuan lejos vivía su espíritu de la materia en debate: y el diputado Oroño, que era de todos el más preparado en el asunto, fué no obstante, partidario del avance cauteloso y gradual. Decía:

“ Este era el sistema que adoptaron los españoles, y así consiguieron avanzar y apoderarse de un territorio, que nosotros hemos perdido por imprevision y por la guerra civil. En el sistema de los españoles se vé el adelanto progresivo y metódico de resultados positivos; por consiguiente, ningun peligro, ningun inconveniente traería á la Nacion, el que se hiciera ahora lo que se hacía entonces; pero avanzar 200 leguas, es decir llevar nuestra línea de defensa al rio Colorado, como ha manifestado desearlo un señor diputado dejando flancos por todas partes, esto ni es militar, ni es conveniente.”

Agregó despues: “ Pretender llevar nuestra línea de fronteras al rio Colorado es pretender una quimera.”

Resonó en la Cámara la palabra melíflua y lírica de Mármol, acertando con mejor fortuna que la prosa de los militares y hombres públicos de la Epoca—Sus palabras fueron estas:—“El año 55 “ el Ministro de la Guerra decia en las Cámaras “ de Buenos Aires: jamás hemos tenido mas fuerzas en las Fronteras; pero yo le contestaba: jamás ha sido menos salvada la propiedad y tenia “ razon ”

“ ¿Por qué? — Porque ese sistema es malo. El “ señor Ministro de la Guerra nos dice hoy que “ necesita nueve mil hombres para defender la “ Frontera; pero le ruego al señor Ministro que “ jamás diga eso, que no comprometa su responsabilidad, porque tendria los nueve mil hombres “ y le vendrian á golpear las puertas del Ministerio “ los reclamantes á decirle que los indios se llevan “ las familias y las vacas—Yo le digo al señor “ Ministro que, aunque tuviera quince mil hombres “ seria lo mismo; porque no hay fuerza capaz de “ guardar la frontera de la República.”

“ Yo digo que el único medio de salvarnos del “ peligro de las invasiones es inventar una guerra “ ofensiva, porque el sistema defensivo no nos ha “ dado mas que funestos resultados.” (1).

Pero Mármol era poeta y esta nota fué considerada de un lirismo perfecto.

(1) Véase el diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación—1863.



LXXXII

El General Paunero presentó en Abril de 1864 el fruto de sus estudios y el plan de Frontera madurado en sus correrías á lo largo de la misma (2).

El estado de las posiciones civilizadas sobre la zona indígena, era á la zazon como sigue:

Frontera fundada por la Confederacion: fuertes *San Rafael* al Sur de Mendoza; *Constitucional* ó Villa de Mercedes, sobre el Rio V, al Sur de San Luis; *Rio IV*, al Sur de Córdoba; *Melincué*, al Sur de Santa Fé. Estension 203 leguas. — Guarnicion 718 hombres.

Esta, como ya he dicho no era una línea, y

(2) Puede verse con su correspondiente mapa en la Memoria de Guerra y Marina de 1864.

los indios podían entrar y salir impunemente por espacios inmensos, totalmente desamparados. En efecto, entre *San Rafael* y *Constitucional* mediaban ciento veinte leguas; entre *Constitucional* y *Río IV*, sesenta y dos leguas; entre *Río IV* y *Melincué* setenta y una leguas.

Frontera del Estado de Buenos Aires—Al Norte arrancaba del fortín *Mercedes* sobre el Salado y continuaba una serie de posiciones, con intervalos de 3, 4, 6, 10 y hasta 14 leguas por los fortines, pueblos florecientes ahora, de Junin, Bragado, 25 de Mayo, Alvear, Azul, Tandil y Bahía Blanca—Estensión 107 leguas. — Guarnición 3,500 hombres.

Resúmen: 360 leguas de Frontera con 5269 soldados de tropas regulares.

El general Paunero proponía avanzar resueltamente sobre el río Colorado, batiendo el desierto con dos columnas, destacada una de Villa de Mercedes y de Buenos Aires la otra. Obligados los indios á pasar al Sur de aquel río, forzosamente se replegarían al Limay y entonces se ocupaba *Choele Choel* con 500 hombres de caballería. La línea de frontera quedaba reducida de San Rafael á las nacientes del Colorado, á lo largo de los Andes y á todo el curso de dicho río.

Este plan reveló estudio maduro y la clara visión de las soluciones finales. Fué, sin embargo, deficientemente fundado y exhibido con timidez. El autor parecía desconfiar de la preparación del sentimiento público para apreciarlo.



LXXXIII

Y en verdad la idea no encontró ambiente para desarrollarse. El diputado Oroño, que, como he afirmado revelaba conocimiento é interés en asuntos de Frontera, la habia condenado el año antes en la Cámara: “ Ahora, decia, en cuanto á la Provincia de Buenos Aires, es decir, á la Frontera Sur del resto de la República, se ha dejado á la eleccion del Gobierno para que él la determine segun los informes que haya adquirido. No con la idea de que pueda llevarla al rio Colorado, porque ésto no es posible, porque no se puede ni suponer siquiera que se establezcan fuertes, dejando á la espalda doscientas leguas de territorio desierto. Ningun hombre que entienda un poco

“ de milicia, que sepa lo que es nuestra frontera,
“ puede aconsejar una cosa semejante. (1)

El general Paunero desconfiaba tanto de la realizacion de sus excelentes ideas, que acompañaba otro plan, el de dos líneas aisladas y separadas entre sí por inmenso desierto: una partia de la laguna del *Bagual* en el país *ranquelino* y terminaba en *Cerro Nevado* sobre los Andes; y la otra ligaba á Guaminí con Bahía Blanca.

Era éste un sistema ineficaz; pero como el primero revelaba una idea positiva y nueva en la táctica militar de la frontera: la de atacar y ocupar las principales posiciones del enemigo. Con todo, los dos proyectos eran irrealizables á consecuencia de razones fundamentales. Para internar y sostener fuertes divisiones en los senos lejanos del Desierto, debia el Gobierno Nacional dejar á retaguardia una Nacion compacta y en paz; y en toda la República se sentia el hervor de los elementos vencidos, pero no aniquilados de la Anarquía.

La guerra Exterior entre la República del Paraguay, se diseñaba claramente al mismo tiempo en las altas atmósferas políticas, y ella al estallar en los primeros dias de 1864 puso fin á toda iniciativa en materia de Frontera.

Las guarniciones de tropa regular fueron retiradas, marcharon á formar el grande ejército y los acantonamientos fronterizos estaban confiados á la accion concurrente de los Gobiernos de Provincia

(1) Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación 1863.

y de la Guardia Nacional. Apenas era posible defender el terreno que ella pisaba bajo baluartes, y la Frontera, reducida á lo que era en los días aciagos de la guerra entre Buenos Aires y la Confederación, continuaba indefensa ó dominada por la chuzza del salvaje.

• —————



LXXXIV

La tempestad de horrores que relampagueó desde 1855 hasta 1859 sobre las Fronteras de Buenos Aires, se corria despues de Pavon, á las comarcas que la Confederacion habia mantenido relativamente indefensas, y confiadas á la alianza de los indios.

Las invasiones se sucedieron desde 1862 hasta 1868 con una frecuencia y resultados que llenaban de espanto á las desgraciadas Provincias coolindantes con el país de los indígenas. La ruina y el incendio, la matanza y el cautiverio, la despoblacion, en fin, eran en los campos del Sur, el espectáculo de todos los dias. Agregábase la profunda desmoralizacion del ejército, producida por la guerra civil, lo cual arrebatava á las campañas sus últimas esperanzas.

Antes de comenzada la guerra del Paraguay se sublevaron de una manera sangrienta y bochornosa las guarniciones de las Tunas, Fraile Muerto, San Rafael, Melincué y Patagones y despues de emprendida aquella, la Guardia Nacional movilizada, se amotinaba con mayor frecuencia y desertaba miserablemente del puesto del honor.

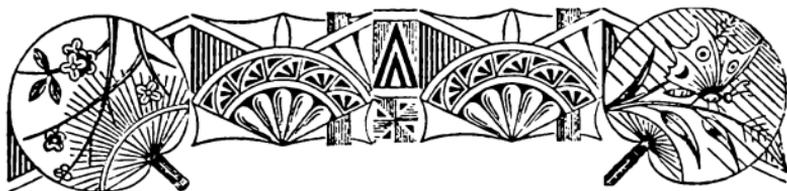
En 1864 el Gobierno Nacional declaraba en la Memoria respectiva entregadas las Fronteras al furor insaciable de los indios, porque la persecucion de la *montonera* reclamaba todas las fuerzas activas de la Nacion y de las Provincias.

A las solemnes y extraordinarias exigencias de la lucha contra el Paraguay, que nos imponia grandes, dolorosos y violentos esfuerzos, porque al emprenderla no estaba preparaba la República, se añadia el nuevo y formidable estallido de la rebelion de los caudillos del Interior, tenientes del Chaco los unos, fanáticos de la extinguida Confederacion los mas, nobles defensores de las autonomías locales los otros, todos ignorantes, movidos por una grande resolucion de trastornar el órden establecido en la República, despues de la batalla de Pavon, derrocando sus autoridades para restaurar la influencia de los hombres del Paraná.

La rebelion, una de las mas grandes que la Nacion haya soportado, contaba amigos y soldados en todas las Provincias, desde Buenos Aires á la Rioja, y reclutaba además sus elementos en Chile y entre los indios.

Los ejércitos organizados de la Nación y las fuer-

zas improvisadas en las Provincias, eran escasas para luchar contra el Paraguay, en el Exterior y contra la montonera en el Interior; y la defensa de las Fronteras nada podia esperar de semejante estado de cosas, durante el cual se aumentaban las calamidades públicas con el saqueo causado por los indios y con el desenfrenado pillaje á que la rebelion se entregaba en la mitad de la República.



LXXXV

En 1867 el Congreso Nacional respondió al clamor de millares de víctimas con estas palabras, de esperanzas:

“ Ni la Nación, ni el Congreso pueden consentir por mas tiempo que los bárbaros de la Pampa, con violacion de los tratados mas solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual inmediato se necesita para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas.” (1)

En consecuencia se dictó la ley de Conquista del Desierto y Ocupacion del Rio Negro, despues de

(1) Diario de Sesiones del Senado Nacional--1867--Informes de la Comision Militar.

una luminosa defensa de sus ventajas, hecha por el Senador Oroño en los debates—Era una iniciativa consoladora y que reanimaba la esperanza de pueblos y de víctimas.

Pero esta ley aparecía cuando el general Mitre terminaba su período y se disponía á entregar el mando á su sucesor, lo que acaeció meses despues en 1868.

El general Domingo F. Sarmiento electo Presidente, asumió el Poder y dedicó especial atención á la cuestion fronteras, desde los primeros instantes.

No habia terminado todavía la guerra contra el Paraguay; pero uno de sus primeros decretos ordenaba la ocupacion de la isla Choele-Choel como medida provisoria, para dar cumplimiento mas tarde á la ley de 1867.

Así mismo la isla de Choele-Choel no fué ocupada; apenas se realizó un reconocimiento terrestre y el coronel Ceferino Ramirez navegó el Rio Negro, por primera vez con un vapor, hasta la mitad de su curso.



LXXXVI

Referir los cuadros de sangre y las ruinas que los indios produjeron desde 1862 á 1868 en las fronteras del Interior y de Buenos Aires seria materia de un libro voluminoso, apropiado para acongojar corazones.

La vida política, económica y social del *Interior*, se desenvolvía sobre largas rutas terrestres hasta la cabecera fluvial y mas importante, que era el puerto del Rosario.

De esta ciudad arrancaban dos caminos llamados del Norte y del Sur.

El primero tomaba casi la línea recta hasta Córdoba, apartándose cuanto era posible de la region indígena, como única garantía para su vasto movimiento, y se bifurcaba en grandes ramales hasta

Jujuy por el Norte, hasta la Rioja y Catamarca por el Oeste.

El camino del Sur salía del Rosario, cruzaba el campo ahora feliz de la Candelaria, que era á la zazon uno de los parajes mas frecuentados por los bárbaros, rosaba la famosa pulperia de los *Galegos* y desde la histórica posta de *Arequito*, orillaba el rio Tercero hasta Villanueva, donde lo atravesaba y continuaba casi rectamente á rematar en la ciudad de Córdoba.

La *Esquina de Ballesteros* era el punto de empalme del grande é importantísimo ramal que partía para San Luis, Mendoza y San Juan, á través de las infortunadas villas de las Achiras y de San José de Morro.

El camino del Norte, fué siempre preferido por los mas débiles. El del Sur era solamente propio para héroes, ó para héroes por fuerza, porque una buena parte de la República no podia salir al Litoral sinó sobre esa ruta, que atravesaba comarcas inmensas, solitarias, desamparadas y bajo el dominio incontrarrestable y pavoroso del salvaje.

Las irrupciones de los indios alcanzaban algunas veces hasta la vía misma del Norte y llenaban de terror á los viajeros y vecinos; pero donde de ordinario merodeaban, interrumpiendo la circulacion regular de la Sociabilidad Argentina, era en el camino del Sur.

Lo he recorrido muy niño despues de 1860!

He vivido sobre una de sus postas, he dormido

la siesta muchas veces bajo el *Ombú* de la famosa posta de Arequito!

He sido despertado en la Estancia fortificada de los *Desmochados*, por la alarida de los indios y al abrir los ojos espantados, veia á las mujeres trémulas con el rosario en la mano, preparando las joyas, la ropa y los víveres que con los niños, eran depositados en el *Mirador*, en la ciudadela, en el último baluarte, á la expectativa del combate empeñado sobre los fosos!

¡Camino del Sur, recorrido hoy desde el Rosario hasta Mendoza por el ferro-carril, hermoseedo por la campiña poblada de ganados y por los sembrados del labrador europeo, me estremezco todavía al nombrarte, y no puedo apartar de mi memoria los espectáculos de horror que contemplé sobre tus huellas en los días de mi infancia!. . . .

•



LXXXVII

El trayecto comprendido entre la Candelaria convertida hoy dia en la espléndida colonia de Casado, y la ciudad misma de San Luis, era el de los extraordinarios peligros.

No se viajaba sinó cediendo á necesidades supremas de negocios, de familia ó de política, porque nadie, fuera de los casos imprescindibles, ofrece la Vida, el Honor ó la Libertad á las manos impuras de una horda vengativa de salvages.

La matrona como el niño, el comerciante como el diputado, que atravesaban de Cuyo al Litoral debian testar, disponerse para morir como cristianos, si lo eran, y dar el último Adios á las cosas y á los séres amados. Lo probable era morir, lo probable era caer en la pavorosa cautividad: tal fué

el dominio que los indios ejercieron sobre el camino del Sur.

El trasporte de mercaderías era hecho en acémilas ó en tropas de carros arrastrados por mulas y por bueyes.—Generalmente se reunian varias *árreas* ó tropas para cruzar la temida travesía.

Peones y capataces eran hombres de alma grande, como se requería para vivir sobre un teatro de sangre y de muerte en bestias que, como la mula, corren al tranquito! Todos venian además armados.

Dormian al aire libre, dentro del foso ó del denso cerco de pencas de cuatro ó mas metros de altura, que constituian una fortificación rústica, con un rancho miserable en el centro y un corral inmediato de zanja ó de cactus, para las mulas, caballos y bueyes, de viajeros, de *árreas*, de tropas de carros y de mensajerías.

Eso era una *posta*, y en la ramada ó rancho vivía el *maestro* de ella con su affigida familia y gauchos postillones.

Así, todas las jornadas estaban subordinadas á la necesidad suprema de ganar una *posta* antes de la caída de la noche, para poner vidas, cargas y bestias en recaudo.

Los indios eran tan bravos como astutos y acechaban paso á paso su presa para asaltarla en el instante propicio. Algunas veces la resistencia heroica de los capataces y peones era ineficaz, todos sucumbian, y los bárbaros se retiraban hartos de sangre y de botín; pero otras veces, aunque infeliz-

mente era esto muy raro, los cristianos hacian morder el polvo al enemigo despues de un grave escarmiento.

No era imposible que el asalto se verificara en campo abierto. Entonces los troperos improvisaban una trinchera circular con los carros atados entre sí, pértigo con pértigo, ó con los aparejos si eran arrieros, y defendian sus vidas, mulas, bueyes, caballos y mercaderías, con éxito raramente, con sacrificio supremo á menudo, porque los indios se batian á pié, arrojaban bolas con paja encendida para quemar el convoy, lo estrechaban con vigor, incendiaban el campo y concluian por agobiar y esterminar á los cristianos.

Cuando la resistencia era débil, ó se rendian los troperos sin batallar, ó el capataz era camarada del capitanejo invasor, por haber vivido *Tierra Adentro*, lo cual con frecuencia acontecia, entonces los indios se mostraban humanos y se contentaban con llevarse todo el aguardiente y *achucar* de las cargas.



LXXXVIII

El servicio de pasajeros era desempeñado por las líneas de *Mensagerías* que subvencionaba el Estado.

Las arrastraban á la cincha hasta ocho caballos con cuatro postillones, que se mudaban en las postas, situadas por lo general á cuatro leguas unas de otras.

El viage en esta forma era un verdadero Purgatorio. Los caballos estaban regularmente malos por las fatigas diarias y porque el temor de los indios impedía que se les dejara en los campos pastosos el tiempo necesario.

A veces faltaba por completo este elemento de movilidad, pues la reciente invasion los habia arrebatado.

Las mensajerías desaseadas y estrechas, sugetaban á los viajeros á prolongado martirio, entre una nube de tierra en el verano, salpicados de lodo en el invierno, sin elementos de higiene y de reposo en las postas, y con grandes zozobras y cómicos incidentes en el paso de cada río y aun de cada arroyo.

Era un viaje de estos comparable á penosa campaña, en que alternaban las alegrías fugaces del fogón, con las interminables penas de la marcha y de la lucha.

Desde que el viajero pisaba las dos orillas del inmenso país comprendido entre las postas de *Arequito* y la ciudad de San Luis, la intranquilidad no cesaba y la angustia sobrevenía con frecuencia.

Todos llevaban fijas la mirada hácia el Sur, con vigilancia de Argos, deseando sorprender los secretos del Desierto, en el volido de las aves ó en el humo de la quemazon lejana.

En todas las imaginaciones palpitaba el recuerdo del indio feroz. Las conversaciones no versaban sinó sobre sus correrías á lo largo del camino. Cada viajero recordaba una anécdota horrible que habia oído narrar á una de las víctimas, milagrosamente escapada.

El mayoral y los postillones concurrían á la escitacion de los viajeros, refiriendo en los altos para arreglar las cinchas y en las postas, las escenas que habian presenciado en las etapas de la ruta porque á cada árbol, á cada arroyo, á cada

loma, y á cada piedra de este Desierto, se ligaba una historia de sangre, de muerte ó de cautividad.

Los hombres llevaban las armas y municiones á la mano, las mujeres y los niños murmuraban á menudo la plegaria de la Virgen y el mayoral y los postillones redoblaban sus gritos de aliento á las monturas, que sudaban copiosamente lanzadas á la furia de la carrera.

A veces la triste situacion de los espíritus adquiria mayor intensidad por la caida de un caballo, que golpeaba rudamente al postillon hasta privarlo de sentido ó fracturarle un miembro.

Rara vez un incidente cómico ponía la risa en los lábios de los viajeros; ó una cuadrilla de avestruces fugitivos ó de gamas elegantes inspiraba momentáneo placer.

Campo y cielo! Dos leguas faltan para llegar á la primera posta, á la Cruz Alta.

Mustio silencio en la Mensagería, el silencio de los que desearian apagar hasta el leve rumor de sus pisadas para no advertir al enemigo.

• ————— •



LXXXIX

La mensageria rueda sobre la caída de una loma y el éco claro y sonoro del clarin hiere súbitamente los aires, con estrépito tan grande cuan grande y solemne es el silencio que interrumpe.

Hubiérase dicho que era el grito pavoroso de la horda que resonaba en el Desierto, porque todos los pasajeros espermentaban el mismo sacudimiento nervioso y empuñaban las armas, pronunciando palabras de consuelo á las damas y á los niños atribulados.

Serénase empero la impresion primera, porque todos creian ver los indios y los campos continúan solitarios como ántes.

—¿Qué hay? mayoral....

—Damos la señal á la posta para que se eche la tropilla.

.....
La posta de la Cruz Alta estaba, en efecto, al otro lado de las inmediatas lomas.

Los pasajeros piensan unánimemente rogar al mayoral que suprima los toques de clarin en las marchas siguientes. Es una imprudencia despertar á los temidos duendes de la Pampa!

Bajamos en la Cruz Alta! Es un pueblo!

El primer pueblo de Córdoba saliendo de Santa-Fé.

El corazon se oprime! Cuánta soledad y tristeza. Pocas casas de barro y paja, rodeadas de muralla de tápia con troneras para pelear con los indios, alrededor de una iglesia de los mismos materiales.

La noche anterior habia soplado el huracan del Sud-Oeste y los techos de la Iglesia en peligro de volar, fueron salvados por el vecindario que atabalazos á las tigras para que los tirasen los hombres fuertes de la villa.

Así se vivia en 1863 en la Cruz Alta, en lucha permanente con el bárbaro y con la naturaleza, á todas horas en la iglesia las mujeres y en las trincheras los hombres.

Mientras mudaban caballos corrí á la orilla del pueblo á ver las tumbas famosas de los primeros mártires de la Revolucion de Mayo. Eran cinco túmulos de tierra, de media vara de altura, paralelos, como camas de hospital. Estaban vacíos y cubiertos de pasto.

Me retiré con un sentimiento de pena que ninguna justificación de aquel hecho podrá borrar, repitiendo la histórica palabra, que dá celebridad á la Cruz Alta:

CLAMOR

CONCHA, Gobernador de Córdoba.

LINIERS, Virey.

ALENDE, Coronel.

MORENO, Ministro de Real Hacienda.

ORELLANA, Obispo de Córdoba.

RODRIGUEZ, Asesor.



XC

En marcha á la *Cabeza del Tigre!* Caminamos rumbo al Oeste clavado, decia el mayoral, como quien avisa que se interna en el país de los salvages, en plena Pampa.

Notan á poco andar los viageros que mayoral y postillones escudriñan con señalada insistencia el lado del Sur, y como la curiosidad es de tan rápido contajio, todas las miradas se clavan en el horizonte, á través de un campo abierto, inmenso, triste, solitario.

Son las doce del dia. Arde un sol de estío, que rarifica el aire y puebla de lagos y de paisages isleños el Desierto.

La atmósfera tibia parece inmóvil; no se siente un soplo consolador y la calma y el solemne silen-

cio imponen una sensacion estraña á los espíritus, preocupados de la contemplacion del Sur.

Nada ven los pasajeros! Todo lo ven, sin embargo, el mayoral y postillones!

El campo está en movimiento, ha dicho aquel con voz sombría, y á la vez saca de abajo de su poncho un enorme y amarillo narangero, con el morral de balas y de pólvora.

De cuando en cuando cruzan en desesperada carrera bandadas de avestruces y tropillas de gamas, como si un enemigo terrible amenazara la libertad grandiosa con que viven en los campos. Vuelan aves del Sur hácia las comarcas del Oriente, y aparecen en los caminos las copetudas martinetes que huyen del lejano pajonal.

Tal es el "movimiento del campo" en la lengua singular y viril de los desiertos meridionales de la República Argentina; y este movimiento se produce siempre por la presencia tumultuosa del hombre: las invasiones de los indios, los arrees de hacienda y las boleadas de avestruces.

Los pasajeros se preguntan si son indios, gauchos boleadores ó manadas de baguales que recorren las llanuras retosando, los que asustan y espulsan de sus guaridas á los moradores de la Pampa.

Diez minutos mas y la zozobra es completa: una gruesa columna de polvo se levanta á la izquierda hácia el Sur Oeste. El mayoral sube á la tolda y la examina de pié. La galera rueda vertiginosamente. Los postillones clavan la espuela en sus

caballos por instinto y precipitan el aire de la marcha. El vijía desciende y esclama con aire grave.

— Castiguen, muchachos! Están como á dos leguas...y podemos ganar la *Cabeza del Tigre*.... Carguen las armas señores.....

Las señoras y los niños quedan heridos por el rayo del terror, y en un estado de lasitud y de emociion, que no es el de la vida y se acerca mas bien al de la muerte.

Los postillones delanteros han comprendido el peligro y mas cobardes ó mas libres que sus compañeros de atrás, desnudan sus facones, para cortar las cuartas y fugar. . . .

El mayoral se hiergue indignado y monta el narangero.

— Pícaros! les grita. No son hombres y cuanto juyan cuanto les volteio de un tiro. . . .

Uno logra desprenderse, sin embargo y huye en sentido contrario al rumbo que trae la polvareda; el mayoral le hace fuego y los pasajeros le disparan sus rewolvers. . . .Se conoce que el caballo va herido. . . . Las señoras lanzan gritos angustiosos. . . . los niños lloran abrazados á los cuellos maternales.

Los postillones fieles lo serán mas sabiendo que quince bocas de fuego les ofrecen la muerte á la menor cobardía, y la galera sigue su fuga desesperada.

La nube de polvo se agranda, como cuando una columna cerrada, se despliega en alas. . . . y la

Cabeza del Tigre parece alejarse tanto cuanto es deseada.

Pero la polvareda se disipa pocos momentos despues, como si hubiera desaparecido del suelo la causa que la arrojaba al aire, y los pasajeros ven la posta de la *Cabeza del Tigre*, en la cercana loma.

Llegan y los hombres respiran con vigor, como el que sale de una cueva honda y sombría, y las mujeres desahogan sus corazones oprimidos, cubriendo de lágrimas la cabeza de sus hijos, que abrazan y oprimen nerviosamente, como si alguien pretendiera arrebatarnos

El *Maestro de Posta* sale fuera de fosos acompañado de su mujer y dos hijas; . . . Hay en los semblantes de estas gentes una espresion indescriptible de resignacion y de terror al mismo tiempo.

—Bendito sea Dios, Nuestro Señor y la Virgen Santísima, esclama la mujer del *Maestro*, que los ha salvado de los infieles. Esta madrugada nos han asaltado llevándonos toditos los caballos y parece que han acampado á medio dia, en la laguna de *La Cautiva Muerta*, de aquí como á cuatro leguas.



XCI

Otra mensajería corre entre la *Cabeza del Tigre* y la *Esquina de Lobaton*. Los viajeros acababan de contemplar el lugar de los *Chañarcillos*, donde fueron fusilados los presos políticos de 1810, de cuyas sepulturas en la Cruz Alta he hablado.

De susto en susto han llegado á la vista de Lobaton, cuando de improviso, surgen de un bajo y coronan la loma diez lanceros . . .

La galera hace alto. Los postillones huyen cobardemente y el mayoral y los pasajeros, todos hombres por fortuna descienden y con sus armas rodean el carruage.

Los indios se acercan . . .

No peleando hermano . . . gritan en coro. No matando cristiano . . . siendo indios pobres . . .

Dando ropa, plata, achucar.

Se hace el tratado. Los cristianos forman un grupo, espalda con espalda y armas en la mano, mientras los indios saquean á discrecion los equipajes.

El que parece caciquillo se acerca cautelosamente á los viageros.

—*Dando ché pistola. . .*

Aquellos no se atreven á romper el tratado y matar, como pudieran, los diez salvages.. ¡Si atrás de la loma están cien indios la venganza será horrible!

— Dejando seguir camino hermano . . . replican al bárbaro!

Los indios dán vuelta, se agitan, cuchichean, simulan con el cuerpo un aire de carga á fondo y se alejan, despechados de su impotencia para inmolár á los cristianos; pero con un botin abundante y de valor.

Los postillones han huido . . . Están ya en Lobaton. ¡A la posta á pié! Indios y cristianos marchan á varas de distancia unos de otros, hasta que á la vista de los fosos, toman los primeros el rumbo de *Tierra Adentro*, al paso natural de sus caballos.



XCII

En 1866 la diligencia habia salido de San Luis para el Rosario, llena de gente distinguida, en momentos en que los indios realizaban actos terribles de vandalage sobre el camino.

Habian corrido otra galera, que logró ganar la *posta* fortificada del *Portezuelo* en la sierra de Córdoba, hasta donde se internaba el camino, haciendo un rodeo considerable, para alejarse del país de los indígenas.

El *Portezuelo* estuvo sitiado hasta que la energía de peones y viajeros obligó á los bárbaros á retirarse, pero no del camino en el cual permanecian en acecho.

—Postita del Portezuelo, decia una arribeña que

viajaba hasta el Rosario — no te de olvidar mientras io viva En verdad, cuando el mayoral detenía la galera y anunciaba la llegada á la posta, los pasajeros la buscaban en vano entre matorrales y peñascos. El como guía, tomaba la delantera, descendía sobre una senda escabrosa, y en la quebrada, casi en el seno de un barranco, escondidas entre breñas y asperezas, aparecían las famosas cuevas, que se llamaron la *Posta del Portezuelo*.

Antes de llegar á la posta de los *Cerrillos* sobre San Luis, á tres leguas de esta capital, la primera diligencia á que me he referido, encontró de improviso una descubierta de los salvajes.

Eran cinco! Acababan de batir y pasar á cuchillo un piquete de soldados y traían puestos sus kepies y casacas.

La galera hizo alto, los postillones que eran seis desataron los caballos, poniéndose en franquía para huir en el momento oportuno y los pasajeros con el mayoral, se dispersaron en el campo, deseando evitar una carga compacta y obligar al enemigo al combate singular, en el cual estaba perdido.

Los bárbaros venían á la furia de los caballos y los *hicieron rayar* á treinta metros. Los adiestrados *pingos* quedaron como clavados en el suelo; y los indios fijaron sus lanzas en el mismo, y apoyando en ellas la cabeza un poco inclinada, permanecieron en silenciosa contemplación.

Los cristianos estaban también callados y el ma-

yoral, que observaba atentamente las orejas de los caballos, dijo en voz baja á los suyos:

—Estos indios son *bomberos*, vienen á reconocer nuestro número y nuestras armas . . . No son capaces de pelearnos . . . Los caballos están atentos al Desierto, prueba de que viene atrás mucha indiada. Es necesario huir y ganar Cerrillos sin pérdida de tiempo.

Uno de los pasajeros, el que mas se habia distinguido por su serenidad y acertadas disposiciones, era un excelente tirador. En el viaje lo habia probado, matando pájaros con revolver.

Fuése al grupo de postillones y les mandó atar la galera . . Refunfuñaron cobardemente . . .

—No hay mas que dos caminos, les dijo, con el acento solemne de la resolucion suprema: ó nos llevan á *Cerrillos* ó mueren todos á mis manos. . .

Los postillones cedieron al revolver! Uno de los pasajeros era José Victorino Lastarria, Ministro Plenipotenciario de la República de Chile, que viajaba á Buenos Aires para presentar sus credenciales al Presidente Mitre.



XCIH

Otras mensajerías menos afortunadas eran asaltadas, muertos sus tripulantes y llevadas cautivas mujeres y criaturas. Familias distinguidas de la sociedad argentina han perdido así matronas dignísimas, que, conducidas al serrallo de los caciques, madres de sus hijos y madres de cristianos, que las lloraban sin consuelo, encontraban en la muerte el único desenlace á la angustia de su cautividad.

Un dia los viajeros pelean y rechazan á los indios, en la ruta pavorosa de la *Esquina de Ballesteros* á San Luis, y vuelan, asustados de la revancha, á encerrarse en la posta de los *Dos Arto'es*.

Horroroso espectáculo! Ardian las casas, venci-

do y roto estaba el puente levadizo y trece cadáveres, tibios todavía, acusaban la reciente victoria del salvaje. El maestro de posta fué extraído del pozo de balde dónde se refujiara; pero fué, solamente para enloquecerse ante los cadáveres de gollados y mutilados de su mujer, de sus hijos y sus peones. Sus hijas lloraban cautivas.

Poco despues las mensagerías se refujiaban en la infortunada villa de las *Achiras*, al pié meridional de la encantadora sierra de Córdoba.

Los caminos están dominados por grandes y enfurecidas hordas de araucanos.

Las campanas de la miserable iglesia de la Villa tocan rogativas. Arden los cirios del templo en el altar de la Virgen y resuena en las calles el tropel confuso de los vecinos desorganizados, que se aprestan á la defensa desesperada de la propiedad y de la vida, de las mujeres y de los hijos.

Una partida de gauchos milicianos ha salido á explorar los caminos y el choque les ha sido infortunado.—Nadie como Hernandez, en su *Martin Fierro*, ha descrito con mayor calor y fidelidad, ni con más apropiado colorido, el entrevero heroico entre el salvaje y el gaucho de la Frontera. Le corresponderá siempre en este punto el honor de la palabra:

Habian'estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera á su amigo Fierro,
Aflojar como un blandito!
Salieron como maiz frito

En cuanto sonó un cencerro.
 Se vinieron en tropel.
 Haciendo temblar la tierra!
 No soy manco pá la guerra,
 Pero tuve mi jabon,
 Pues iba en un redomon,
 Que habia boliao en la sierra.
 Qué vócerio! Qué barullo!
 Qué apurar esa carrera.
 La indiada todita entera
 Dando alaridos cargó....
 Jué pucha..... y ya nos sacó,
 Como yeguada matrera.

.....
 Y para mejor de la fiesta,
 En esta aficcion tan suma,
 Vino un indio echando espuma
 Y con la lanza en la mano
 Gritando: - "Acabau cristiano."
 "Metiendo el lanza hasta el pluma"—
 Dios le perdone al salvage,
 Las ganas que me tenia.....
 Desaté las tres marías
 Y lo engatusé á cabriolas.....
 Pucha..... si no traigo bolas,
 Me achura el indio ese dia.

.....
 Allí quedó de mojon.
 Y en su caballo salté,
 De la indiada disparé,
 Pues si me alcanza me mata;

Y al fin me les escapé,
Con el hilo en una pata!

Uno de estos dispersos *achireros* habia puesto el pueblo en conmocion, anunciando la marcha de los indios para asaltarlo. Y así aconteció.

Reducidos los defensores á la plaza, depositaron las mujeres y los niños en la Iglesia y sostuvieron el sitio con denuedo.

Los indios dominaban el pueblo, mataron y cautivaron mucha gente y al fin hicieron un tratado para retirarse con el inmenso tributo de mercaderías y de plata que impusieron.

Tales eran los sucesos semanalmente acontecidos en el famoso camino del Sur, durante muchos años.

Cada una de sus etapas está marcada por el recuerdo de una desgracia.

Cada una de sus villas, San Luis, el Rio IV, La Carlota, Las Achiras, San José del Morro, han sufrido varias veces, como el Azul, Olavarria y el 25 de Mayo en Buenos Aires, el sitio de los indios, que despues de matar en las calles á los vecinos, cautivaban sus familias é imponian el tributo.

Cada posta, cada uno de esos miserables baluartes de pencas ó de tierra, con cañoncitos ridículos, montados en *ñandubaises*, serán indeleblemente recordados por millares de argentinos. Algunas postas, como las del *Portezuelo* y los *Dos Arboles*, fueron la triste sepultura de familias y viajeros.

Camino del Sur!. . . Debiera mas bien llamarte camino de lágrimas y de sangre!



XCIV

Hasta 1868 las armas que podían atenuar tantos estragos habían permanecido en el Paraguay; pero la guerra llegaba á su término y en propicia coyuntura, porque el Gran CALLUCURÁ había convocado á sus aliados de la Confederación Indígena de 1855, para declarar la guerra al Presidente Sarmiento.

Y fué declarada, fundándose el indio en la resolución de ocupar la isla de *Choele-Choel*. Aludía CALLUCURÁ á los reconocimientos por agua y tierra que acababan de realizar los coroneles Ramirez y Murga.

En su reto á la Civilización, fechado en Salinas Grandes el 17 de Setiembre de 1868, decía el Gran Cacique: — “Me dicen que ya han llegado fuerzas á

“ Choele-Choel y que vienen á hacerme la guerra;
“ pero yo tambien he mandado mi comision á don-
“ de mi hermano *Reuque Curá* para que mande
“ gente y fuerzas; pero si se retiran de Choele-
“ Choel no habrá nada y estaremos bien.”

Un simple reconocimiento, con menos de cien soldados, habia sido suficiente para herir en el corazon á la Barbarie. *Choele-Choel* era la llave del Imperio Indígena y el Soberano gritaba irritado: *No toqueis á Choele-Choel*.

Las fuerzas confederadas llegaron, en número de 3,500 lanzas, del País de las Manzanas, del Neuquen y de las comarcas chilenas del Norte, á través del anchuroso camino de Villa Rica. Todos los grandes caciques ofrecian sus mejores tropas á CALLVUCURÁ, para defender el Martin Garcia de la Barbarie.

CALLVUCURÁ procedia instintivamente, como proceden los mas sabios diplomáticos de la época. Reclamaba el desalojo de Choele-Choel y apoyaba el reclamo concentrando 6,000 lanzas en Salinas Grandes.

¿Y que lanceros? Era necesario revelarle al Presidente Sarmiento que clase de patricios venian á la defensa de la tierra y escribió al gefe de la frontera Sur de Buenos Aires, en este sentido:

“ Vienen comandados por los caciques Quilapan,
“ Calvu-coy, Mari-Hual y Calvuen, que han pelea-
“ do cinco veces á las tropas de Chile y han tomado
“ cuatro fortines llamados Gualeguay-có, Pecos-
“ quen, Linaicó y Marfen, matando en las peleas

“ 630 soldados cristianos y tomándoles 205 mujeres cautivas *entre chico y grande*; y 7 mil animales vacunos, caballares y lanares y dos gefes prisioneros, uno de ellos Contreras y otro de San Luis, argentino”.

“ Estos gefes han querido hacer los tratados de los indios con Chile; pero hemos preferido que vengan las 3,500 lanzas á pelear á la República Argentina, quedando 5,000 mas en Collicó prontas á pasar los Andes”. (1)

¡Cuánta analogía de procedimiento entre la ostentacion de fuerzas de CALLVUCURÁ en la cuestion de Choele-Choel y la que hicieron los ingleses á los rusos en su última complicacion oriental, trasportando 50,000 cipayos de la India á Malta!

El reconocimiento de Choele-Choel terminó, los indios exploraron la isla y la hallaron otra vez solitaria; pero no se creyeron seguros, por que veian aparecer en las fronteras las tropas gloriosas del Paraguay. La Confederacion Indígena, se puso, pues en acecho.

(1) El documento original que estrac'o fué dirigido al Coronel Alvaro Barr s, que comandaba la línea Sur de Buenos Aires.



XCV

El gobierno de Sarmiento no acometió la solución radical de la cuestión fronteras, revelando carecer de preparación para ello, cuando los elementos abundaban para alcanzarla y se limitó á mejorar las rutinas del pasado, sin la clara luz del porvenir como guía.

Y esto era sorprendente en Sarmiento, porque en *Argirópolis*, donde inicia la realización de muchas de las grandes conquistas sobre el país primitivo, que hoy incorporamos á la Civilización Argentina, apunta la idea de conquistar el Sur ocupando el Río Colorado y vitupera á los gobiernos por no haberlo realizado.

Bajo su Administracion se ganó á la española una zona de terreno al frente, llevando las fronteras del Interior á los rios Diamante y Quinto y prolongando esta línea de Gainza, á Bahía Blanca por Lavalle ó *Aucá-loo*, General Paz, San Carlos, Lavalle del Sur y Sauce Corto. Los fortines artillados y guarnecidos de veteranos se sucedian de dos en dos leguas.

El general Rivas expedicionó hasta Salinas Grandes, sin éxito positivo, pero sin contraste, y regresó despues de verificar un reconocimiento útil del terreno, á consecuencia del cual— y este fué el frnto de la operacion—aconsejó calorosamente el avance de la línea hasta Carahué.

El Gobierno no siguió su opinion y ocupó los ingenieros militares en practicar estudios interesantes sobre la zona conquistada, consolidando los atrincheramientos de la nueva línea (1). De la Frontera del Interior habia salido otra expedicion contra los indios ranqueles, comandada en gefe por el general D. José Miguel Arredondo.

Marchó en dos columnas, á sus inmediatas órdenes la primera, salida de Villa Mercedes; al mando del coronel Julio A. Roca la segunda, cuyo punto de partida era el Fuerte Sarmiento.

Batiendo ambas las comarcas de su frente iban á incorporarse sobre las tolderías mismas del enemigo.

(1) Un informe especial con muchos planos interesantísimos se publicó como Anexo á la Memoria de Guerra y Marina de 1873.

La expedición marchó con buena fortuna, aunque en estación rigurosa, gozando de aguas abundantes, de la leña de selvas inmensas y de pasto inmejorable para las caballadas. Sin embargo, los indios la sintieron y se pusieron en fuga.

Pocos fueron los prisioneros, 1500 los caballos cansados y pasados á cuchillo para que no los utilizara el enemigo; pero si los resultados materiales no fueron tan satisfactorios, los indios abandonaron toldos y sembrados y el terror reinó por mucho tiempo entre sus hordas, restableciéndose el prestigio moral de nuestras armas.

El coronel Roca era á la zazon comandante de la Frontera de Córdoba. Llevaba en su columna al famoso coronel Baigorria, viejo ya é inútil para las armas; pero que voluntaria y decididamente quiso concurrir con su experiencia sobre indios y terrenos.

En largas conversaciones con Baigorria adquirió el General Roca las primeras nociones serias sobre el vasto país de la Barbarie, más allá de la tierra ranquelina; y uniendo esas preciosas noticias, con cuanto sus propios ojos observaban sobre Leuvucó y Poitahué, formó cabal idea de la Naturaleza del Desierto, del poder real de los salvages y de la solución radical del problema colosal de la Frontera, consagrando desde entonces su vida militar á madurarlo.

Una vasta zona conquistada al frente de las viejas trincheras, dos expediciones menos desastrosas que las anteriores y dos reconocimientos del rio Negro por agua y tierra hasta Choele-Choel: hé aquí

lo que en materia de defensa de Frontera debió el país al Gobierno de Sarmiento. Era mucho en relacion á las tristes cosas del pasado; nada era en el sentido de la solucion radical.



XCVI

Pero los indios no permanecieron inactivos mientras el Gobierno de Sarmiento procedía así. El reconocimiento del río Negro en 1868, fué seguido por otro que en 1872 practicó el coronel Guerrico, y esto alarmaba hondamente á los salvajes. En su agitación nos señalaban la meta, el supremo objeto de la guerra: *Choele-Choel*. Las expediciones de Rivas y Arredondo los habían inquietado por otra parte. Era evidente que la Civilización tomaba la ofensiva y parecióles necesario salir á su paso, declarando la guerra y moviendo las huestes araucanas sobre las campiñas pobladas del Oriente.

El pretexto fué dado por un hecho bochornoso de cierto jefe de Frontera, que en paz descansa.

Estaban reducidas á la Cristiandad la tribu de Catriel y las tribus de los caciques Manuel Grande y Chipitruz. Las últimas eran muy ricas en ganados y en prendas de plata.

Los *catrieleros*, como los llamaban, concibieron el plan de apoderarse de esos ganados y riquezas, á cuyo efecto promovieron intrigas inauditas para provocar un choque armado.

El se produjo por desgracia. Mas aguerridos y valientes los de Manuel Grande y Chipitruz, hubieran triunfado sin esfuerzos; pero Catriel contaba con el jefe de la Frontera, que puso á su servicio las fuerzas nacionales.

Con ellas hizo una sorpresa y degollacion de sus rivales, cosechando el botin apetecido.

Para justificar tamaña infamia, ocurrida á las puertas del Azul, el jefe aludido ofició al Gobierno avisando que acababa de sofocar una sublevacion de los indios y pedia grandes castigos para los prisioneros.

Los sublevados lo eran tanto, que 300 lanceros de los derrotados, reaparecieron en la comandancia *General Paz*, con sus caudillos al frente, pidiendo el amparo de la Nacion contra las infamias del jefe del Sur.

Este entró al Azul despues de la jornada ébrio y quemando cohetes, mandó echar las campanas á vuelo, asistió á orgías nocturnas, hizo fuego personalmente sobre algunos vecinos pacíficos y provocó una acusacion del Juez de Paz Botana, en los términos mas bochornosos para un jefe nacional. No se presenciaban espectáculos iguales ni entre los mismos indios en el regreso de sus *malones* afortunados.

El Gobierno, empero, aprobó la conducta de su

subalterno, por sorpresa no cabe duda, y ordenó que los 300 infelices refugiados en *General Paz*, fueran desarmados y deportados á Martin Garcia.

El gefe de aquel fuerte coronel Boer, que habia amparado noblemente á los indios, quedó sorprendido de semejante resolucion y como carecia de elementos para desarmarlos á viva fuerza acudió á un ardid: les pidió que concurriesen sin armas á recibir raciones. Asi lo hicieron con plena confianza, pero fueron rodeados, aprisionados y tratados con toda consideracion.

Algunos de estos infelices, robados y castigados por la avaricia y las intrigas de un gefe nacional, viven todavía en Martin Garcia, gimiendo en la más injusta y odiosa cautividad.

Si por amor á mi Pátria no suprimiera algunas páginas negras de la Administracion Pública en las Fronteras y de la conducta de muchos comerciantes, se veria que algunos de los feroces alzamientos de los indios, fueron la justa represalia de grandes felonías de los cristianos, que los trataban como á bestias y los robaban como si fueran idiotas cargados de joyas y abandonados en media calle á altas horas de la noche.

CALLVUCRÁ supo las infamias de que Manuel Grande y Chipitruz eran objeto, y apareció en el 25 de Mayo, como en 1859, al frente de seis mil indios confederados, de los cuales 3,500 eran de pelea, y de tropas elegidas en todas las regiones del Imperio.



XCVII

Los indios de Raninqueo, vivian reducidos y de la labranza en el Oeste de Buenos Aires, y CALLUCURÁ, los tomó prisioneros y los llevó al Desierto, para evitar, decia, que fueran víctimas de alguna nueva picardía del cristiano.

Es preferible dar la palabra al mismo CALLUCURÁ. Estaba acampado en la *Verde*, famosa dos años más tarde por el combate entre las fuerzas del general Mitre y del coronel Arias. De allí escribió al coronel Boer, lo siguiente:

La Verde, 5 de Marzo de 1872.

Señor coronel:—Hoy le participo que el dia 5 me vine á sorprender al cacique mayor Andrés Raninqueo, con toda la indiada, asi es que me vine con

seis mil indios, á vengarme por la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chipitrúz y demás capitanes, en fin, muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande.

JUAN CALLVUCURÁ.

Terrible leccion! El bárbaro abandonaba el Desierto para castigar en nuestras inocentes familias fronterizas, las grandes iniquidades que el Gobierno Nacional no habia sabido reprimir en sus subalternos.

La invasion fué espantosa. Habia en las campañas del Oeste y del Sur una emocion indescriptible, trasmitida por el cañon disparado sucesivamente en los fortines. Desde 1859 no se presenciaba una irrupcion semejante de los vándalos.

Ciento cincuenta mil cabezas de todos los ganados, quinientos cautivos, trescientos muertos y muchas poblaciones quemadas: tal fué la venganza feroz de CALLVUCURÁ.

No lo puedo olvidar. Era yo noticiero de *La Prensa*. Buenos Aires ardia de sobresalto é indignacion, porque las fuerzas del Oeste eran insignificantes para oponerse al paso del invasor.

Las noticias desesperantes, recibidas por momentos, aumentaban la angustia de cien familias, vinculadas á centenares de personas residentes en la vasta comarca invadida.

La agitacion pública llevada á altas temperaturas por la prensa, repercutió estrepitosamente en el Congreso, cuando se recibió la noticia de que el ge-

neral Rivas salía del Azul, á cortar la retirada y librar batalla al enemigo con fuerzas insuficientes é improvisadas.

En verdad, tan alarmado y sorprendido estaba el general Rivas mismo, como los acongojados vecindarios, por donde paseaba los penachos de cerda de sus lanzas el salvaje.

Apenas podía aquel brillante general oponerle un puñado de soldados. Los cuerpos de línea aparecían deshechos, y los de guardia nacional, improvisados de la noche á la mañana, carecían de resistencia eficaz para cruzar lanzas con la caballería vocinglera é ímpetuosa de la Pampa.

La marcha de Rivas al encuentro de CALLUCURÁ es una de las páginas audaces de su vida militar, porque él conocía al Soberano y á sus lanceros. Rivas era, en efecto, de los 1855 y 1857, era de los vencidos en Sierra Chica y Tapalquen!

Salió de la frontera y resueltamente se internó en el Desierto á ocupar las aguadas de la ruta forzosa del enemigo, en la *Cabeza del Buey*. (1)

Pero los vaqueanos los perdieron en las tinieblas de la noche y fatigó sin provecho los caballos y la quebrantada moral de su ejército *casi salvaje*.

En tan adversas circunstancias recibió chasqui del bizarro coronel Juan Carlos Boer, comandante de la Frontera del Centro. Estoy, le dice, en San Carlos, encerrado en el fuerte con un puñado de

(1) Inmediaciones del próspero pueblo de Bolívar ahora.

hombres y el enemigo marcha á sitiarme con fuerzas notablemente superiores.

La táctica de CALLVUCURÁ en Sierra Chica!
¡Mientras con mil indios sitia á Boer, con dos mil quinientos hace pedazos el peloton de Rivas! Este gefe efectuó entonces una marcha hermosísima de flanco, que burló la hábil combinacion estratégica del Cacique, entrando resueltamente con su reducida hueste á la línea de Frontera. Se interpuso entre CALLVUCURÁ y Boer, y, sacando á éste de sus trincheras, marchó al campo de San Carlos á librar una de las mas bárbaras y heróicas batallas campales que los indios hayan sostenido con las tropas argentinas, y la última comandada en gefe por el Gran CALLVUCURÁ.



XCVIII

He clasificado de “casi salvaje” la division de Rivas, porque en ella predominaban los indios, y esta circunstancia imprime su fisonomía *singular* á la batalla de San Carlos.

Rivas no tenia soldados he dicho, y se entrega á los *indios amigos*. Catriel reune 800 lanzas, Coliqueo 200.

El viejo Catriel muerto en su reduccion de Nievas hacia un año, dejó el mando de las tribus á su hijo Cipriano, uno de los indios mas arrogantes, hermosos y de salvaje continente que he conocido.

Era, sin embargo, un fanático por las cosas cristianas. Tenia casa propia en el Azul y flagelaba su tribu por inducirla en los rumbos de la Civilizacion.

Aspiró mucho tiempo al empleo de General de

la Nación, y el Gobierno de Sarmiento le dió un nombramiento mistificado: *Cacique General*. Vestía por eso el uniforme de general de division y lo llevó siempre dignamente, pagándolo en San Carlos, como vá á verse, de una manera heróica y decisiva.

El general Rivas apenas podia formar 220 hombres de línea y 200 de caballería miliciana. Era inútil salir al encuentro de 3500 ginetes aguerridos y bravos, con este peloton. Buscó el apoyo de Catriel en consecuencia.

— Compadre—le habia dicho el cacique engreido del papel culminante que se le confiaba — quiero que mis indios se porten como cristianos.....

Pero los indios se negaban á pelear con sus hermanos y apenas rota la marcha de sus toldos de Nievas se sublevaron. Catriel, apoyado en fuerzas de línea, afrontó vigorosamente el motin, cegó sus cabezas y advirtió á los indios que estaba dispuesto á acabar con ellos, antes que abandonar cobardemente á las tropas cristianas.

Tal era la columna más fuerte de la division Rivas y esa la moral de la caballería que iba á oponerse á la caballería hasta entonces invencible del salvaje.



XCIX

El Sol aparece.
Las armas agudas
Relucen desnudas. (1)

Los ejércitos avanzan! CALLUCURÁ habia hecho marchar 2500 indios campo afuera con los inmensos, colosales arreos, que ponía en salvo, mientras entretenía al Cristiano en la batalla.

Las polvaredas oscurecían el horizonte. Eran cien mil vacas! Treinta mil yeguas y veinte mil ovejas!

El con 3500 lanzas venía con la seguridad plena de destruir á Rivas, contando con los indios de

(1) Echevarria— La Cautiva.

Catriel, entre los cuales tenia parciales resueltos á pasársele.

Rivas unido á Boer apenas formaban 365 hombres de línea y 300 cristianos recientemente movilizadas, que valian poco como tropa de combate. Los mil hombres restantes de sus fuerzas eran indios!

Hé aquí la formacion desplegada por los generales de ambas líneas en esta famosa batalla.

GENERAL RIVAS

Ala derecha—800 lanceros indígenas, comandante *Cacique General* Cipriano Catriel.

Centro—2º batallon de línea, 170 plazas. — 9º de Caballería de línea, 50 plazas — *Total* 220 *hombres* — Comandante coronel D. Nicolás Ocampo.

Ala izquierda — 5º batallon de infantería de línea, 95 plazas — 5º regimiento de caballería de línea, 50 plazas — Vecinos armados 150 — *Total* 295 cristianos y 150 indios de Coliqueo — Comandante, coronel D. Juan Carlos Boer.

Reserva y caballada — Comandante Francisco Leyria, 200 indios y guardias nacionales.

CACIQUE CALLVUCURÁ

Ala derecha — Division chilena, aliados de Chile, 1,000 lanzas, tres regimientos, comandante *Cacique Principal* *Reuque-Curá*.

Centro—Division Salinas Grandes, 1.000 lanzas, tres regimientos de indios salineros y de Pincen, comandante *Cacique General* *Catricurá*.

Ala derecha—Division chilena, aliados de Chile

y Neuquen, 1,000 lanzas, tres regimientos, comandante Cacique General *Manuel Namuncurá*.

Reserva – Division ranquelina, 500 lanzas, dos regimientos, comandante Cacique General *Epugner*.

Los indios maniobraron lucidamente. Marchaban en cinco columnas paralelas, guardando distancias tácticas y con guerrillas al frente y desplegaron sus líneas al toque del clarín con limpieza veterana.

CALLVUCURÁ recorrió sus regimientos y los proclamó, recordándoles los triunfos de ántes, asegurando que los indios de Catriel se pasarían. Previno á todos los comandantes de unidades que pelearan *pié á tierra* como los infantes, para probar al Cristiano que valían tanto como él....

Y mandó tocar ataque.

Los indios respondieron con tal estrépido de gritos, que temblaban asorados los caballos del Cristiano; y los aires se poblaron de su alarida favorita de guerra, entónces tan temida como el disparo mismo del cañón:

— Yá.... yá.... yá.... yá.... yáá.... yááá... yáááá.... yááááá....

El clarín tocó *pié á tierra*.....

Corría aún el tiempo del fusil y carabina fulminante y los indios estaban acostumbrados á venirse sobre el humo para lancear veteranos.

La batalla era para Rivas, dadas sus fuerzas, puramente defensiva. Así, al ser cargados por masas otras veces superiores á las suyas con impetuosidad

indescriptible, mandó echar pié á tierra y trabar caballos. Decía en el parte oficial de la jornada:

“ Estos movimientos fueron hechos con la precisión y velocidad que el caso requería, produciéndose en el mismo instante el choque de las fuerzas, donde *pié á tierra las dos líneas, trabóse el mas reñido y sangriento combate á lanza, sable, cuchillo y bola, del que puede decirse, sin ejemplo, en estas guerras.*”

La izquierda nuestra estaba conmovida. La caballería cristiana de Boer doblada y lanceada. Ni Boer, ni Rivas mismo, pudieron lograr que los indios de Coliqueo pelearan contra sus hermanos, y el 5º de línea, el bravo 5º de línea, la columna de este costado, reducido á un puñado, pero con toda la fibra de su organizador Levalle, era lo único que allí quedaba peleando uno contra cinco, cargado, acuchillado, sin esperanzas . . .

En el centro el *correntino* Ocampo luchaba de las mechas y á brazo partido con los infantes indígenas, conteniéndolos sangrientamente, pero agobiado siempre por el número. Eran 220 contra mil!

La derecha confiada á Catriel ofrecía un espectáculo grandioso. Dos mil indios frente á frente! Catriel brillaba en el campo como un general Cristiano, por su decisión, por su pericia por su lealtad, por su heroísmo

Había desmontado 600 indios y los apoyaba con 400 lanzas á caballo. En el primer choque

fué sangrientamente rechazado. El indio ardia de corage.

— Ellos no pueden ser más guapos que nosotros, gritaba á sus dispersos y los arrojaba de nuevo á las filas.

Comprendia que sus indios se fingian vencidos y mandó un ayudante á Rivas con éste mensaje.

— Que me preste 50 tiradores para fusilar á los cobardes

Los tiradores llegaron á las órdenes de Domingo Rebuccion y Catriel formó aquellos á retaguardia de sus indios, hizo fusilar algunos que evidentemente desobedecian y llevó á los demás personalmente al ataque con un brío extraordinario.

Los *pampas* viéndose traicionados por los de Catriel los acometieron con ira y estos, obligados á defenderse, se entreveraron á facon y bola, mientras Catriel, al frente de 400 lanceros, flanqueaba y cargaba á fondo á su enemigo, rechazándolo por completo. Reuque Curá rehace sus regimientos para volver á la revancha cuando Rivas llega, proclama á los indios amigos vencedores, abraza á Catriel y le grita:

— Dáme tus 400 lanzas y sostente aquí hasta morir con los tiradores de Domingo, miétras voy á salvar el Centro

CALLVUCURÁ que vé deshecha la izquierda cristiana, dispone una hábil maniobra: carga al Centro, fuerte pero pequeño, con la division Salinas de *Catricurá* y las reservas ranquelinas; y hubiera ganado estrepitosamente la batalla, cuando rom-

pió un fuego vigoroso el 2º de línea, entusiasmado por Ocampo y llegó Rivas con los indios de Catriel y la reserva de Leyria arremetiendo firmemente, de tal manera, que despues de un cuarto de hora de entrevero la línea enemiga fué rota en dos trozos y sableada por Boer que se rehacia y por Catriel, que bramaba de valor y de gloria, aclamado por todas partes como el héroe de la jornada.

La persecucion no podia ser eficaz y CALLVUCURÁ se internó desolado á Salinas Grandes con mucho botin, á pesar de que Rivas reunió 70,000 vacas, 15,000 caballos y todas las ovejas!

Habian quedado en el campo 300 indios enemigos muertos, más de 200 heridos, aparte de los que podian huir sosteniéndose sobre el caballo. Nuestras pérdidas eran grandes. CALLVUCURÁ, obeso, viejo y vencido murió de pena pocos meses despues en su toldo de Chilihué, miéntras sus aliados caminaban hácia Chile á negociar el botin que tan caramente habian pagado (1).

(1) Fundo esta relacion en los partes oficiales publicados en la Memoria de Guerra y Marina de 1872 y en informes verbales comunicados al Autor por el General Ignacio Rivas, Cacique Catriel, Capitan Sierra del 5 de línea (finado ya) y caciques Platero, Carupan, Huen huquir, Nahuel-Pichí y Namuncurá, gefes principales de CALLVUCURÁ en la batalla de San Carlos.



C

Doscientos veinticuatro caciques concurren al *Circo* de Chilihue para celebrar el Gran Parlamento que debia aclamar al sucesor de CALLUCURÁ. Desprendidos de todas las comarcas del Imperio, representaban las diferentes tribus y todos los linages de la Pampa. Estaban allí los Piedra (*Curá*), los Laguna (*Lavquen*), los Rios (*Leuvú*), los Médanos (*Lóo*), los Sierras (*Mahuida*), los Tigres (*Nahuel*), los Leones (*Pumá*), los Zorros (*Gner*), los Avestruces (*Choiqué*), los Aguilas (*Nancú*), los Cóndores (*Manque*), los Ciervos divinos (*Huemul*), los Tordos (*Chili ó Trili*), los Cigüeñas (*Canqueñ*), y los Guanacos (*Luan*).

Los hijos mayores del difunto Soberano presentaron á la Grande Asamblea el Arbol Genealógico

de la Dinastía. Es el siguiente, (1) con la edad actual de los que viven :

VARONES

Príncipe, HEREDERO DEL TRONO, hermano Mayor, JOSÉ MILLA-QUEU-CURÁ, (*Milla*, oro — *Queu*, parece — *Curá*, Piedra) — *Piedra Parecida al Oro*, probablemente la *Pirita de Hierro* — Vendia cautivos á Buenos Aires, como se recordará en 1858 y tenia sus toldos en *Guaminí*.

SEGUNDO HERMANO — Juan Morales, *Catricurá*, (*Catri*, rota — *Curá*, Piedra) Guerrero famoso. Uno de los primeros generales de division de la Pampa, en sus batallas contra el Cristiano. Mandaba el Centro Indígena en la famosa jornada de San Carlos.

TERCER HERMANO Manuel *Namuncurá* (*Namun*, Pié — *Curá*, Piedra) Ahijado del Capitan General Justo José de Urquiza, que le dió el nombre de Almanaque que lleva — Alojado en Buenos Aires en este momento en el Cuartel del 1º del 1º — 63 años de edad.

CUARTO HERMANO — Alvarito *Reumay-Curá*, (*Reu*, planta de sabor acre, por estension se llama así al hombre de carácter duro, cruel — *May*, Sí,

(1) El Soberano vencido MANUEL NAMUNCURÁ alojado en el Cuartel del ter. batallon del Primer Regimiento, me lo ha dado personalmente hace pocos dias, así como confirmó en presencia del Mayor Garcia y varios oficiales, los datos en que fundo los capitulos principales de este trabajo en lo referentes á las cosas de Tierra Adentro.

partícula afirmativa—*Curá, Piedra*: “Duro como Piedra”)—Compadre del coronel Alvaro Barros, cuando este mandaba en Olavarria. De ahí el nombre de Alvarito—60 años de edad. — Emigrado en Chile ahora. La primera lanza de los indios de Salinas Grandes y el mas cruel con los cristianos.

QUINTO HERMANO—Mariano *Carúmanque-Curá*, (*Carú*, verde—*Manque*, Cóndor—*Curá*, Piedra, “Piedra del Cóndor Verde”) Forma parte del séquito de *Namuncurá* y lo he conocido en el cuartel del 1º.

SEXTO HERMANO—Pereyra *Carúpan-Curá* (*Carú*, Verde — *Pan*, espalda—*Curá*, Piedra)—50 años de edad, emigrado en Chile — Diplomático afamado entre los indios, uno de los embajadores que en 1859 fueron á San José — y de los que en 1878 llegaron á Buenos Aires á reclamar el Carahué al Dr. Alsina. Entónces lo conocí y traté mucho obteniendo preciosas referencias sobre la vida de la Pampa. Es uno de los indios que más me han llamado la atención: de hermosa presencia, inteligente, caballero, amigo del Cristiano.—Comandaba siempre un regimiento de lanceros, considerado como evolucionista en el campo de batalla.

SÉPTIMO HERMANO — *Melicurá*, (*Meli*, cuatro — *Curá*, Piedra) Gefe de caballería, sin importancia —Comerciante con los chilenos, donde reside emigrado.—48 años de edad.

OCTAVO HERMANO — *Juan Miauln-Curá*, (*Miauln* vendedor de ciertas cosas — *Curá*, Piedra — “Vendedor de Piedras”). Emigrado en Chile — 48 años

—La misma edad del anterior, hijos de diferentes esposas de CALLVUCURÁ.

NOVENO HERMANO — Vicente *Milla-Curá* (Piedrade Oro) caciquillo sin mérito, acompaña á Namuncurá en Buenos Aires. Es hijo probablemente de cautiva, porque faltan en su fisonomía algunos de los rasgos prominentes del indio puro — 40 años.

DÉCIMO HERMANO — *Antú-Curá*, (*Antú*, Sol — *Curá*, Piedra) Emigrado en Chile, 40 años — Sin importancia.

DÉCIMO PRIMERO — *Púlqui-Curá*, (*Púlqui*, flecha — *Curá*, Piedra: “Flecha de Piedra”) 38 años de edad. Emigrado en Chile, insigne boleador de avestruces, diversion y negocio que preferia al de las invasiones, razon por la cual era mal querido en la Côte y le llamaban: *El Maula*.

DÉCIMO SEGUNDO — *Huichá-Curá*, (*Huichá*, parada — *Curá*, Piedra: Piedra Parada). Este indio de 38 años de edad, emigrado en Chile, estuvo en San José en 1859, y cayó en gracia al Capitan General, que lo agasajó singularmente. A su regreso á los toldos todos le llamaban: *Urquiza*.

DÉCIMO TERCERO — *Liev-Curá*, (*Liev*, blanca, *Curá*, Piedra Cuarzo) 35 años de edad, se distinguia por la frecuencia y buena fortuna de las pequeñas invasiones que traia siempre á la Costa Sur de Buenos Aires.

DÉCIMO CUARTO — José María *Curá* — 26 años — Hizo sus primeras armas en la batalla de San Carlos, como ayudante de campo de CALLVUCURÁ.

DÉCIMO QUINTO — *Pichi Namuncurá*, (*Namun-*

curú—*Fichi*, pequeño ó *Chico*, como ellos dicen) Fué el último hijo del cacique, 23 años, emigrado en Chile.

MUJERES

Josefa *Cañayllancatu-Curú* (*Canay*, de *Ca é Iney*, ser amiga, afecta; *llancatu*, collares; *Curá*, Piedra). Está en Buenos Aires con *Namuncurá*.

Rupállancatu Curú—(*Rupá*, pasar -- *Llancatu*, collar *Curú*, Piedra).

Amillancatú Curá. Emigrada con sus hermanos en Chile. (*Ami*, irse *Llancatu*, collar — *Curá*, Piedra: Se vá con el collar). Está en Chile.

Inay Caghé—(*Inay*, amiga *Caghé*, una ave preciosa llamada entre los indios *pata pिकास*) — *Sequia á la pata Pिकास*. En Chile.

Manuela Rufina. En Chile.

PRÍNCIPES SOBRINOS

Hijos de *Namuncurá*, hermano mayor de *CALLVUCURÁ*, admitidos en la Corte y Consejo de los *Curá*:

Juan José *Levicurá - Levi*, voladora; *Curá*, Piedra Insigne lenguaraz, habla perfectamente el castellano. Acompaña á *Namuncurá* y le ha servido de intérprete ante los generales *Roca* y *Victorica* en sus recientes visitas.

Vicente Milla Leuvu Curá—*Milla*, oro — *Leuvu*, río, — *Curá*, Piedra.

Melicurá Chico — “Cuatro Piedras Chico”

para distinguirlo del Grande, su primo hermano *Milla Curá*.

Hay dos mujeres llamadas *Llengney*, que está en el Azul casada con uno de los antiguos caciquillos de Catriel y *Rupayllancatu*.



CI

Faltan en este árbol Genealógico de la Côte Salinera, todos los hijos, probablemente algunas docenas, que CALLVUCURÁ tuvo en mujeres, que no eran reconocidas como las esposas oficiales, mantenidas en su toldo.

Falta además uno de los Grandes Príncipes, y nada ménos que uno de los sucesores en el mando. Don *Bernardo Namuncurá*. *Manuel Namuncurá* le niega el título de hermano y apenas le reconoce el de arrimado y criado en el toldo imperial.

Sin embargo, Bernardo vive, es hijo de CALLVUCURÁ y tan soberano de las reliquias de su tribu como Manuel, nuestro huésped.

Hé aquí los orígenes de esta discordia de los

principes á consecuencia de la cual, Manuel niega á su hermano Bernardo.

El Gran Parlamento ante el cual comparecia la enlutada y gloriosa familia de CALLUCURÁ (1) halló incuestionable los derechos de *Millaqueu Curá*, el hermano mayor, para asumir el mando de la *Nacion Llalmatche*; pero su hermano *Manuel Namuncurá*, desconoció aquellos títulos por razones de Estado.

—Mi hermano es el mayor, es cierto, decia. Lo respetamos y queremos; pero la Nacion está primero que todo y mi hermano no tiene capacidad para gobernar... Vamos á la ruina.... Se necesita un Gobierno peleador é inteligente para tratar con el Cristiano.

En verdad, Milláqueucurá era un pobre diablo, un zote. Habria servido de instrumento á las ambiciones subalternas y se preveia con razon la anarquía de las tribus.

Manuel habia atraido á sus ideas á sus hermanos *Bernardo Namuncurá*, el mismo á quien ahora llama *Guacho*, á *Alvarito Rumaycurá*, y á la princesa *Carayllancatucurá*, que como he dicho lo acompaña ahora en Buenos Aires.

Esta india, á quien he conocido el otro dia, de 45 años de edad á lo que parece, de una fisonomía sin belleza pero atrayente, gozaba de grande favor entre los indígenas porque mucho la habia distin-

(1) Informes de Manuel Namuncurá al Autor.

guido CALLUCURÁ, y fué la primera influencia de la Côte.

Los príncipes herederos estaban, pues, unidos para resistir á su hermano mayor, y como mandaban los principales regimientos del ejército indígena la guerra civil era inevitable.

El Soberano legal era demasiado torpe para hacer cosa alguna de provecho en pró de sus partidarios, que eran los caciquillos revoltosos y discolos, soñadores con una libertad ilimitada de accion, si el reino pasaba á manos inhábiles.

En acaloradas deliberaciones, que demoraban la solucion, se habian pasado ocho dias, y al noveno Manuel Namuncurá ejerció presion en el Parlamento, señalando á Alvarito que con 600 lanzas hacia ejercicios aparentemente *en honor* de la Asamblea, no muy lejos de ella, sobre los médanos de Chilihué.

Negar el mando á *Millaqueucurá*, no era la menor de las dificultades. Aparecia la de designar uno de los otros hijos para ocupar el trono, y en éste punto la asamblea se dividió de un modo que amenazaba ser sangriento.

Aspiraba Manuel *Namuncurá* apoyado por Alvarito y la princesa *Canayllancutucurá*; y se le oponia firmemente Bernardo *Namuncurá* con el apoyo de los generales *Catricurá*, *Carupan*, *Meli-Curá* y *Carumanquecurá*.

La guerra civil era la única solucion, porque unos y otros tenian regimientos á sus órdenes y la voluntad de no ceder.

Los ancianos intervinieron con elocuencia patriótica y el nudo gordiano fué cortado.

Millaqueucurá, era declarado inhábil para ejercer las altas funciones del Gobierno.

Se constituiría un *Triunvirato* para gobernar la Nación Llalmache, y fueron aclamados para formarlos los siguientes hijos de CALLUCURÁ:

Cacique General Manuel Namuncurá.

Cacique General Bernardo Namuncurá.

Cacique General Alvarito Reumaycurá.

Manuel cobró desde ese día un ódio mortal á su hermano Bernardo; y hoy que se halla en Chile proscrito y en la miseria lo borra del árbol genealógico, que *ad-effectum* de raciones y reparto de tierras en el Rio Negro, acaba de presentar al Gobierno Argentino.

En el tomo I de *La Descripcion Amena de la República Argentina* (1) he publicado una estensa y documentada narracion de los drámaticos sucesos de éste Parlamento, el más famoso é im-

(1) « Llegamos á la puesta del Sol al parage llamado la Rinconada por una abra que allí forma el bosque, y frente á la cual se encuentra una de las mas interesantes ruinas de la civilizacion embrionaria de los araucanos. Es el *Circo*, donde celebraban sus parlamentos, borracheras y bailes públicos, durante varios días y varias noches, en diferentes épocas del año, principalmente en el equinoccio de verano, con cuyo motivo se reunian indios que viven de ordinario diseminados en tolderías esparcidas en una área de algunos miles de leguas cuadradas.

« En todo el trayecto, desde mi salida de Salinas Grandes hallo y contemplo las ruinas de la poblacion araucana, de sus aduares, corrales y sembrados. Al lado del *Circo* existe todavía el cuerpo de una tolderia importante, una aldea de tiendas de cuero. Perteneció al Cacique Alvarito *Reumay*.» (Descrip. Amena de la República Argentina, tomo I, pág. 184 y 185.)

portante que se haya realizado en los desiertos argentinos.

Recomiendo la lectura de esos curiosísimos documentos, que formaban parte del Archivo del Gobierno de Salinas, que con sus sellos en bronce conservo.

Allí puede leerse el *Acta* de nombramiento de los Triunviros, suscrita por 224 caciques, la cual prueba que Bernardo Namuncurá tiene el mismo derecho que Alvarito y que Namuncurá al gobierno de la tribu.

Al visitar á éste cacique en el cuartel hace pocos días, le hice estas observaciones y él contestaba visiblemente contrariado:

—Bernardo no Cacique . . . *Secretario* no más.



CII

Imagínese la situación de *Millaqueucurá* después de la declaración de la patricia asamblea. Algunos indios lo comparaban por desprecio á un perro sarnoso. Estaba, en efecto, abandonado á la bebida y á los vicios, después del derrumbe estrepitoso y murió en 1879 en Chilihué á manos de soldados de la división del Coronel Levalle, cuando sorprendió á los salvajes en el mismo *Circo*, dónde se reunió el Parlamento de 1873 para nombrar soberanos, entregados á las borracheras y bailes del equinoccio de verano.

Alvarito es un indio ladrón, pendenciero, borracho consuetudinario, encarnación de los más repugnantes vicios de la especie humana. Feroz con indios y cristianos parece dominado por una abominable

neurósis de sangre. Un hombre de estas calidades, no podía mantener ileso la magestad del Gobierno, ni atender sus exigencias con la capacidad necesaria.

Bernardo Namuncurá tenía una de las mayores desgracias en la vida pública del Desierto: era un maula, y como tal amaba la intriga, el chisme y la lisonja.

Se rodeaba de los cortesanos más bajos y los valientes capitanes á quienes esos pretendían zaherir é indisponer con el Gobierno, le cobraron gradualmente ódio y desprecio.

Manuel Namuncurá audaz, listo, de vasto talento, valeroso en el campo de batalla como un héroe, sóbrio en los vicios inherentes á la Barbarie, prudente y fuerte, afable y generoso, fomentaba las causas del desprestigio de sus hermanos, y ganaba la opinion de los suyos de una manera señalada y en 1875, cuando declaró la guerra al Dr. Alsina, era ya el único Soberano hecho del vasto Imperio y lo gobernó de un modo que él y CALLVUCURÁ serán recordados como las dos figuras culminantes de la Pampa entre soberanos y guerreros.



CIII

Apenas instalado el Gobierno de los Triunviros, acreditaron cerca del Argentino una mision diplomática de cuarenta caciques y capitanejos, solicitando las paces, que la batalla de San Carlos hacia necesarias.

Al mismo tiempo despacharon embajadores cerca de los caciques poderosos de la Araucania con el objeto de conservar la alianza, dando garantías cumplidas sobre los sentimientos de union y recíproco auxilio, de que se sentian animados los Triunviros respecto á aquellas naciones lejanas y afines.

Esta embajada respondia además á la mision especial de pedir á los grandes caciques 4000 lanzas para la guerra que el Gobierno de Salinas Grandes

declararía mas tarde al Argentino sinó aceptaba las condiciones del tratado que habia promovido.

Mientras la diplomacia pampeana se agitaba en el Azul y en Araucania, sus guerreros acosaban las fronteras en todas direcciones. Invadían á Junin, al Norte de Buenos Aires con 700 lanzas y pequeñas partidas mantenian en tribulacion permanente á los vecindarios de aquella Provincia y á los de las fronteras de Santa-Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza.

Interrogados los embajadores sobre esta conducta llena de doblez y de perfidia, se sinceraban audazmente solicitando tiempo hasta recibir comunicaciones de su Gobierno. Estas no tardaban, en efecto. Los *Triunviros* pedian á sus diplomáticos se apresuraran á comunicar al Gobierno, que algunos capitanejos enemigos de la paz, y que no podian someter á la obediencia, campeaban por su respeto en las fronteras. Con esta doble táctica de negociar en el Sur mientras *maloqueaban* en el Norte, aseguraban el botin.

Las condiciones de las paces eran estas:

1º El Gobierno Argentino pagará anualmente á los Triunviros y sus indios un tributo de cuarenta mil pesos fuertes oro, cuatro mil seiscientas vacas, seis mil yeguas, cien bueyes de labor, prendas de plata, telas, *vicios* (yerba, azúcar y tabaco), jabon, sal, uniformes de general, etc.

2º El Gobierno de Salinas Grandes entregará todos los cautivos que viven en sus toldos, á razon de cuarenta pesos fuertes oro, cada uno.

3º Por su parte los indios se comprometen á no invadir *oficialmente* y á dar aviso de las invasiones que preparen los capitanejos rebeldes ó desobedientes al Gobierno de Salinas.

Es oportuno advertir que los titulados *rebeldes* daban siempre una parte del botin á los caciques superiores, y que los avisos de estos á los gefes de Frontera, llegaban despues que los robos eran consumados y asegurados.

•



CIV

Presentian los Triunviros que el recuerdo de la jornada de San Carlos influiria en el Gobierno Argentino, para no aceptar las condiciones humillantes que proponian y segun su vieja táctica, apresuraban su alianza con los caudillos chilenos.

El Cónsul Argentino en Angol (Chile) y el Gobernador de Mendoza, en efecto, comunicaron al Gobierno Argentino que en Araucania reinaba la mayor agitacion belicosa, disponiéndose á pasar los Andes tres mil guerreros, en camino de Salinas Grandes para llevar un asalto al Azul.

A la vez que los indios apoyaban sus pretensiones de paz con este movimiento armado, se dirijieron al Dr. D. Federico Aneiros, Obispo de Aulon, en los términos mas lisonjeros, encargándolo de pesar con su influencia sobre el Gobierno Argenti-

no, para obtener el tributo que pretendian imponerle.—Querian la supresion de los gefes de Frontera y entenderse directamente de Gobierno á Gobierno. Hablaban así:

Al Señor Ilustrísimo Obispo Diocesano de Aulon capitular de Buenos Aires y de todas las Repúblicas, D. Federico Aneiros.

Salinas Grandes, 11 de Junio de 1873.

Mi muy respetable señor Obispo; tengo la mayor complacencia en contestar á la mas importante de nuestro Señor Ilustrísimo con fecha del mes de Febrero 28 que hemos tenido el gran gusto de recibir, para mas alegria tener la felicidad de recibir el retrato del señor Ilustrísimo, y es á quien adoramos todas las tribus de este desierto, teniendo en vista el gran personage del Señor Ilustrísimo por el Capitan Tapia que se hallaba presente en reunion del parlamento, preguntándole mi Padre el señor General al Capitan mencionado, que lo hizo sentar á su lado que le hiciera comprender el respeto del Señor Obispo, entónces le dá á conocer, que el señor Obispo era un segundo Dios en la tierra á quien teniamos todos que humillarnos á sus pies y besar su mano, y como Vd. comprende y hay Dios que formó á todo el mundo y á nosotros, el Sr. Obispo es todo nuestro respeto en la tierra al ser impuesto de su contenido mi Señor Padre el Señor General estrechaba en sus brazos el retrato del Señor Ilustrísimo

y nos pasó en seguida á todos sus hijos y fué saludado por todos los Caciques y Capitanes y demás tribus que se hallaban en gran número, no quedando uno de aquella reunion que pasase sin tenerlo en manos y besar su mano, así es que en este sentido ha sido recibido y aplaudido el retrato del Señor Ilustrísimo Señor Obispo, toda esta justificacion que interpongo en nota fué sancionada el dia siguiente 2 de Mayo todo esto fué practicado por mi padre el General D. Juan Calfucurá. Por consiguiente, á los pocos dias entró á ir disminuyendo de su salud resultando el más triste acontecimiento en la que falleció nuestro Señor Padre el dia 3 del presente como á las 10 de la noche, lamentable circunstancia nada menos de quedar huérfanos, motivos poderosos que hoy solo no tenemos más amparo despues de Dios que el Sr. Obispo sabia mirarnos con ojos de humanidad y hacer cuanto esté en sus atribuciones por estas desgraciadas familias del desierto; tambien le somos sumamente gratos á los buenas finezas que ha hecho y hace por nosotros; y que hará cuanto le sea posible y comprendiendo las verdaderas razones del señor Obispo, vamos á ver las disposiciones nuevamente del señor Gobierno y hacer en cuanto esté en mí cumplir.

Y pongo en conocimiento al Exmo. Señor Obispo los pedidos que le hago al Sr. Gobierno, pidiendo cuatro mil seiscientos animales, de racion y cosas de vino y cuarenta mil pesos plata, cuatro vestuarios de generales y prendas de plata y recaos todo completo de plata, cuatro sueldos y los sellos, y cien

bueyes para trabajar, y los demás pedidos en la mandada lista al señor Ministro de la Guerra, y sí espida poblacion del largue yo no lo permito, tan solo que el Señor Obispo, esto lo llamaré cuando yo éste de descansado de la gran pena por el fallecimiento de mi padre, pero por hacerlo no permitiré que me gobierne ningun general, yo no me entenderé más que con el segundo Dios, que es el señor Obispo y el Superior Gobierno”.

.....

MANUEL NAMUNCURÁ.

El Dr. Aneiros dá el pésame en los términos siguientes.

Obispo de Aulon y Vicario Capitular.

Buenos Aires, 11 de Junio de 1872.

Al Sr. Cacique Segundo de las Tribus Amigas del Desierto.

Tuve mucho placer en recibir su muy apreciable carta de 11 de Junio, aunque me recuerda el gran dolor que han sufrido por la muerte del Sr. General su señor Padre, cuya sensible noticia la habia tenido ya dias anteriores, sin poderlos olvidar desde entonces.

Agradezco mucho el honor que me hacen y la buena voluntad que me manifiestan.

Haré todo lo que pueda y tan pronto como me sea posible, hoy no puedo aunque quiero; pero rei-

tero que he de hacer todo lo posible (por los tratados).

Sin más queda de Vd. su afmo. S. S.

FEDERICO ANEIROS. (1)

A pesar de tan alta é influyente mediacion las paces fracasaron y la guerra se desencadenó con fragor sobre todas las fronteras del Sud, desde Bahía Blanca á San Rafael.

(1) Documentos originales y autógrafos del Archivo de los indios de Salinas Grandes en mi poder



CV

Los araucanos adoptaron nueva táctica. Los auxiliares de Chile no llegaban porque los caciques trasandinos pedían tiempo para levantar sus cosechas (1) y los de las Pampas no podían presentar tropas bastante fuertes para batirse en batallas campales con las guarniciones cristianas. Invadieron simultáneamente varios puntos en columnas volantes y causaron en nuestras filas desgracias deplorables, — algunas de ellas entre escenas horrorosas y heroicas.

El Teniente Coronel Heredia del 2º de caballería de línea salió del fuerte *General Paz*, al Oeste de Buenos Aires, con 120 carabineros á ba-

(1) Telégrama del Gobernador Villanueva de Mendoza publicado en LA PRENSA de 1873.

tir una de aquellas invasiones, y habiéndose adelantado algunas leguas, con 30 hombres al mando del teniente Montes, encontró de improviso al enemigo, comandado por el Cacique Pincen, el más valeroso, temido y sanguinario, de los guerrilleros del Desierto.

Eran 200 los indios. Heredia fué rodeado y cargado con impetuosidad asombrosa. Era de raza de bravos y lo eran tambien sus soldados de tal suerte que se entreveraron á sable, lanza, facon y bola. Cuarenta indios habian tendido á sus piés nuestros héroes cuando comenzaron á notarse á su vez diezmados.

En media hora de combate desesperado y feroz estaban muertos veintiocho de los veteranos y solamente sobrevivian el Comandante Heredia, el teniente Montes y el *trompa* de órdenes.

Uniéronse los tres en la aspiracion del sacrificio sublime, arremetieron sable en mano para salir del cerco delanzas que los rodeaba y lo realizaron, matando enemigos sin ser afortunadamente heridos.

Matar un gefe de importancia y valiente era siempre para los bárbaros la mas grande de las victorias, y se precipitaron con furia indescriptible sobre el grupo de fugitivos.

En poco tiempo los cortaron y mientras unos perseguian á Montes, los demás, el grueso, se ensañaba contra Heredia y el *trompa* Lopez, que sugetaban sus caballos para no rematarlos y se contentaban con dejar siempre á los indios á una cuadra á retaguardia.

El teniente Montes ganó mayores ventajas. Montado en un soberbio caballo llevaba diez cuadras adelante al enemigo, y haciendo alto en un médano, echó pié á tierra valientemente, y sacó el freno.

Heredia y el trompa acosados, oyendo á tiro de pistola el fragor de la gritería salvaje, picaban sus buenas monturas y volvían á ganar terreno, moderando despues la carrera. . . .

Al ver á Montes en tierra sus perseguidores se golpeaban la boca. . . .—*Matau cristiano!*. . . .esclamaban y se lanzaban sobre él; pero á cien metros Montes enfrenó, saltó á caballo partiendo como el halcon cazador.

Los indios quedaron lejos, despechados. . . .mientras el otro grupo, que llevaba siempre á dos cientos metros á Heredia, desesperaba de alcanzarlo.

Montes corrió media legua, hizo alto, volvió á sacar el freno, aflojó la cincha y cuando los indios vociferaban muy cerca, recomenzó la carrera en aquel caballo soberbio, que como el caballo del árabe, parecia comprender que era el depositario de una vida preciosa.

Montes repitió con gran serenidad su táctica salvadora tres veces y á la última miraba ya cercano el fortin *Rifles*, como la tierra soñada de la esperanza y acaso de la vida: pero su vista buscaba en vano al comandante Heredia y una polvareda que corria á la derecha le reveló la escena terrible que lo envolvía, alejándolo por desgracia del fortin.

Montes picaba por última vez su caballo y en frenética carrera llegó á *Rifles*, dónde asorada lo esperaba una guardia de cinco soldados. Se tiró á tierra, corrió sin pronunciar palabra al bastion, parado en él quedó como hombre petrificado, fija la mirada llena de angustia y de terror en la lejana polvareda.

La guarnicion lo contemplaba ansiosa. El oficial del fortin lo interrogaba inútilmente.

Montes derramaba lágrimas sin decir una palabra.

La polvareda se disipó poco á poco y retornando Montes á la vida exclamó:

— El comandante muere!

Y el cañon de alarma tronó desde *Rifles* á derecha é izquierda en cien leguas de fronteras, como un grito solemne de horror y de amargura. (1).

Mientras tanto en el grupo de indios que perseguia al valeroso Heredia, sobresalia un esbelto é imponente araucano, cuyo caballo ganaba terreno visiblemente. El indio agitaba las boleadoras y una griteria feroz de la horda hizo comprender á Heredia, que el tiro era seguro.

Su caballo estaba, en efecto boleado.

El trompa se arrojó al suelo con sublime y heroica abnegacion y con el puñal cortó las boleadoras; pero Heredia, convencido de que era inútil

(1) Esta version la debo al coronel Marcelino E. Freyre, gefe del 7 de línea que ocupaba con el Regimiento de Heredia el Fuerte *General Paz*, todos á las órdenes del coronel Hilario Lagos, y se publicó en LA PRENSA de 1873. El teniente Montes era hijo del popular Boletero de Colon.

huir, quiso recibir de frente la lanza que amenazaba su espalda.

Cuando los indios llegaron se había desmontado ya y aquellos oyeron que Heredia se empeñaba en que huyera el trompa, mientras él peleaba, á lo que el noble soldado contestaba y á gritos como un reto lanzado á la faz del enemigo:

--Lopez muere con su comandante!.

Heredia y Lopez abandonaron sus caballos, para no tener estorbos, y á pié, solos, rodeados de ciento cincuenta lanzas, quemaron sus municiones y rompieron sus espadas vertiendo sangre enemiga antes de entregar la propia. (1).

(1) Estos detalles fueron revelados por los mismos indios que lo mataron y que el coronel Lagos tomó prisioneros, despues, como va á verse.



CVI

Más allá, en la línea de Santa Fé libra combate al arma blanca el teniente coronel Undabarrena y si el sable del veterano alcanza la victoria es con el doloroso sacrificio de este valeroso gefe, en cuyo pecho se clavan diez lanzas á la vez.

No lejos marcha la expedicion del ingeniero Luis A. Huergo, estudiando la traza del Ferro-carril Trasandino de la concesion Clark, y los indios vienen á reconocerlo.

—¿Qué haceis en nuestros campos? ¿Quién os ha dado permiso para medirlos? De órden del Cacique General que os retireis en el acto, porque de lo contrario os pasaremos á cuchillo.

Los indios aguardan la respuesta sobre las lomas

inmediatas. Huergo necesita fortificarse y entra en negociaciones. El capitanejo no escucha condicion alguna. Su orden es terminante: impedir los estudios ó matar al Cristiano.

El mayor Orellana del 8º de caballería es el gefe de la escolta de Huergo y siente hervir la sangre, miéntras el ingeniero improvisa un baluarte con carros y bagajes.

Orellana desoye los pedidos de Huergo y arremete al enemigo. Una nube de polvo oculta á los combatientes, se escucha el clamoreo de la lucha salvage y cuando el polvo desaparece el valiente Orellana es un herido agonizante y los bárbaros asaltan el convoy dando fuego á los campos.

Un lago de llamas envuelve al ingeniero cuyo campamento, como un islote, flota, sin embargo, en la atmósfera de la Vida. Huergo arma de palas la gente, carpe un ancho camino alrededor, y cuando el indio se advierte burlado, huye á la carrera á sus desiertos.

A la derecha de Huergo, en la ruta de Villa de Mercedes á los *Rancúles*, el mayor José Jauregui, una de las fisonomías varoniles más hermosas que he conocido, unida al gallardo cuerpo de un granadero, echa pié á tierra con sus tropas de vanguardia y se bate cuerpo á cuerpo y con fortuna, mientras llega el ayudante Orlandini con los infantes famosos de Ivanowski.

Al partir de un sablazo la lanza que se dirige á su pecho, Jauregui queda preso de una espuela enredada en las pajas, hace esfuerzos para zafar, cae

de espaldas y el salvaje lo ensarta y clava en el suelo.

No es más feliz el mayor Ortega y muere heroicamente en otro encuentro como sus valientes camaradas.

•



CVII

La guerra de recursos daba grandes frutos á los indios. El temerario arrojo de nuestros veteranos encontraba al frente un enemigo firme y temible al arma blanca.

Dos tenientes coroneles, tres sargentos mayores, varios oficiales subalternos y cien soldados han regado con su sangre los palenques de la porfiada lucha.

Los bárbaros habian ántes reaparecido sobre el *Fuerte General Paz*, enlutado con la muerte de Heredia y donde Lagos, Freyre, Winter, Godoy, Rudecindo Roca y Santos Plaza anhelan el momento de vengar al camarada. El enemigo no es sentido. Acecha oculto, en las cercanías de los fosos y los cadetes Balquiza y Zenteno, que salen á

atar sus caballos al campo, son asaltados. Al día siguiente sus cadáveres aparecen desnudos y las cabezas cortadas, sobre los baluartes.

El coronel Lagos no era hombre de recibir provocaciones de esa feroz naturaleza, sin correr resueltamente á la revancha y equipando un puñado de soldados, selanza lleno de esperanza á los desiertos, dónde habian fracasado fuertes ejércitos y sorprende y acuchilla las primeras tolderías enemigas en la laguna de las *Tunas*.

Era la más débil y la más feliz de las expediciones hasta entónces realizadas; pero con todo nada más que un triunfo parcial.

Poco tiempo despues los indios vociferaban á seis leguas de la ciudad del Rosario, la opinion pública tocaba á rebato en la cuestion fronteras, el Congreso era teatro de ruidosas y cómicas interpe-laciones al Ministro Gainza y la guerra civil de 1874, comprometia las fuerzas fronterizas, dejando la campaña á la merced de los salvages del desierto, miéntras que los de Catriel seguian á Rivas, para formar parte del ejército mitrista, hasta que el general Mitre, asumió el mando y ordenó que regresaran á sus campos de Nievas.

Lo que los indios de Catriel y los de Tierra Adentro hicieron en las fronteras durante esa lucha fratricida, es cosa de no referirse sin horror.

Pero esos días aciagos pasaron y la cuestion Fronteras fué resueltamente acometida por un hombre: el Dr. D. Adolfo Alsina, Ministro de la Guerra.



CVIII

Era el Dr. Alsina uno de nuestros hombres de Estado, favorecido por una clara inteligencia, cuyo cultivo habia descuidado pagando tributo á las agitaciones políticas, á que consagró los mejores años de su vida.

La falta de una sólida preparacion científica, aparecia equilibrada en su personalidad por calidades de carácter; que lo levantaron al primer rango entre los políticos argentinos. Eran ellas, sobre todo, la consecuencia á la amistad, la energía de su alma y la perseverancia en sus empresas, unidas á una honestidad probada.

Fué hombre de pensamiento. Manejaba una palabra fácil, emitida con voz de timbre argentino y atrayente, con una mímica caballerezca y elegante.

Poseía los elementos del orador parlamentario en estado latente; pero carecía de tiempo y reposo para desenvolverlos. Sus discursos pudieron alcanzar la nota famosa de la elocuencia, y sin embargo, no salvaron el nivel de la mediocridad.

Algunos de ellos son notables, no precisamente por la erudición y las galas literarias con que vestía su trama, sinó por el calor de convicción y de sinceridad que les comunicaban una vida extraordinaria.

Como tribuno popular su gesto altivo, su arrogante figura, la voz agradable, el entusiasmo fogoso que destellaban sus palabras, le aseguraban la voluntad y las aclamaciones del auditorio.

Era hombre de acción al mismo tiempo, de espíritu templado para afrontar sin vacilaciones los momentos difíciles, y esta cualidad le valió la adhesión de ciertas masas del pueblo, que están siempre resueltas á acompañar hasta el sacrificio á los hombres de corazón.

El Dr. Alsina comenzó su carrera política en los aciagos tiempos de la división entre Buenos Aires y las Provincias, y como la educación del hombre refleja siempre el ambiente en que la adquiere, él era localista. Su corazón se formó en el seno de aquellos soñadores que proclamaban la República de Buenos Aires desde el arroyo del Medio hasta la Tierra del Fuego.

La influencia de esta vieja y desgraciada escuela del localismo, se debilitaba gradualmente en su alma, porque los acontecimientos proclamaban con

vigor irresistible que nada grande y glorioso era posible implantar en la tierra argentina, sinó bajo el lábaro del sentimiento Nacional.

Así mismo el Dr. Alsina fué perjudicado en los últimos años de su vida pública, por las influencias amortiguadas del pasado. Su fisonomía política, si bien salvaba los límites de Buenos Aires y se había remontado hasta la Vice-Presidencia de la República, tenía no sé que tinte provincial y no alcanzaba la firme acentuación nacional que hace de Roca, de Mitre, de Sarmiento, de Alberdi, de Rawson, de Avellaneda las figuras culminantes de la Pátria.



CIX

Alsina comprendia toda la importancia de la cuestion frontera. La habia palpado como Gobernador de Buenos Aires, y al presentar su candidatura para la Presidencia de la República en lucha con las de Mitre y Avellaneda, ofrecia la solucion del problema, como uno de los actos principales de su Gobierno.

Vencido en la lucha replegó sus fuerzas sobre las del Dr. Avellaneda, aceptó la cartera de Guerra y Marina y cumplió fielmente sus promesas:— el primer acto del Dr. Alsina, como Ministro de la Nacion, fué pararse resueltamente á la faz de la Barbarie.

Dos sistemas se presentaban para abrir la campaña. El sistema español, es decir, la adquisicion

de zonas sucesivas, por medio de líneas permanentes de frontera, atrincheradas, interpolando pueblos entre ellas; y la extraccion de raíz de la fuente del mal, como el agotamiento colosal de los lagos holandeses: es decir, el asalto incesante de los indios en sus tolderías hasta destrozár las tribus aniquilando su espíritu nacional y arrojando sus reliquias dispersas á Chile, para ocupar con las tropas la línea del rio Negro.

El primer sistema prolongaba indefinidamente la Guerra; el segundo la resolvía en un año por la victoria completa.

Para escoger uno de los dos sistemas, era necesario conocer á fondo la cuestion fronteras y, sobre todo, sus grandes factores: la naturaleza de los terrenos ignorados del Desierto, el carácter del poder militar del salvaje y las calidades especiales necesarias en los gefes llamados á afrontar una guerra, completamente peculiar en sus formas, comparable á la de los romanos con Yugurta y Massinisa ó la de los franceses con las tribus argelinas.

El Dr. Alsina no estaba preparado, ni dominaba estos grandes elementos, cuando acometió la mas grande empresa de su vida, y á esta sola circunstancia atribuyo los errores que le impidieron llevar nuestras armas al Rio Negro, antes de extinguirse el fuego patriótico de su alma.— El Dr. Alsina al frente de los indios era una voluntad asombrosa, pero no un general preparado.



CX

Adoptó en consecuencia el viejo sistema español. Recogió la idea sometida por el general Ignacio Rivas al Gobierno de Sarmiento, para avanzar la frontera á Carahué, ganando al Desierto de dos mil quinientas á tres mil leguas de terreno.

En las primeras sesiones de 1875 solicitó del Congreso autorizacion para invertir hasta “ dos-
“ cientos mil pesos fuertes para fundar pueblos,
“ establecer sementeras, formar plantaciones de
“ árboles y levantar fortines fuera de las líneas
“ actuales de frontera.” (1)

Escribió al general Roca, Comandante en Jefe de las fronteras del Interior, consultándole su plan.

(1) Mensaje del 25 de Agosto de 1875.

Esta consulta promovió un interesantísimo debate epistolar, publicado ya y que vierte luz completa sobre la materia. (1)

El general Roca condenaba el plan del Dr. Alsina fundado en razones puramente militares, y proyectaba atacar á los indios con todo el ejército del Sur, marchar sin regresar á la frontera sobre sus rastros y sugetar los caballos en las playas del Rio Negro.

El Dr. Alsina replicó condenando la guerra ofensiva y aceptaba la ocupacion del Rio Negro para tiempos futuros, sosteniendo que para ir hasta allí era forzoso seguir el plan gradual, de las paralelas fortificadas coloniales, sobre las posiciones enemigas, comenzando por D. Juan de Garay, aplicado por los vireyes hasta el Rio Salado, adelantando por Rosas hasta el Azul y por Sarmiento hasta Lavalle y Rio Quinto.

El Dr. Alsina no se proponia estirpar al enemigo, sinó someterlo á los viejos tratados, que nos imponian un tributo humillante y enorme; y él creia lograr por completo su plan situando cerca de sus toldos, en Carahué, las fuerzas nacionales. Las siguientes palabras de su Mensaje al Congreso, espresan con claridad completa su objetivo y la condenacion clara de la línea del Rio Negro y de las expediciones contra el salvaje, que nos han dado, sin embargo, la solucion tanteada durante tres siglos:

(1) Estudio Topográfico de la Pampa y del Rio Negro, por Manuel José Olascoaga, etc.

“ Empezar por cubrir la línea del Rio Negro, dejando á la espalda el Desierto, equivale á querer edificar reservando para lo último los cimientos.”

“ El Rio Negro, pues, debe ser no la primera, sinó por el contrario, la línea final en esta cruzada contra la Barbarie, hasta conseguir que los moradores del Desierto acepten, por el rigor ó por la templanza, los beneficios que la Civilizacion les ofrece. Y si se ha de juzgar por lo que sucede en otras tribus que viven sometidas, no es dándose esperar que el éxito sea satisfactorio.”

“ *Si se consigue que las tribus hoy alzadas se rocen con la civilizacion que va á buscarlas; si se les cumple los tratados; en una palabra, si ellas, que solo aspiran á la satisfaccion de las necesidades físicas, palpan la mejora en su modo de vivir puramente material, puede asegurarse que el sometimiento es inevitable.*”

“ *El Poder Ejecutivo, aleccionado por una larga experiencia, nada espera de las expediciones á las tolderías de los salvajes para quemarlas y arrebatarles sus familias, como ellos queman las poblaciones cristianas y cautivan á sus moradores.*”

“ Esas expediciones destructoras, para regresar á las fronteras de donde partieron con botines que rechaza hasta el espíritu de la civilizacion moderna, solo conduce á irritar á los salvages, á hacer mas crueles sus instintos y á levantar la barrera que separa al indio del cristiano.”

El general Roca replicaba desde el Rio IV ofreciendo al Dr. Alsina la gloria de una solucion completa: — “ Los fuertes fijos en medio de un desierto, “ decia, matan la disciplina, diezman las tropas y “ poco ó ningun espacio dominan. Para mí el ma- “ yor fuerte, la mejor muralla para guerrear con- “ tra los indios de la Pampa, y reducirlos de una “ vez, es un regimiento ó una fraccion de tropas de “ las dos armas, bien montadas, que anden cons- “ tantemente recorriendo las guaridas de los indios “ y apareciéndoseles por donde menos lo piensen.”

“ Las dificultades de la línea del Rio Negro, de “ que tanto se ha hablado, no están á mi juicio, “ en el hecho de posesionarse de ella, para lo que “ bastarian mil quinientos ó dos mil hombres, sinó “ en arrojar á los indios de los campos que ocupan “ y no dejar uno solo á la espalda.”

“ Yo me comprometeria, Sr. Ministro, ante el “ Gobierno y ante el país, á dejar realizado esto “ que dejo expuesto en dos años, uno para prepa- “ rarme y otro para efectuarlo.”

Si el Dr. Alsina hubiera conocido á fondo la cues- tion fronteras habria aceptado con alborozo estas ideas en 1875 y en el otoño de 1877 habrian acam- pado sus tropas en el Rio Negro y él hubiera exha- lado su último suspiro entre la claridad de una de las mas puras glorias de la Civilizacion Argentina.



CXI

No es este plan lo que dará al Dr. Alsina la gloria de ser recordado entre los benefactores de la Frontera, sinó las condiciones extraordinarias en que lo acometió, desplegando calidades y fuerzas de gigante.

Habia comenzado por destacar á los desiertos una comision de ingenieros para adquirir ligeras nociones de los territorios de Carahué, y los indios la rechazaron declarando que no permitirian, ni en paz ni en guerra, la realizacion de sus propósitos.

La Confederacion Indígena preparada durante dos años por los *Triunviros*, estaba ya consolidada sobre las mismísimas bases de la de 1855 y su ejército de cuatro mil lanzas acampaba en Salinas Grandes, con numerosas caballadas de reserva.

Una hábil y secreta embajada habia negociado ya con los indios reducidos de Nievas. Estos perdieron durante la guerra civil de 1874 al general Cipriano Catriel, héroe de San Carlos, tomado prisionero por el Ejército Nacional, mientras servia en la Revolucion acaudillada por el general Mitre y lanceado en Olavarría.

La tribu quedaba así libre de la única influencia temida y capaz de mantenerla en la fidelidad al Cristiano, y ofreció sus mil lanzas á los Aliados de Salinas.

El rumor de estas negociaciones llegó á Buenos Aires y el Dr. Alsina partió sin pérdida de momentos al Azul, conferenció con los indios en *Parlamento* pleno y creyó dejar conjurada la tormenta.

Apenas se puso en marcha para la Capital resonó á sus espaldas la alarida del salvaje y 4000 lanzas, á las órdenes del *General don MANUEL NAMENCURÁ* (así se titulaba) acamparon en Sierra Chica, á los veinte años cabales de la victoria alcanzada allí mismo por CALLVUCURÁ sobre el General Mitre.

En 1875, como en 1855, aquellos campos eran un triste desierto. La poblacion apenas se estendia una legua mas allá del fortin Olavarría, y estaba reducida á la morada de don Eulalio Aguilar.

Conocí á este honorable sugeto en 1879, en esa famosa poblacion del paso de Tapalquen, al pié de la Sierra de las *Dos Hermanas*. El General Roca lo visitó en la misma época: era, á la verdad, el heróico hermitaño de la Pampa.

Hombre culto, noble tipo, de alta y elegante talla y robusto cuerpo, de fisonomía fina, venerable é imponente, terminada en densa y luenga barba blanca, con una solemne espresion de tristeza y de resignacion en los ojos, traia á la memoria el Moisés grabado por Doré para la Biblia.

Habia vivido veinte años allí, en lucha diaria con los indios, haciendo vida de martirio.....

—Vea Vd. doctor, me decia, raspando el suelo con el taco de su bota.....

¿Qué veia? Tierra negra y cenizas. Eran las huellas de las cinco casas que le habian quemado los salvajes.....



CXII

La tribu amiga, apenas acampado NAMUNCURÁ en Sierra Chica, lanzó el grito de la rebelion y á las órdenes del Cacique Juan José Catriel, hermano del general lanceado, marchó con la chusma y los ganados á incorporarse al ejército Confederado.

Formaba así la hueste indígena cinco mil lanzas en este orden:

Vanguardia—Division Salinas Grandes, 1,500 lanzas, comandante Cacique General Pincen.

A la izquierda—Division Chilena, auxiliares de Araucania, 1,000 lanzas, Cacique General *Reuque Curá*, hermano del finado CALLUCURÁ y tio de los Triunviros.

Centro—Division Catriel, 1,000 lanzas, Cacique General *Carupancurá*.

A la derecha—Division Purrán, auxiliares de las faldas argentinas de los Andes, 1,000 lanzas.

Reserva—Escolta de *Namuncurá* division Pincen 500 lanzas. Total 5,000 ginetes. (1)

Los *rancúles* no concurrían. Estaban en paz con el Gobierno mediante un tributo anual de más de 150,000 patacones.

El Azul, rodeado hasta las chacras como acaeció en 1855, su campaña saqueada, las fuerzas de línea divididas y aisladas en la impotencia, las lejanas divisiones Villegas, Freyre y Winter, realizando marchas tremendas, que aniquilaban sus caballos, para cortar el camino al enemigo, fuera de las líneas de fortines, y los bárbaros esparcidos sobre una zona de millares de leguas, ricas en ganados y poblaciones cristianas, desde Tapalquen á Bahía Blanca, retirándose con un botin colosal de 300,000 animales y 500 cautivos, despues de matar 300 vecinos y quemar 400 casas: tal era el cuadro, á que asistía con horror la Nacion entera!

Freyre y Winter incorporados en el Fuerte *Lavalle*, á 30 leguas del Azul, salieron al paso al enemigo. El campo parecia un mar de ganados cuyo tropel, relinchos y mugidos, mezclados á la vocería de los indios, atronaban el aire.

El choque fué insignificante. Corria ya el tiempo del rémington, los salvajes no querían librar batalla, sinó asegurar su botin y huyeron con la mitad, dejando en poder de las fuerzas nacionales 150.000 cabezas.

(1) Informes de varios caciques prisioneros, recogidos por el Autor.



CXIII

El suceso precipitó al Dr. Alsina á realizar el avance de la línea de fronteras de la época de Sarmiento, hasta Carahué, pero los hechos demostraron lo que hé afirmado: que el Dr. Alsina tenia la voluntad, pero no la preparacion necesaria é ignoraba el terreno, los elementos del ejército que iba á mover, y hasta de la administracion militar de que era jefe.

La expedicion debia partir en Marzo comandada por él mismo, y á su llegada á Lavalle, donde se concentraba el ejército que consideraba listo, lo halló sin caballos, desnudo y escaso de pertrechos y de racionamiento. El habia dispuesto que todo eso marchara con grande anticipacion, pero sus órdenes no habian sido ejecutadas!

Decía el Dr. Alsina:

“ La expedición no pudo llevarse á cabo á principios de Marzo porque los artículos de Comisaría no llegaron á la línea de Frontera en oportunidad, y esto, *parece increíble, sucedió, en parte porqué faltaron fondos en un pueblo cabecera de ferro-carril para pagar algunos fletes de carretas.*

“ *Y he dicho, en parte, porque concurrieron otras causas que pueden considerarse inherentes á las deficiencias de nuestros medios de Administración.*

“ *Y las consecuencias de la postergacion del movimiento fueron fatales.*” (1).....

El Dr. Alsina consideraba además, como un contratiempo no ménos funesto, la sublevacion de Catriel, que reforzaba al enemigo con 1,000 lanzas de caballería veterana y nos privaba de estos auxiliares concedores del misterioso Desierto.

Era entrado Marzo de 1876 cuando una nueva invasion de tres mil indios confederados, aparecía en la costa Sud de Buenos Aires.

Fué un habilísimo movimiento de los Aliados.

Sabedores de que el ejército se reconcentraba en Lavalle, aparecían en fuertes escuadrones sobre su flanco derecho reclamando allí toda su atencion.

(1) El Dr. Alsina escribió un libro interesantísimo sobre su campaña, titulado *La Nueva Línea de Fronteras*. (Memoria Especial presentada al H. Congreso Nacional) 1877 págs. 80 y 81. Memoria Especial, pág. 78.

Flanqueado Alsina tuvo necesariamente que acudir á la cita que le daban los indios, con otro inmenso botin, en la Laguna de *Parahuil*, partido de Juaréz. Levalle, al frente de las fuerzas expedicionarias, marchó rápidamente y sableó al enemigo, recuperando sinó todo la mayor parte del inmenso arreo.

Pero los indios habian logrado su propósito de aniquilar los caballos del ejército que los amenazaba y Levalle se incorporó al Dr. Alsina, con los recados al hombro de los soldados, como suele decirse en la Frontera (1).

(1) Informes del General de Division, D. Nicolás Levalle al Autor — publicado ya en el tomo primero de la *Descripcion Amena de la República Argentina*, con una historia completa de estos sucesos. Pág. 95 y siguientes.



CXIV

La situación política de la República era por otra parte tremenda y pavorosa. El Gobierno vivía en el vacío de la opinión.

La revolución estaba decretada y era dueña de todos los ánimos; reclutábanse públicamente los elementos, se pretendía minar el ejército de línea; los emigrados argentinos en Montevideo no cesaban de inquietar al Gobierno; el pueblo mostrábase remiso en el pago de las contribuciones; la renta nacional disminuía considerablemente; la crisis económica, haciendo estragos, ponía á la Nación al borde del abismo de la bancarrota; el Presidente vivía rodeado de guardias y el Dr. Alsina pernoctó muchas veces sobre los techos de los cuarteles erizados de bayonetas, esperando el estallido popular.

La prensa y la opinion pública hacian recio é implacable fuego al plan del Dr. Alsina; el general Roca, la mas alta figura militar del ejército, lo combatia tambien en una fundada y séria exposicion de ideas que hizo en *La República*, y los diarios amigos ó de la intimidad del Dr. Alsina no lo ayudaban. El mismo dijo:

“ En cuanto á la prensa imparcial ó amiga, observaba una conducta hasta cierto punto indiferente; los que la dirigian, no teniendo fé ni en el hombre ni en la idea, ni en los medios, preferian conservarse neutrales antes que apoyar ó condenar lo que les era desconocido. (1).

Tal era la atmósfera y tales los acontecimientos que envolvieron al Dr. Alsina, cuando en el fuerte *General Lavalle* (al Sud) pretendia marchar á Carahué. Su espíritu indomable vacilaba, y convocó una junta de gefes.

Espuso sus penas y sus dudas, la angustiosa impotencia á que parecia condenarlo un cúmulo de fatales circunstancias y pidió consejos á los que debian resolver con la espada los problemas que él habia planteado. El valiente Levalle trazó el rumbo definitivo.

— Señor Ministro, dijo, pienso que debemos marchar y morir si es necesario con los recados al hombro, en cumplimiento del deber que hemos aceptado. Pienso tambien que este es el momento de que los que somos patriotas y amigos de vd.

(1) Memoria Especial citada, pág. 78.

demos una prueba de ello, acompañándolo con firmeza á buscar la victoria . . .

Y el 24 de Abril de 1876 Levalle ocupaba el hermoso terreno, donde hoy florece el pueblo Alsina.



CXV

El primer año de permanencia en Carahué fué de espantosa zozobra.—Las tropas habian llegado con ropa de verano en pleno invierno, á una latitud dónde el termómetro baja de cero.—Al clima lluvioso y austral de Carahué apenas podian oponer carpas imperfectas y abrigos insuficientes.

La fatiga parecia superior á la misma fuerza humana. — Desde la alborada en lucha con el enemigo feroz, astuto, implacable; de noche con el pico y la pala, en los fosos y en los báluartes.

La leña, supremo y único consuelo del soldado en las adversidades del Desierto, era conquistada del poder del enemigo, regando con sangre el campo que la producía! ¡Ni abrigo, ni tiendas, ni fuego, á 6º bajo cero!.

La alimentacion comenzó por ser mala y se agotó al fin, interviniendo en ella las bestias inútiles, los perros y las alimañas de los campos.

Los caballos mismos, especie de artillería en la táctica peculiar del Desierto, sucumbian por centenares á la tremenda fatiga, al clima, á la diferencia de pastos y sobre todo, al encierro constante á que los forzaba la asechanza perseverante del salvaje.

Los campos ardian en todas direcciones, y detrás de las llamaradas aparecian agigantadas y como mónstruos vengadores las figuras de los indios vigilantes.

Las enfermedades habian puesto fuera de combate á no pocos gefes, oficiales y soldados; y la desercion se desarrollaba de un modo doloroso, provocando castigos extremos.

Levalle era un mártir. En tres meses su negro y largo cabello se matizó de las canas que hoy ostenta. A los padecimientos físicos que á todos aquejaban por igual desde el coronel al soldado, unianse las grandes emociones morales, la responsabilidad del mando y las preocupaciones que inspira un porvenir sombrío, cuando todos parecen vacilar á su rededor y faltan hasta las esperanzas del auxilio salvador.

—Yo era un loco, me decia el coronel Levalle, mas que un loco, un demonio insoportable. (1)

(1) Versiones del coronel Levalle al Autor publicadas en la obra citada pág. 99.

Hablaba á gritos, mi gesto era colérico, mis ojos chispeaban y no dejaba de apoyar la mano en el cabo del revolver, porque esperaba por momentos que alguien me pegara un tiro, no pudiendo soportarme y desesperado como yo.....

Cuando los heróicos veteranos parecen abrumados por las fatigas y la miseria, Levalle hace tocar ¡*A caballo!* marcha sobre los tristes campos quemados, agita sus tropas con la esperanza de batir al enemigo, despeja su frente con fortuna, y regresa á levantar nuevos bastiones, exhortando á las suyos con las palabras de la verdad heróica, en la gloriosa órden general de Guaminí:

“ *Camaradas de la division del Sur!*

“ *No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos.....*

“ *Estamos en la última miseria; pero tenemos deberes que cumplir!*



CXVI

Seis meses habian trascurrido sin noticias, sin recuerdos del hogar, sin auxilios materiales como si vivieran en una isla abandonada en el seno del Océano! Las comunicaciones estaban interrumpidas, porque el araucano, que rodeaba los campamentos de toda la línea, de Puan, Carahué, Guaminí y Tenquedlavquen, vigilaba los caminos, y el ejército tenia á la espalda el Desierto. Del Azul, base de operaciones á Carahué, corrian 64 leguas!...

Y cuando á comienzos de 1877 llegaron noticias ;mas bien no hubieran llegado!

Con la indignacion legítima de los que ven desmoronarse la obra á costa de tanto sacrificio alzada, el Dr. Alsina escribia al coronel Levalle:—
“ *La opinion pusilánime y cobarde por lo gene-*

“*ral, desespera del sostenimiento de la línea de Carahué. El Gobierno mismo sin recursos y sin crédito, piensa ya en su retiro. ¿Cuál es su opinion?*” (1)

Además había hecho pasar al Cacique *Namuncurá*, la contestacion al reclamo de Carahué que este indio formulaba altivamente. Esa desconocida é importantísima nota del Dr. Alsina está en mis manos por una portentosa casualidad. Fué hallada en el Desierto, cubierta por las arenas de un médano, entre las aguas de las lluvias, con el Archivo y Sellos del *Gobierno de Salinas Grandes*, á que varias veces me he referido.

En ella el Dr. Alsina, revela que su última esperanza era hacer tratados con los indios, colmándolos de regalos, de honores y tributos; y para lograr esos tratados, no vacilaba en abandonar la línea de Carahué.

A fin de distraer la opinion pública manteniéndola en la ignorancia de lo que acaecia, el Dr. Alsina suprime el Secretario y escribe de su puño y letra, de fecha á firma, todo un pliego de papel de oficio. El esperaba sin duda, presentar los indios sometidos, para atenuar el efecto que la retirada causaria en la opinion; y habria podido decir de su sistema de *Ocupacion Permanente*: — ¡Hé ahí un resultado decisivo: los indios desarmados!

Pero desarmada estaba la tribu de Catriel y sin

(1) Informes del Coronel Levalle al Autor, publicados en la obra citada, pág. 100.

embargo, se habia sublevado en 1855 y en 1875, sembrando horrores entre sus amigos de la víspera!

Hé aquí el famoso documento:

Ministerio de Guerra y Marina.

Buenos Aires, Setiembre 30 de 1876.

Sr. Cacique General D. Manuel Namuncurá.

En contestacion á la nota de Vd. que me ha entregado el capitan Solano (1) paso á decirle la respuesta.

El Gobierno Nacional ha ocupado á Carahué y los otros puntos que Vd. sabe, no porque los necesite, sinó porque quiere garantirse contra los robos que Vd., Catriel y Pincen, ayudados por indios estrangeros, hacen en nuestros campos.

Con mucho hablar y con mucho escribir, no hemos de adelantar camino, ni hemos de hacer tampoco las paces.

Me hace Vd. en su carta la historia de su derecho á las tierras de Carahué.

Yo podria contestarle haciéndole tambien la Historia del derecho de mi Gobierno, á las tierras de Tres Arroyos, Necochea, Juarez, Azul, Olavarría, Tapalquen y otras mas, donde los indios entran siempre que pueden, para robar, matar, cautivar y quemar.

(1) En esta nota los indios reclamaban el desalojo inmediato de Carahué, ó el pago inmediato de doscientos millones de pesos papel moneda y un tributo colosal. La firman los *Triunviros* y un chileno Freyre, Ministro Secretario. La he publicado en mi citada obra pág. 165 y conservo el original.

Después de hacer con Catriel el último tratado en el Azul, tratado al cual faltó de la manera más traidora, le escribí á Vd. invitándole á un Gran Parlamento para hacer tratados y al cual yo asistiría personalmente. Su contestación fué evadir y ayudar á Catriel para que se sublevara.

En mi carta anterior le decía y ahora se lo repito, que hago la guerra solamente á los dos Catrieles, no á sus capitanejos, ni tampoco á la gente de ellos.

Si quiere, créame. Cuando Catriel estuvo frente de Olavarría en Parlamento á principios del mes de Agosto, dejó un indio para que fuese portador de mis proposiciones.

Pregúntele si ha recibido algunas. Para terminar y para darle una prueba de que el Gobierno no le engaña cuando le dice que está dispuesto á hacer tratados con Vd. le propongo lo siguiente:

Las fuerzas del Gobierno se retirarán de Carahué, Puan, Guaminí, Tenquedlavquen é Italloo y ocuparán una línea que pase por el Sauce y por el Tordillo. (1)

Cada tres meses recibirá Vd. el racionamiento en hacienda, yerba y tabaco en la cantidad que se convenga. (2)

Vd., sus parientes, hermanos y demás capitanejos, recibirán un sueldo con arreglo á sus clases.

Esto es lo que el Gobierno les ofrece. Si Vd.

(1) 40 leguas á retaguardia de Carahué, camino de San Carlos.

(2) Racionamiento para veinte mil indios.

acepta necesito saber cuales son las garantías que Vd. me dá de que su tribu no invadirá ni dejará invadir á los chilenos ni á Catriel.

El capitan Solano deberá ser despachado por Vd. con la respuesta á esta carta antes de cumplirse veinte dias de haber llegado á los toldos de Vd.

Si despues de haber recibido esta nota me invadiese ó permitiere que otros lo hagan, antes de que Solano esté aquí de vuelta, quiere decir que lo que Vd. busca es la guerra con el Gobierno y entonces le haré el gusto haciéndosela á Vd. como no se la imagina. Acepte lo que le propongo que es lo que mas le conviene.

Le saluda S. S.

ADOLFO ALSINA.

Los indios aceptaron estas proposiciones aparentemente porque querian ganar tiempo. Alsina les volvió á escribir. La segunda nota es ya de Secretario, y aunque casi destruida por el agua de los médanos—dice claramente de esta manera:

Ministerio de Guerra y Marina.

Buenos Aires, Febrero 25 de 1877.

Al Cacique General D. Manuel Namuncurá.

El capitan Rufino Solano no quiere ir á los toldos, porque dice que sabe positivamente que lo van á matar.

Creo que esto no será una dificultad para hacer los tratados, desde que Vd. acepta la propuesta que le hice en mi nota anterior. He comisionado al

comandante Winter, para que represente al Gobierno en las negociaciones y Vd. nombrará á la persona que lo ha de representar á Vd.

Le recomiendo mucho que sea una persona capaz y bien autorizada, pues el comandante Winter tiene encargo de asegurarse de buenas garantías para que se cumpla lo convenido.

El comandante Winter por su parte le dará garantías á Vd. en todo sentido.

Espero que esta será la última que le escriba sobre estos asuntos y tengo esperanza de que llegaremos á hacer una paz verdadera y larga.

Le mando dos bultos con ropa desde aquí y le ordeno al coronel Levalle, que le mande también alguna yerba, vino y tabaco.

S. S. y amigo

ADOLFO ALSINA. •

El abandono de Carahué estaba, pues, resuelto y dependía únicamente de la conducta de los salvajes.

Pero el Dr. Alsina habia pedido á Levalle su opinion y él la dió clara y solemne, con el lenguaje del soldado, en estos términos:

“ Opino que tenemos el deber de morir en Carahué; pero si el Gobierno resuelve ordenar la retirada, desde luego declaro que no volveré á Buenos Aires y V. E. puede nombrar el Gefé que ha de tener la triste gloria de regresar al frente de la division.”



CVXII

Llegó entónces á Buenos Aires la grande embajada araucana acreditada para dar formas á aquella negociacion. La presidia el Cacique *Huen-chuquir*, que se decia *coronel* de la Confederacion, famoso diplomático que varias veces visitó en el ejercicio de sus funciones el Paraná, Buenos Aires, Rosario y San José.

Lo acompañaba el no ménos hábil negociador *Carúpancurá* y los Caciques *Nahuel-Pichi* y *Platero*, generales distinguidos en el ejército de los indígenas, seguidos de otros nobles de menor importancia.

En Salinas Grandes se sabia, por los diarios de Buenos Aires, las dificultades que embarazaban la marcha del Dr. Alsina y los temores de guerra ci-

vil. Los embajadores venian propiamente á inquirir con seguridad el estado de la política argentina, para ajustar á ella su conducta, y una vez que lograron astutamente su propósito, declararon fracasada la mision tomando sus pasaportes para *Tierra Adentro*.

Todo el año de 1877 fué de horrores y de angustias para la campaña. El Dr. Alsina habia creido que la ocupacion de Carahué y puntos correlativos hacia imposible las invasiones (1) y los indios penetraban con la frecuencia acostumbrada.

Se decidió entonces fortificar la línea de más de cien leguas, idea sugerida al Dr. D. Bernardo de Irigoyen por cierto anónimo recibido de Bahía Blanca (2), que proyectaba un alambrado, ó un foso, ó un terraplen con Cina-Cina, para oponer á los bárbaros á lo largo de las líneas de Fronteras.

El Dr. Alsina, decia:—

“ Para colocar en la línea avanzada un obstáculo natural, era preciso optar entre uno de estos tres procedimientos: el foso, el alambrado fuerte y la cadena sobre postes de fierro ó rieles Barlow”.

“ Preocupado por el deseo de alcanzar un fin, no he hecho, ni hago cuestion de originalidad en el procedimiento ó en los medios.”

“ Si consideraba utilizable un foso, con paredon interior, como detalle importante de un sis-

(1) Memoria Especial, pág. 89.

(2) Informes del Dr. D. Bernardo de Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores, bajo a Presidencia del Dr. Avellaneda, al Autor, publicado en mi citada obra pag. 94

tema, pueril habria sido por mi parte desecharlo, por no aparecer imitando lo que hicieron los Chinos, veinte y un siglo ha, para contener las invasiones de los Tártaros." (1)

El Dr. Alsina, que en 1875 habia escrito al General Roca ordenándole de una manera perentoria el licenciamiento de la Guardia Nacional en servicio de Frontera, " porque (decia,) esto tiene " para mi una gran importancia política y he de ser " tan incansable como inflexible para alcanzar " el resultado que busco," (2) renunciaba á lograrlo en 1877, obligado á movilizar centenares de vecinos de Buenos Aires, para que trabajaran el foso y la muralla, desnudos, mal alimentados y constantemente á la intemperie.

La desercion de estos infelices era una consecuencia natural, y cuando terminaban, despues de largos meses de angustia, su tarea, eran licenciados, mal remunerados y á pié en pleno Desierto! Los proveedores los recogian por humanidad en sus carros y los conducian á traves de las sesenta leguas de campo solitario, que los separaban de las primeras poblaciones cristianas.

(1) Memoria Especial del Dr. Alsina, pág. 93 y 95.

(2) Obra citada de Olascoaga. Carta del Dr. Alsina al general Roca pag. 14.



CXVIII

Pero esta zanja y muralla, cuyas reliquias deruidas contempla hoy el viajero recordando con pena el martirio de sus millares de obreros, no fué parte á contener las invasiones del salvaje.

Ellos derribaban el obstáculo y llevaron su osadía hasta atacar un fuerte de la línea del comandante Freyre. Traian un cuerpo de tiradores armados á rémington, y echando pié á tierra desplegaron en orden abierto. El combate duró tres horas y los indios fueron rechazados dejando setenta muertos en el campo.

Otra invasion numerosa pasó de madrugada por los corrales y calles del fuerte *Puan*, y hubo de tomar prisioneros á gefes como Dónovan, que se lavaba tranquilamente la cara en su rancho. Los

indios que eran de dos á tres mil lanceros, se formaron al pié del Cerro de Puan, y mandaron un parlamentario á decir al comandante Maldonado, que saliera al campo si era guapo con el primer regimiento de caballería de línea.

El regimiento de Sandes y Segovia acudió marcialmente á la cita y sacando los sables arremetió con el salvage, librando un sangriento combate, apoyado por el resto de la guarnicion del Fuerte. La victoria fué de los cristianos; pero de zanja y muralla adentro.

Estos hechos hicieron comprender al Dr. Alsina, que habia perdido dos años de cercas y atrinchamientos, que comprometian la seriedad de su obra y del Gobierno.

El habia condenado como se ha visto en su Mensaje al Congreso de 1875 las expediciones contra el salvage. Las consideraba desastrosas y repugnantes á la Civilizacion; pero los sucesos pudieron más que sus generosos errores de criterio y resolvió ensayar al fin la guerra ofensiva, renunciando á las hermosas ilusiones de los tratados con los indios, que acababan de engañarlo por medio de la pomposa embajada del coronel Huenchuquir, como lo habia engañado *Catriel* dos años antes en el Parlamento del Azul.

Lanzó entónces á Winter contra *Catriel* y á Levalle contra *NAMUNCURÁ*, con el éxito feliz que el sistema garantía.

Los que fuimos adversarios de su plan en nombre del patriotismo, lo recibimos en nuestras filas

con alborozo, cuando aceptaba nuestro consejo de tomar resueltamente la ofensiva. (1)

De ella se ocupaba con el mismo vigor y patriotismo de que habia dado solemnes pruebas en su gigantezca lucha contra lo que le era desconocido en la guerra de Frontera, y recorria la línea de Carahué preparando las operaciones, cuando sus viejas dolencias se agravaron y moria en Buenos Aires el 29 de Diciembre de 1877, entre la desolacion de sus amigos y la pena de sus adversarios despues de ordenar en su agonía, una expedicion de Levalle contra las tolderias de Chilihúé.

(1) LA PRENSA llevaba la voz de la opinion en materia de Frontera y predicaba la línea del Rio Negro, como única solucion. El Dr. Alsina invitó entónces al Autor de este estudio, Redactor de aquella á la sazón, á una conferencia por intermedio del Sr. Ataliva Roca; pero la enfermedad mortal sobrevino en esos dias.



CXIX

El general Julio A. Roca, comandante en jefe de las fronteras del Sur del Interior, fué llamado á ocupar el Ministerio de Guerra y Marina; y la opinion pública concibió la esperanza de la solucion radical del problema de tres siglos.

Consultado por el doctor Alsina en 1875, el general Roca habia expuesto sus teorías sobre la guerra del Desierto, proyectando una línea de los Andes á Patagones.

Decia: “ Yo me comprometeria señor Ministro, ante el Gobierno y ante el país, á dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años; uno para prepararme y otro para efectuarlo, guardando entre tanto la paz con los indios y la mas absoluta reserva sobre las expediciones. Una vez limpio el Desierto, el Gobierno Nacional tendria suficiente con cuatro ó cinco mil hombres, economizaria

“ anualmente algunos miles, y podria legislar con
“ entera libertad sobre él, hasta las márgenes del
“ Rio Negro, por donde, estableciendo una guar-
“ nicion en Choele-Choel, podrian comunicarse el
“ Cármen de Patagones con las fuerzas de la Cor-
“ dillera.”

“ Las dificultades de la línea del Rio Negro, de
“ que tanto se ha hablado, no están á mi juicio en
“ el hecho de posesionarse, para lo que bastarian
“ mil quinientos ó dos mil hombres, sino en arrojar
“ á los indios de los campos que ocupan y no de-
“ jar uno solo á la espalda.”

“ Estas son mis opiniones, señor Ministro, en
“ materia de fronteras, las que hasta cierto punto
“ concuerdan con las suyas. V. E. quiere avanzar
“ hasta cierta altura, tomando posesion del suelo,
“ fijándose permanentemente en algunos puntos; yo
“ pienso que se debe avanzar hasta los últimos
“ confines habitados por los indios, en Salinas y
“ territorio ranquelino, nó por fuertes fijos sinó por
“ fuerzas ambulantes, movibles como el enemigo
“ que se combate.”

“ Comprendo que en las montañas, en los países
“ escabrosos con pasos y caminos precisos, se
“ haga la guerra de posiciones; pero nó en las
“ llanuras sin límites que no presentan obstáculos,
“ como son nuestras Pampas.”

El plan estaba, pues, trazado. El general Roca
venia á realizarlo. (1)

(1) He publicado la historia del proyecto de ocupacion del Rio Negro en mi libro *La Conquista de Quince mil leguas*.



CXX

Los seis primeros meses de 1878 fueron perdidos. Los excesos de la obsequiosidad á los hombres públicos habian obligado al nuevo Ministro á no llegar á Buenos Aires sinó á través de una série de banquetes y saraos, que le ocasionaron gravísima afeccion al estómago. Estuvo en inminente peligro de muerte, cuando la paz interna y externa y el crédito y la riqueza pública restablecidos, le prometian seductoras facilidades para la Conquista del Desierto.

Pero apénas convaleciente en Agosto de 1878, presentaba al Congreso el célebre Mensaje pidiendo fondos para marchar contra el enemigo. Decia con verdad y conviccion completa:

“ El Poder Ejecutivo crée Megado el momento

“ de presentar á la sancion del Honorable Con-
“ greso el proyecto adjunto, en ejecucion de la ley
“ de 23 de Agosto de 1867, que resuelve de una
“ manera positiva el problema de la defensa de nues-
“ tras fronteras por el Oeste y por el Sur, adop-
“ tando resueltamente el sistema que desde el
“ siglo pasado vienen aconsejando la esperiencia
“ y el estudio, como el único, que á una gran eco-
“ nomía trae aparejada una gran seguridad: la ocu-
“ pacion del Rio Negro, como frontera de la Repú-
“ blica sobre los indios de la Pampa.”

“ El viejo sistema de las ocupaciones sucesivas,
“ legado por la Conquista, obligándonos á disemi-
“ nar las fuerzas nacionales en una extension dila-
“ tadísima y abierta á todas las incursiones del
“ salvaje, ha demostrado ser impotente para ga-
“ rantir la vida y la fortuna de los habitantes de
“ los pueblos fronterizos, constantemente amena-
“ zados. Es necesario abandonarlo de una vez é
“ ir á buscar al indio en su guarida, para some-
“ terlo ó expulsarlo, oponiéndole en seguida, no
“ una sanja abierta en la tierra por la mano del
“ hombre, sinó la grande é insuperable barrera del
“ Rio Negro, profundo y navegable en toda su es-
“ tension, desde el Océano hasta los Andes.”

“ Hemos perdido mucho tiempo y puede afir-
“ marse que cualquiera de los esfuerzos hechos en
“ los avances sucesivos que se han realizado, á
“ medida que la poblacion crecia y se sentia estre-
“ cha en sus límites anteriores, hubiera bastado
“ para verificar la ocupacion del Rio Negro.”

El plan del Dr. Alsina habia sido sobre todo *Provincial*. Su linea de *Vutaló* á Bahía Blanca, servia únicamente á la Provincia de Buenos Aires. En las fronteras de Santa-Fé, Córdoba, Mendoza y San Luis, ensangrentadas por el Indio, no habia movido un soldado, ni levantado un baluarte.

El plan del general Roca, era, al contrario, eminentemente *Nacional*, y favorecia así á los grandes intereses rurales de Buenos Aires, como á los humildes intereses de San Luis. No solamente ensanchaba los dominios territoriales de Buenos Aires, centuplicando el valor de todos sus campos, y doblando el de sus ganados mayores, sinó que estendia estos beneficios á las otras Provincias colindantes con el País Indígena.

Por eso la Nacion le prestó calorosa aprobacion, con el concurso de todos los partidos.

Sirvió él de motivo para que el Congreso Nacional pronunciara su primera y definitiva palabra, que los viejos localismos habrian resistido, en materia de límites de la Nacion con las Provincias; y la mas alta autoridad de la Asamblea, el general Bartolomé Mitre, fundaba con acento de elocuencia la ley de la Demarcacion y de la Conquista.



CXXI

El general Roca, recibia una larga línea de trincheras, tendida en arco desde Bahía Blanca á los Andes, dando frente al enemigo.

La izquierda era cubierta por las divisiones *Fuerte Argentino*, comandante Winter; *Puan*, comandante Maldonado; *Carahué*, coronel Levalle y *Guaminí*, comandante Freyre. Cerraba á los indios los caminos del Rio Negro, del Colorado y de Salinas.

Al centro division *Tenquedlavquen*, coronel Villegas y la division *Vutalóo*, coronel Nelson, se oponian á los indios de Pincen; mientras que á la izquierda la division *Sarmiento*, comandante Ruedecindo Roca, la division *Villa de Mercedes*, coronel Eduardo Racedo, Comandante en Gefe de las

fronteras del Interior, en reemplazo del general Roca, y la division Uriburu en *San Rafael* y los Andes, defendian tres Provincias del *malon* de los *rancúles y chilenos*.

El general Roca, suprimió en la nueva faz de la guerra la artillería, el convoy y los bagajes personales. Cada soldado debia ser tan liviano como cada indio. Triplicó las caballadas, para que nuestras marchas fuesen tan rápidas y constantes, como eran las marchas, hasta entonces asombrosas, del salvage.

Decretó el desuso de las corazas, con que por un acto de inespriencia militar habia dotado el Dr. Alsina á los Regimientos de caballería sosteniéndolas con pasion en una página de su *Memoria Especial* citada.

Alsina habia dicho:

“ Varias tentativas se han hecho entre nosotros
“ para conservar los cuerpos de coraceros y se ha
“ fracasado. No sé á qué atribuir este resultado, si
“ á lo pesado de las corazas ó á falta de perseverancia
“ por parte de los Gobiernos para hacer su uso obli-
“ gatorio, gustase á los Gefes ó no gustase.
“ Por lo que respecta á las que se han prepara-
“ do en el Parque de Artillería, puedo garantir
“ que son á prueba de lanza y que su peso no ex-
“ cede de 6 libras. El dia en que tenga lugar un
“ entrevero y nuestros soldados, terminado aquel,
“ empiecen á registrar las corazas y á contar las
“ lanzadas de que merced á ellas se han librado,
“ van á tomarles tal aficion y tanta fé que no han
“ de querer ser sinó coraceros.”

El general Roca contestaba que un regimiento veterano, armado á sable y rémington, era capaz de destrozár varios regimientos indígenas, cuya larga lanza es de imposible esgrima en el combate.

Suspendió las zanjas y las trincheras, seguro de que el enemigo no vendría á nuestros campos, cuando sus guaridas y sus familias estuviesen en peligro.

Era necesario, además, imprimir á la guerra de frontera el carácter nacional y heróico que le faltaba, para templar el espíritu de las tropas al unísono con el de los gefes superiores, y el general Roca, hizo vibrar el telégrafo, fundado acertadamente por el Dr. Alsina, para llevar á los campamentos lejanos acentos de elocuencia y de entusiasmo militar.

Villegas daba frente á los rancúles, ante los cuales habian fracasado expediciones de dos y tres mil hombres. El general Roca, le telegrafiaba: "No deje aburrirse en los cuarteles á los oficiales y soldados de su division y desprenda siempre partidas ligeras que vayan hasta los mismos toldos aunque sean de 20 ó 30 hombres."

Al comandante Paris—"Estoy dispuesto á recompensar toda accion contra los indios que revele inteligencia, actividad y corage."

Al comandante Teodoro Garcia, que ha sucedido á Maldonado en el comando de la division Puan y viene de destruir una toldería: "Lo felicito por el buen éxito de su escursion. Es necesario repetirla á menudo para quebrar el espíritu de los indios y mantener el miedo y el terror entre ellos."

Al coronel Levalle: “La expedición de Freyre ha dado un buen resultado y ha probado que no se necesitan fuertes columnas para penetrar en el Desierto.”

A Winter, que ha recorrido el temido *País del Diablo* y regresa intacto; “Comandante: Queda aprobada su conducta. Con 300 hombres escasos se ha internado sesenta leguas, donde hace más de cuarenta años apenas habían llegado las expediciones de Rosas, y á donde hasta hace poco tiempo nadie se habría aventurado sinó con un verdadero ejército.”

A Freyre, que regresa de una de las más brillantes invasiones contra el enemigo.— “El resultado de su expedición ha sobrepasado lo que esperábamos y es uno de los más completos que hemos tenido en esta fecunda campaña. Hoy ha ganado en buena ley sus charreteras de coronel, que tendré el gusto de pedir al Congreso de este año.”

Al jefe del capitán Laciari, que ha sableado heroicamente al enemigo y trae prisioneros á uno de los grandes caciques — “El resultado de la expedición del Capitán Laciari es completo y satisfactorio. Puedo comunicarle que el Señor Presidente le acuerda las charreteras de sargento mayor por su brillante acción y así se hará constar en el despacho que lo acredite como tal.”

Al mismo Freyre, que agoniza lentamente porque ha hecho la expedición en pleno ataque de hipertrofia al corazón:— “De todos será la gloria.”



CXXII

Con este espíritu el general Roca había lanzado contra la Barbárie, soberbia hasta su aparición en el teatro de la guerra, las brillantes divisiones de Racedo, Levalle, Villegas, Winter, García, Godoy, Lagos (que reemplaza á Freyre), Roca, Nelson y Uriburu.

Levalle y Freyre despedazan á NAMUNCURÁ y lo arrojan á Chile, Villegas desaloja á los temidos y valerosos indios de Pincen y presenta á este en Buenos Aires, prisionero en medio del asombro general; Racedo no deja un salvaje en el país *ranquelino* y su mejor trofeo ofrecido al Gobierno es el cacique general de la tribu, Epugner y su familia; y hasta los cráneos de CALLVUCURÁ y de MARIANO ROSAS, los dos grandes generales de *Tierra Adentro*, exhumados solemnemente por Levalle y Racedo, vie-

nen á formar parte de mi Coleccion Histórica

Seis meses han bastado para que veinte mil indios desaparezcan del haz de los desiertos, y no ha sido necesario sinó el sacrificio de gefes y soldados, para vivir como el Centauro que persiguen, siempre á caballo y á la intemperie siempre!

Cinco mil veteranos esparramados en un territorio de quince mil leguas operan estratégicamente sobre este jigantesco tablero, que jamás en los siglos, ejército ni general alguno tuvieron bajo sus plantas.

Muévense en son de conquista luchando con lo desconocido, en el seno de una Naturaleza pintada con los matices sombríos de crueles rigores, á través de caminos sin senderos y de laberintos sin el hilo protector de Ariadne.

Acuchillan al enemigo, que durante tres siglos ha devastado nuestras poblaciones fronterizas, ó rechazan los asaltos desesperados que trae entre la sombra de sus bosques sagrados ó de las noches heladas del Desierto austral.

Así, evolucionando vertiginosamente á centenares y á miles de leguas de las tierras civilizadas, perdidos en el centro del misterioso país de los araucanos, como las aves osadas que remontan el vuelo á los cielos y salvan los límites del poder de la mirada, llegaron todos, generales y soldados, á su meta respectiva, á la línea del Rio Negro, desde el coloso Andino hasta el gigante Atlántico, en un mismo dia y á una misma hora gloriosa, al salir el sol del 25 de Mayo de 1879, Aniversario de la Independencia Argentina.

¡Gloria á las divisiones expedicionarias! El Sol de Mayo ilumina las brumas del Desierto, los estandartes flamean en órden de parada con la magestad del triunfo, las armas heridas por el rayo de la luz lanzan vívidas chispas, como el pedernal herido por el hierro, y el clamoreo de las tropas, esparramadas en las atmósferas salvajes hasta ayer, desde los 34° hasta los 40° de latitud Sur y entre los 4° y 12° de longitud occidental de Buenos Aires, proclaman al mundo la Victoria y la Conquista.

•

•



CXXIII

El general Roca, Presidente ya de la República, levantado sobre el pedestal de la obra realizada, entrega al general Villegas la espada de la Civilización y arrojándolo al Sur de los rios Negro y Neuquen, le señala por término de sus fatigas la línea mas alta de los Andes, que es la de los límites con Chile. Villegas triunfa, pero pierde la salud y lucha brazo á brazo con la muerte sobre extranjero suelo, cuando el último soberano, NAMUNCURÁ, el segundo general de los desiertos despues de CALLUCURÁ, se rinde á sus tropas, y la Nacion le abre su hospitalidad redentora.

Viene al fin el cacique á reconocer nuestro dominio sobre las cuarenta mil leguas de su derruido Imperio! Territorio fértil y exhuberante en los

dones de una naturaleza que triunfa con el vigor y con la economía misma de sus especies, de la falaz y derrochadora naturaleza de los trópicos, cuyas formas espléndidas son el sudario que oculta á lo léjos la blanda molicie y la voluptuosa decrepitud de sus razas.

Territorio que tiene por límites del Oriente al Ocaso dos colosos; la montaña de aguas del Atlántico solevantada por el empuje de los huracanes y la montaña plutónica, arrojada de las entrañas del Planeta á las atmósferas de América.

Territorio que encierra las comarcas más lozanas de cuantas la bandera de la Pátria sombrea en las regiones meridionales, sustituyendo la sombría toldería del salvage con sus colores que simbolizan Virtud, Civilizacion y Esperanza.

Territorio que tiene en su seno la Suiza Argentina, el Limay, las Manzanas, Nahuel-Huapí y el Neuquen, tierras del vellocino de oro, con relacion á las zonas arenosas del Centro, donde la fertilidad está casi paralizada, como la potencia de un organismo en desmayo, por falta de circulacion de aguas fecundadoras.

Territorio, en fin, donde el Porvenir de la República proyectará la civilizacion de veinte estados federales, al consumarse sucesivamente en los tiempos las incalculables evoluciones de la Nacionalidad Argentina. (1)

(1) En un volumen especial publicaré el estudio que tengo escrito sobre las operaciones generales y de detalle de las fuerzas expedicionarias á la Pampa y Patagonia desde 1875 á 1884



CXXIV

Pero la conquista de los desiertos australes no nos obliga solamente á proclamar la gloria del general Roca y de los gefes, oficiales y soldados que realizaron su plan con precision prusiana. Ella nos impone una alta mision ante la Humanidad y la he señalado al Congreso Nacional, al fundar mi proyecto de *Ley de Estrangeros*, en estos términos:

“Hasta ahora hemos sido un pueblo militar; pero por fortuna, la espada ha terminado su tarea en la República”.

“Debemos á la espada la Independencia, que es la más gloriosa de sus conquistas; y, durante setenta años la hemos visto brillar en las luchas por la Organizacion Nacional, feñizmente cerradas en los angustiosos dias de Junio de 1880”.

“ Para sostener estas luchas por la Independencia y la Organizacion Nacional, la Sociedad Argentina ha contribuido con la esencia de su vida: ella ha mezclado la sangre de sus guerreros con las lágrimas de sus matronas en raudal generoso”.

“ Hoy, la Nacion entra felizmente en un nuevo período histórico de su desarrollo”.

“ La espada dejará de ser el instrumento de la vida ordinaria, para convertirse en el guardian de las instituciones públicas, y la sangre y las lágrimas con que nuestro Pueblo ha fecundado estos sacrificios, serán sustituidos en adelante por el talento de los hombres de Estado, llamados á dirigir la vida nacional en su nuevo período”.

“ La era política y social que se inicia impone á todos los argentinos una tarea definida y un amplio programa, que se enuncian en esta fórmula concreta:

POBLACION Y TRABAJO.

FIN

